

ISSN 0120-0216



aleph



enero/marzo, 2022. Año LVI

Nº 200



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Obra: Pilar González-Gómez

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (✉)
Valentina Marulanda (✉)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: carlosaleph@gmail.com

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Andrea Betancourt G.

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

enero/marzo 2022

aleph

Año LVI

Me Causo

Para Aleph

Sucede que me causo
de las pequeñas cosas
con que hacemos la muerte cada día:

Saludar al vecino.

Sentir que los zapatos se hundan en la
lluvia

Caminar las calles de memoria.

Encontrar el correo vacío.

Sufrir porque cortaron el cable de la
esquina

Pero sucede

que el Sol

también repite

su rutina de Hedio cada día.

m
Luis Fernando Mejía

Luis-Fernando Mejía M..

Presentación

En los doscientos de Aleph

Carlos-Enrique Ruiz

Cada realización tiene una historia, la real, la por contar y la que se cuenta, como también la que no se cuenta. Las aproximaciones a esa historia suelen dejar vacíos en la memoria y en los acontecimientos. ¿Cómo y cuándo comenzó todo?

Los orígenes de la Revista están circunscritos a un momento de la vida institucional en la Universidad Nacional de Colombia (UN). En 1964 los estudiantes de la Escuela de Ingeniería hicimos una huelga, para conseguir el cambio de un decano, quien actuaba a las 5 de la tarde, y consagrar la continuidad de la existencia de este capítulo universitario en la ciudad, puesto que se pretendía su cierre y trasladar a los estudiantes a Bogotá y Medellín para que termináramos la carrera. Era un solo programa curricular, ingeniería civil, con no más de 180 alumnos. Seccional, como se llamó, fundada en 1948 en el rectorado magnífico de Gerardo Molina, en un agite regional por tener programas de universidad, con el antecedente de la “Universidad Popular”, proyecto aglutinador de la educación media pública, formulada por Acuerdo de la Asamblea Departamental de Caldas en 1943. Pero que no logra ofrecer programas universitarios. La inquietud seguía palpitando hasta que la dirigencia más motivada de



Manizales consigue crear una sede regional de la mano de la histórica UN, como primera institución universitaria en el centro-occidente del país.

Aquella huelga tuvo resultados benéficos. Corrían los meses de mayo y junio de aquel año. La Nacional en Bogotá tenía una honda crisis que llevó al presidente de la República de aquel entonces, Guillermo-León Valencia, a nombrar de Rector a José-Félix Patiño, quien fungía de Ministro de Salud. Asume el cargo en junio del 64. Los insurrectos de Manizales interponemos ante él el recurso de ser atendidos, y en no más de un mes de sus desempeños el asunto se resuelve: el capítulo UN en Manizales se sostiene y se nombra en el Decanato al Ingeniero (de la Escuela de Minas) y Arquitecto de París, Alfonso Carvajal-Escobar, profesional competente con liderazgo cívico. De esta manera se procedió a especie de refundación de la sede UN-Manizales. Y se abrió un nuevo capítulo en la atmósfera institucional, gracias también a que el Rector Patiño nombró a la joven intelectual, escritora, crítica de arte, Marta Traba, para dirigir la Extensión Cultural. De ese modo se crea una atmósfera cultural en la vida universitaria que da espacio para el surgimiento de grupos de teatro, agrupaciones musicales, conferencias, debates, exposiciones de artes. Clima que nos toca en Manizales a quienes teníamos un cierto agite para consolidar ideas y proyectos, con asidero en la Cultura.

Carvajal-Escobar presta atención a las necesidades regionales y crea nuevos programas académicos: Administración de Empresas (diurna y nocturna), Topografía y Agrimensura (carrera intermedia que solo produjo dos promociones), Arquitectura, Ingenierías Química, Eléctrica e Industrial. Se ocupó de recuperar los espacios físicos y de crear nuevas edificaciones, con atención especial por la biblioteca. Tuvo durante ocho años dedicación plena a la Universidad, atento a todos los detalles, con especial acogida y apoyo por las directivas nacionales.

Con el Maestro Carvajal-Escobar los estudiantes activistas tuvimos apoyo para congregarse iniciativas y enriquecer la vida universitaria y de ciudad. Creamos el grupo de teatro, con la dirección de uno de nosotros, Henry Cardona; la coral universitaria, con otro estudiante-músico de director, Bernardo Sánchez; el cine-club; periódicos incipientes y rudimentarios en la presentación, escritos directamente en estenciles de sedilla e impresos en rudimentario mimeógrafo. También se cumplieron conferencias con invitados especiales, como aquella un tanto alucinante dictada por el físico alemán Juan Herkrath, por entonces decano de la facultad de Ciencias en Bogotá y

una de las manos derechas de Patiño en la reforma. En su intervención se ocupó de mostrar cómo podría abrirse un canal interoceánico, conectando los ríos Atrato y San Juan, aprovechando la energía nuclear.

Creamos con el ambicioso nombre “Departamento de Extensión Cultural”, especie de espacio nominal e institucional para congregar las actividades nacientes, a mi cargo, sin ninguna otra retribución que la satisfacción por las actividades motivadoras y promocionales. Algunos profesores fueron nuestros aliados, de recordar: Jorge Ramírez-Giraldo (IC, charlas sobre fotografía y de música clásica que alternábamos), Rodrigo Arango-Soto (IC, en el cine-club), Alfredo Robledo-Isaza (IC, caminante de los nevados, con charlas y películas de sus andanzas), Armando Chaves-Agudelo (IC, charlas sobre historia de la Matemática y de sus singulares demostraciones geométricas), Bernardo Trejos-Arcila (humanista, catedrático), Jaime Berrío (Licenciado, con asignaturas incipientes en humanidades).

Entre los estudiantes cabe recordar a compañeros en esas lides, además de los nombrados: Hugo Marulanda-López, mi entrañable colega de todo el bachillerato y de toda la universidad, lector y de fácil escritura, con representación estudiantil; Antonio Gallego-Uribe, con intereses en la literatura, en la política y en la fotografía; José Ante, motivado por la música selecta; Hernando Valdés, actor; Ofelia Tafur y María-Emilia Salgado, actrices.

¿Cómo nació, entonces, la Revista Aleph? Le propuse a Carvajal-Escobar que hiciéramos una revista, con su apoyo comencé a delinear ideas que nos llevaran a consolidar la iniciativa. El Consejo de Facultad integró un equipo integrado por CER, director; Bernardo Trejos y Hugo Marulanda, en la redacción. A su vez, se designó un “comité consultivo y asesor” en Extensión Cultural, integrado por: Alfonso Carvajal-Escobar, Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo y Antonio Gallego-Uribe; como secretario, Carlos-Enrique Ruiz. Luego, en 1971, esta iniciativa se llevó a creación formal en el Consejo Directivo, por iniciativa formal de CER.

En aquel año de 1966 yo leía con fruición el libro “El retorno de los brujos”, con el subtítulo de “Una introducción al realismo fantástico”, de Louis Pauwels y Jacques Bergier, donde encontré por primera vez el cuento “El Aleph” de Jorge-Luis Borges que me atrapó. Con la iniciativa de crear la Revista me propuse asignarle el nombre de “Aleph”. La iniciativa tomó cuerpo, con el apoyo de nuestro “Decano Magnífico” (ACE), quien me pidió que consiguiéramos avisos para su financiación, lo cual se hizo

acudiendo a oficinas de ingenieros civiles, algunos de nuestros profesores, con registro al final de la primera edición.

Por cuanto el cuento de Borges aludía a la teoría de los transfinitos de George Cantor, matemático alemán, acudí a nuestro profesor de matemáticas, Armando Chaves-Agudelo, quien escribió la presentación con el título de “Nuestro nombre”, así:

Quizá ninguna teoría haya cambiado tanto la dirección del desarrollo de la Matemática como la teoría de conjuntos de Cantor (George Ferdinand Ludwig Philipp Cantor: 1845-1918) y muy especialmente la teoría de los conjuntos infinitos no numerables (sus elementos no son coordinables con los naturales). Y hasta tal punto que puede asegurarse como insostenible la casi totalidad de la Matemática moderna sin la validez de la teoría cantoriana.

Si hay conjuntos infinitos no numerables, y por incapacidad del conjunto de los naturales, en cierta forma podemos pensar en números mayores que el infinito: los transfinitos cantorianos; el primero de estos lo llamó “Aleph” (primera letra del alfabeto hebreo) y hace numerable el conjunto de puntos de un segmento rectilíneo que por bella paradoja es más numeroso que el conjunto de puntos de toda una recta, o de todo un plano, o aun de todo el espacio euclídeo.*

Nuestra Revista se honra con el nombre de ALEPH como homenaje a la ilustre memoria de Cantor, como símbolo de la teoría Matemática avanzada, moderna y fecunda. Al abrigo de la egregia figura de Einstein, en la portada de la primera entrega, pensamos en meta grandiosa de la paciente, antiquísima, perseverante razón humana: La *Teoría Abstracta*, que podrá llegar a formular, lógicamente, la Ciencia Natural.

A su vez, yo escribí un “Editorial” con el título: “¿Qué es eso de... Universidad?” el que, asimismo, reproduzco a continuación:

Entrar a definir la Universidad con cuatro palabras sería una falsa pretensión. Pero sí podemos garantizar que no lo son sus actuales directivas ni tampoco los estudiantes que hoy por hoy colman las aulas de las Escuelas Superiores.

(*) Aclaración: Un conjunto numerable, como el de los números naturales, tiene como cardinal Aleph cero. Los puntos de un segmento rectilíneo no son numerables y tienen un cardinal mayor denominado Aleph uno. Es posible demostrar que este mismo es el cardinal de la recta, el plano, el espacio euclídeo y el espacio de n dimensiones. DVR

La Universidad es un concepto más general que abarca todas las épocas y todas las sociedades. Es simplemente la asociación de educadores y educandos, unidos bajo el interés común de conocer el mundo y ante todo de adquirir, a través de la Cultura, una imagen de su propia condición, de su propio valer y, lo que es más, de lo que el hombre puede representar ante la realidad que se esté viviendo. Implicados en ideas comunes, el joven entusiasta y el profesor que investiga y profundiza, se lanzan a la conquista del hombre mismo, a salvarlo de los enervamientos crónicos que un inadecuado concepto del tiempo trae consigo. Parangonando este tipo de enseñanza con la utilidad que debe prestar a todos los asociados, podemos decir que la Universidad hasta ahora ha sido el reflejo del medio en el cual actúa.

La historia nos ha dicho que si la sociedad está en crisis, la Universidad también lo estará; si una sociedad evoluciona con altibajos, la Universidad manifestará un estado permanente de inseguridad. Y, además, cuando los dirigentes de la comunidad se dan perfecta cuenta del problema que la Universidad les pone a sus propios intereses, entonces ya entran a jugar papel importante en el desarrollo de la Universidad factores ajenos a los derroteros de la misma institución y en consecuencia los intereses personales hacen de la Universidad un títere del momento político. De aquí se colige la imperiosa necesidad de ver desvinculada la enseñanza superior de todos los factores transitorios y foráneos que mengüen los propios intereses universalistas de la organización docente y docente. Si en determinada época se obtiene desvincularla de esa orientación parcializada que la rebaja de su finalidad suprema, se podrá pedir no que supere a la época, sino que influya directamente sobre ella.

Plantado en esta forma el conflicto Universidad-Tiempo, nos podemos preguntar: ¿y cómo es posible que siendo la Universidad una radiografía del medio y un retrato de las condiciones económicas y políticas en determinado período histórico, vaya a suceder a la inversa, es decir, que la misma Universidad sea la que transforme a la sociedad y le imponga notorias reformas al mismo país, si es que vamos a delimitar ya la Universidad?

La respuesta a este interrogante no es, por lo demás, compleja. Implica a toda costa un cambio de concepto, el caduco de la vieja escuela “doctoral”, por el nuevo que comprende a una organización educativa donde todos los que la integran tienen derecho a intervenir en su realización. Si

antes la educación era el síntoma de las circunstancias en que se encontraba la sociedad, hoy la tendencia ha de ser la Universidad como fuente inagotable de transformación.

No se ha de dotar de cánones transitorios sino de preceptos universales que, sin embargo, tengan la elasticidad de los diferentes tiempos en que le va a tocar intervenir. Porque debe entenderse la Universidad como un centro de avances científicos y de perfeccionamientos humanísticos; de ahí que no conociendo nosotros una verdad que podamos proclamar como absoluta y tal vez estándole ella vedada al hombre, su evolución le impondrá cambios para acomodarse él mismo a los nuevos conceptos emanados de una meditación racional que en todos los tiempos se produce, aun con resultados antagónicos a los obtenidos algunas décadas antes.

Con la preocupación por el sentido y vigencia de la idea de Universidad, se reprodujo un fragmento de ensayo del filósofo italiano-argentino, Rodolfo Mondolfo (1877-1976), con el título “La libertad académica y la universidad pública” (1961), en el cual invoca la necesidad de fomentar y preservar la libertad académica, como “libertad de pensamiento y de crítica, de opinión y de expresión para maestros y para discípulos, [con] exclusión de toda filosofía oficial, de todo dogma o credo obligatorio, antes bien, al contrario, exigencia de la libertad del diálogo, de la controversia, del choque de opiniones, de la crítica y de la discusión entre las orientaciones diferentes.” Concepción que antepone para la formación, en la sociedad democrática, de ciudadanos independientes y responsables, preocupados por el bien social y por el progreso cultural.

En la misma edición se incluyó un artículo de Hugo Marulanda-López sobre “La Universidad Nacional de Manizales. Síntomas de un cambio”, en el cual alude a ese ambiente de apertura creado con la llegada del Dr. Alfonso Carvajal-Escobar al Decanato, a la vez que se ocupa del movimiento estudiantil a nivel nacional, con la regencia de la antes “Federación Universitaria Nacional, FUN”. Da una mirada a las carencias de la que llamábamos nuestra “Escuela”, con el llamado a la planificación de su desarrollo integral en dotaciones físicas de espacios, laboratorios y en servicios de residencias y restaurante para los estudiantes. Señala lo importante que fue el rescate en programaciones de la “semana universitaria”, con liderazgo de los estudiantes, al involucrar actividades culturales y comunales.

En este sentido reseñé, con breve artículo final, la semana cultural cumplida del 23 de septiembre al 2 de octubre de 1966, con el registro de conciertos de la “Coral Mixta Universitaria” (Est. Bernardo Sanchez, director), con la participación de la por entonces “Universidad Católica Femenina”, las conferencias de Alfredo Robledo-Isaza (“Posibilidades turísticas del nevado del Ruiz”), Alberto Londoño-Álvarez (“Las familias instrumentales”), Bernardo Trejos-Arcila (“Raíces biológicas y existenciales de la Cultura”), Carlos A. Valencia O. (charla ilustrada sobre el Jazz), Germán Rubiano (“Apuntes sobre el arte colombiano contemporáneo”), Juan Herkrath (“La energía atómica y su aplicación en la apertura del canal del Atrato”) y tres conferencias de Hernando Salcedo-Silva sobre la “Apreciación del cine”, ilustradas con tres películas: “La noche” de Antonioni, “Soberbia” de Orson Wells y “Juventud, divino tesoro” de Bergman. Nuestro grupo de teatro (Est. Henry Cardona, director) representó “Las preciosas ridículas” de Molière y la obra moderna “El Escorial” de Michel de Ghelderode. Además tuvimos la visita del grupo de teatro de la UN-Bogotá, dirigido por Carlos Duplat, con la obra “El basurero” del mismo director. En complemento se tuvo un recital provocador de la poeta Beatriz Zuluaga.

Pero el acontecimiento más intrépido de esa semana universitaria fue la traída y presentaciones de la Orquesta Sinfónica de Colombia, con la dirección del maestro Roberto Mantilla, con financiación aportada por la Federación Nacional de Cafeteros, el Banco de la República y algunas empresas locales. Hubo dos conciertos, el uno en el recién inaugurado “Teatro Los Fundadores”, con las siguientes obras: Sinfonía No. 1 de Beethoven, las “Variaciones sobre temas colombianos” de Pedro Morales-Pino y el Concierto No. 2, para piano y orquesta, de Rachmaninoff. El segundo concierto se cumplió en el inapropiado “Coliseo Cubierto”, de la peor acústica, pero con el deseo de atraer obreros de las empresas financiadoras y público en general. En esta ocasión se interpretaron, de manera didáctica, fragmentos de conocidas obras de la música clásica.

De recordar y destacar el desempeño en la coordinación general del grupo de trabajo (integrado por estudiantes) que cumplió el Prof. Ing. Jorge Ramírez-Giraldo, personalidad sobria y reflexiva, formada en nuestra Escuela de Ingeniería Civil (el discípulo más destacado y predilecto del Prof. Armando Chaves, galardonado como el mejor graduado con beca en el exterior), con postgrado en Alemania, aplicado a la Matemática y a ciencias aplicadas como la Hidráulica.

Ese primer número de la Revista tuvo en carátula una magnífica fotografía de Albert Einstein. Y la intención de esa publicación era la de congregar temas de ciencia, tecnología, pensamiento, literatura. Su contenido comprendió, además de los artículos señalados antes, los siguientes: “Sistema de adjudicación de contratos para obras de ingeniería”, por Rodrigo Arango-Soto; “Código del Ingeniero” (fragmentos); “La cultura, ingrediente de la vida”, por Bernardo Trejos-Arcila; “Última década del arte colombiano”, por Marta Traba; “La música como concepto filosófico”, por Alberto Londoño-Álvarez; “¿Está la música colombiana condenada a desaparecer?”, por Samuel-Darío Prieto R.; “El mundo ideal”, por Beatriz Naranjo O.; “Viaje a la ilusión”, por Gustavo Duque F.; “Camilo José Cela”, por Jaime Berrío T.; “El hombre y las cosas en La Vorágine”, por José Chalarca; “Entrevista con el Dr. Juan Herkrath”, por Alfredo Robledo-Isaza y Carlos-Enrique Ruiz (como G. Samsa).

Esa primera edición fue levantada y armada en la Editorial Renacimiento, un apéndice de servicios externos que tuvo el diario “La Patria”, por Pepita Parra, linotipista hija de veterano en ese oficio en el mismo periódico. Los anunciantes que financiaron en gran parte esa entrega fueron ingenieros contratistas: Olaf Gómez-Villegas, Diprocal Ingeniería Ltda., Mejía y Arango Ltda., Estructuras Modernas Ltda., Posada y Londoño Ltda., Uribe y Uribe Ltda. Jaramillo y Mejía-Valenzuela Ltda., Vélez y Villegas Ltda., Eléctricas Ltda. En complemento: Café Sello Rojo y la ferretería Eduardo Gómez-Arrubla & Cia. Ltda. En complemento se incorporó en los mismos espacios una publicidad del programas de radio que hice cada semana, durante tres años: “Por los caminos de la música y la cultura”. Programa dominical universitario, producido por el Departamento de Extensión Cultural de la U. Nacional, Manizales, de 11 am a 12 m. Emisora Mariana – HJZF, 1540 Kilociclos”.

La Revista se reanuda con el No. 2, en septiembre de 1971, por paréntesis que tuve en desempeños profesionales y en estudios de postgrado. Nuestro “Decano Magnífico” gestiona ante el Fondo Nacional de Caminos Vecinales la cesión de mi contrato a la UN, donde me incorporo en enero de 1971 a labores docentes y complementarias, en dedicación exclusiva. Una de las tareas que asumí fue reanudar la Revista que sigue en pie, con mi dirección, en estos ya 56 años. En esa reanudación, la Revista estuvo como órgano oficial de la UN-Manizales, hasta el No. 5 (inclusive), producida en junio de 1973. Pero fue censurada por la administración, con el argumento oral de

no responder en sus enfoques a la “conveniencia” institucional, en tiempos de un rectorado de ingrata recordación.

La No. 4 la dedicamos a la memoria del Maestro Alfonso Carvajal-Escobar, nuestro “Decano Magnífico”, quien murió en pleno ejercicio de su cargo. Al final de las páginas introductorias, escribí: “En momentos en que se daba cierre a la presente edición de la Revista Aleph No. 4 (junio 20, 1972), muere nuestro Decano, el Maestro Alfonso Carvajal-Escobar, profesional que sirvió infatigablemente a los intereses universitarios por espacio de ocho años consecutivos, como dirigente máximo de esta Sede de la Universidad Nacional de Colombia. Resulta apenas de justicia dedicar a su ilustre memoria la presente edición de la Revista, órgano divulgativo que él contribuyó a crear y que estimuló con su crítica oportuna. Sus disciplinas humanísticas y su fervor por la diversificación de la educación pública superior, quedan como alicientes en las generaciones universitarias que formó bajo su reciedumbre.”

Censurada la Revista, llegué a un acuerdo de poder continuar produciéndola en forma independiente, sin involucrar para nada a la Universidad. De esa manera sale la No. 6 (enero/abril, 1974), con un logo en carátula que representa una actitud contestataria, de rebeldía, y que conseguimos financiar con anuncios publicados en las páginas finales: Egarco, Apronal, Inpes, Fondo Ganadero de Caldas, Prefabricados Rocacero Ltda., Asociación Sindical de Profesores Universitarios (ASPU), Cámara de Comercio de Manizales, Eduardo Londoño-Jaramillo, CHEC, Diprocal Ingeniería Ltda., Hadder Ceballos J. Néstor Tabares-Cardona, Hugo Marulanda-López, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Corporación Financiera de Caldas, Fondo Nacional de Caminos Vecinales, Orlando Tamayo B., Colombit. Es así como se da importante apoyo externo a la publicación que sigue su camino de manera sostenida hasta estos tiempos que corren, con las oscilaciones propias, pero con infaltable periodicidad trimestral. La nómina de articulistas y colaboradores es muy amplia, la cual puede apreciarse en el índice actualizado que se encuentra en nuestra Web, con relaciones de ediciones, autores, carátulas, partituras, ediciones monográficas, manuscritos autógrafos.

[La Revista tuvo amparo en la cesión de derechos plenos, de la Universidad Nacional de Colombia a Carlos-Enrique Ruiz, mediante escritura pública No. 1.252 del 10 de julio 1975, de la Notaría Cuarta, del Círculo de Manizales.]

El símbolo de la carátula en Aleph No. 6 se convirtió en el logo que acompañó la Revista hasta la edición No. 78 (inclusive). Luego cambia el diseño general orientado por algunos postulantes a grado en la UN-Bogotá (Luz-Marina Camacho, Lisbet Riveros, María del Rosario Ortiz, Mauricio Castro, Daniel Fajardo y Rubén-Darío Rojas), quienes crearon el nuevo logo que sigue en vigencia y diseñaron la totalidad de la revista, con detalles, gracias a las gestiones de nuestro colega, el profesor Arq. Santiago Moreno-González. Pero en Manizales no pudimos contar con los apoyos técnicos para acoger el nuevo diseño en su conjunto.

Ese logo que irrupciona en la número 6 se desarrolla en las siguientes entregas, con cambio de colores y reducción en tamaño para conservarse ubicado en lugar apropiado hasta la número 78. Luego, de la 79 en adelante, el nuevo logo, una representación histórica de la letra “Aleph”, la primera del alfabeto hebreo, rige en las ediciones hasta ahora. Sin embargo, disponemos de opiniones en reclamo de retornar a aquel símbolo de rebeldía, que podremos compaginar con la concepción de Albert Camus al identificar al rebelde en la capacidad de decir NO. No a la sumisión incondicional; no a las tiranías de cualquier orden; no al eufemismo que distrae la claridad en las posiciones de racionalidad y compromiso por la inteligencia, la educación, la ciencia, el arte,... el humanismo. Sí a la creatividad, a la lectura apasionada, a la escritura en libertad, a la voz pública sin ofensas ni beligerancias, sujetos al libre examen y a la creación insustituible.

En 1986 se crea la “Fundación Aleph” de un grupo de profesores de la UN-Manizales con el propósito de contribuir en la financiación y edición de la Revista. Ese auspicio comienza con la No. 60 (1987) y se conserva hasta la No. 126/27 (2003), cuando la Fundación entra en crisis financiera y cierra labores. Tuvo algunos apoyos de avisos, entre ellos de la Fundación Mazda; este se conservó en virtud del apoyo generoso de su presidente, José-Fernando Isaza, gracias al cual la Revista pudo seguir saliendo con la regularidad trimestral. Al retiro del Dr. Isaza de la presidencia de la empresa Mazda, ese auspicio se suspende, con el último registro en la No. 144 (2008). De ahí en adelante se sortean sus costos con significativos pellizcos a las pensiones de docentes de las cabezas de la familia Ruiz-González. El tiraje impreso se reduce, pero se consigue mayor difusión en la página web que dispusimos: www.revistaaleph.com.co. Cuando se cumplieron los 50 años de la Revista (2016) se publicó un grueso e importante volumen: “Ciencia y Humanismo”, financiado en alianza de la Universidad de Caldas y la Universidad

Autónoma de Manizales; asimismo la primera de ellas publicó el volumen 2 de los “Reportajes de Aleph”. Ahora, esta edición 200 y un volumen conexo se financian con aportes de personas, cuya relación de agradecimiento se da en lugar especial.

Muchas historias por recordar en estos primeros 56 años de vida fértil en Aleph. Otros escritos han recogido algunos aspectos, y faltará quien se le mida a escudriñar los archivos y armar la historia con sus detalles, y los relatos de los protagonistas. El tiempo ha pasado, con estas huellas en páginas de la Revista, en la confianza que otro tramo podremos recorrer convocando y aunando en sus páginas personalidades de la ciencia, la filosofía, la literatura, el arte, en general el humanismo y la poesía. Está la satisfacción de las sostenidas relaciones académicas y culturales, y el trabajo continuo de lectura, escritura y comunicaciones que animan la vida y fomentan el espíritu de creatividad, indagación y esperanza.

La Revista Aleph conserva ese talante, en el ideal de la naturaleza universitaria, académica. Abierta a la libre expresión, sin propiciar en sus páginas los enfrentamientos inútiles ni la polaridad estéril. Por aquí han pasado escritores, pensadores y artistas de diversas partes del mundo, con ensayos, artículos, poemas e ilustraciones, todo ello de calidad. Incluso ha habido en sus páginas alumbramiento de nuevos escritores.

En esta edición se congregan algunas voces significativas, de la academia y de la vida intelectual, con rescate de varias anteriores, con un volumen conexo que por la ocasión expande las afinidades y el sentido de arribar a la No. 200, con una trayectoria impensable.

Nuestro agradecimiento por la vida, por las personas que desde la intimidad nos han acompañado, con infaltables y solidarias amistades de diversos lugares. ¡Gracias!, una palabra insustituible y contundente. En especial a Livia, madre de nuestros tres hijos y abuela de nuestros cinco nietos, con quien llevo 58 años de trajinar por los caminos de variopinta condición.

Los dioses del Olimpo y del Crepúsculo nos seguirán acompañando.

La Revista Aleph y su símbolo

Santiago Moreno G.

La revista Aleph llega a sus 200 números, un logro difícil de superar en revistas culturales del país. Son 200 ediciones que han mantenido su formato (24x17cm) durante 53 años. Ha variado su imagen, pero la actual se ha conservado en las últimas 130 ediciones.

La primera, con bella foto de 1948 en blanco y negro de Albert Einstein, del fotógrafo Yoursuf Karsh, cuyo original reposa en la galería de retratos del Smithsonian National Museum.

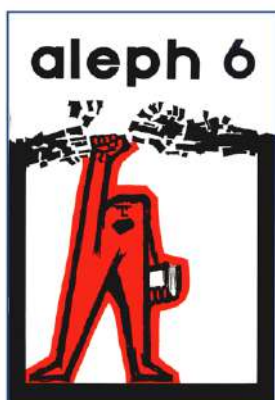
La segunda fue un ejercicio fallido dado los recursos técnicos de impresión de la época, por lo cual se regresa a colocar la foto de Bertolt Brecht de 1955 en el “Theatre des Nations”.¹

Para las siguientes 4 y 5 se toma como recurso utilizar su número como imagen, pero los resultados no convencieron. Fueron épocas de experimentación buscando encontrar tanto la identidad de la Revista como su imagen. “A partir del número 6 del cuatrimestre enero abril de 1974, la Revista Aleph adquirió plena identidad y asumió, sin concesiones, el sendero



1. Tomada del libro “La Técnica Teatral de Bertolt Brecht”, de Jacques Desuché. Ediciones oikos-tau, Barcelona, 1996.

del libre pensamiento y la vocación de echar mano de la fuerza liberadora y transformadora del arte y la poesía, de la ciencia y la filosofía”.²



La carátula de la número 6, con la imagen de una figura con un libro en su mano izquierda y con la derecha con su puño en alto rompiendo una estructura que lo encerraba, fue muy oportuna, ya que simbolizó la reacción a la suspensión por parte de la Universidad del auspicio a la Revista por considerarla no conveniente en la vida institucional.

La imagen de la carátula formaba parte de un afiche producido por el estudio Vicho+Toño Larrea, conformado por los hermanos Larrea, Vicente (1942) y Antonio (1948), el cual se asocia estrechamente con el movimiento de la Nueva Canción Chilena. El estudio de los hermanos Larrea realizó múltiples logotipos, cerca 120 portadas de discos y más de 300 carteles. Su trabajo ha sido un referente para la gráfica chilena de la transición entre las décadas del sesenta y setenta. Este fue un período de búsqueda de las raíces latinoamericanas.³

No ha sido posible encontrar la imagen del afiche original, el cual traje desde Santiago de Chile, en viaje de regreso desde Buenos Aires donde participé en un Congreso Internacional de estudiantes de arquitectura en 1969. Fueron los tiempos de las elecciones primarias que escogieron a Salvador Allende como candidato de la Unidad Popular a la presidencia de Chile.

Esa imagen se mantuvo en los siguientes tres números 7, 8 y 9, cambiándole el color y a partir de esta, la figura conformó con aleph el logo de la revista que se mantuvo hasta el número 78, localizado alternativamente en la parte inferior

2. <https://www.revistaaleph.com.co/index.php/historia/542-origenes-revista-aleph-cincuenta-anos>

3. <https://www.naran-ho.com/hermanos-larrea/>

o superior dejando espacio para del 10 al 15 colocar el contenido y a partir del 16, ilustraciones, trasladándose el contenido a la contracarátula, donde todavía se mantiene, con algunas excepciones en los números especiales.

Las ilustraciones de las carátulas fueron ayudando a conformar la identidad gráfica de la Revista, encontrándose desde manuscritos como los de Gabriel García-Márquez, Fernando Botero, Luis Vidales, hasta dibujos elaborados especialmente para la revista. Aparece por primera vez la carátula con ilustración exclusiva para la revista Aleph No 16 (marzo/mayo, 1976) de un dibujo inédito de Guillermo Botero-Gutiérrez elaborado en el Paraguay en 1944. Como caso singular se hizo la carátula de la Revista Aleph No. 25 (1978) en la impresora de la Veyco directamente con talla en madera, realizada por el maestro Jaime Valencia-Bernal; es decir, cada ejemplar de esa edición tiene xilografía original.⁴ En general, las ilustraciones de carátula han sido hechas para la Revista. Por allí han pasado Pedro-Nel Gómez, Alejandro Obregón, Enrique Grau, Jorge-Elías Triana, Rogelio Salmona, Oswaldo Guayasamín, Luciano Jaramillo, etc. Con preponderancia se ha contado con las ilustraciones de Pilar González-Gómez, desde Madrid.




A partir del número 78 se consideró que la Revista ya había adquirido su identidad, tanto en su contenido como en su imagen, y que procedía formalizar su símbolo y ajustar los componentes gráficos: símbolo, logo, bandera y caja tipográfica. Se desarrolló una propuesta por un grupo de estudiantes de la carrera de diseño gráfico de la Universidad Nacional en Bogotá, Luz-Marina Camacho, Lisbet Riveros, María del Rosario Ortiz, Mauricio Castro, Daniel Fajardo y Rubén-Darío Rojas, que para esa época ya habían conformado su propia empresa de diseño, “Soluciones Gráficas”.

Lo importante era encontrar un símbolo propio que reemplazara la figura del puño en alto y se partió del concepto de *aleph* en el origen de la Revista,

4. <https://www.revistaaleph.com.co/index.php/indices>

relacionado con la teoría de los transfinitos de George Cantor y del cuento “El Aleph” de Jorge-Luis Borges, designación que corresponde a la primera letra del alfabeto hebreo. Esta denominación unía las aspiraciones formativas en los campos de las ciencias y el humanismo.



De la guía de diseño, se extrae que los diseñadores escogieron el signo fenicio⁵  que representa el *aleph*, por ser más cercano al alfabeto occidental actual.

De trazo libre y superpuesto en un círculo, de más universalidad que el cuadrado, corresponde mejor al contenido de la Revista por ser receptiva de todas las corrientes de pensamiento. El signo ALEPH, al rebasar la dimensión del círculo y fragmentarlo, evita cualquier denotación de límite o encierro, reforzando la idea expuesta. Por su línea formal se constituye en un sello contundente y fácil de reproducir.⁶



Aunque la figura del puño en alto nos trae gratos recuerdos, el símbolo actual ya ha estado con la Revista durante más de 30 años, lo que procedería mejor es aplicar las recomendaciones de la guía de manejo, en especial porque ya se cuenta con las herramientas disponibles en la actualidad. Otro aspecto a resaltar es que la Revista está disponible en su página web desde el número 126/127.⁷

5. https://es.wikipedia.org/wiki/Alfabeto_fenicio

6. Cartilla de la imagen

7. <https://www.revistaaleph.com.co/>

Alborada de la ciencia en la Nueva Granada

Darío Valencia-Restrepo

En el año 1760 llega a la Nueva Granada, procedente de España, el ilustrado José Celestino Mutis (1732-1808). La calificación de ilustrado proviene de la Ilustración, un movimiento intelectual y cultural que con las luces de la razón y el conocimiento enfrentó la superstición, la ignorancia y el oscurantismo. Señalaba la importancia de la observación, la experimentación y la medición. Ocurrió en los siglos XVII y XVIII en Europa, y con las limitaciones impuestas por una fuerte tradición escolástica llegó a España y fue adoptada por la monarquía de los Borbones. En ese ambiente se forma Mutis. Ver una imagen con su retrato en la figura 1.



En el contexto atrasado y precientífico de ese virreinato, don José Celestino introduce un cambio cultural, centrado en la cultura científica. Establece formalmente una educación basada en las matemáticas y la física newtoniana, educación que solo llega a una élite. Y de mucho interés es saber que la Real Expedición Botánica, dirigida por este mismo ilustrado, permite realizar una práctica que afirma y complementa la mencionada educación científica.

Se enuncian a continuación varios acontecimientos relacionados con Mutis que sustentan ese cambio cultural y que más adelante se discutirán con algún detalle: inauguración de una

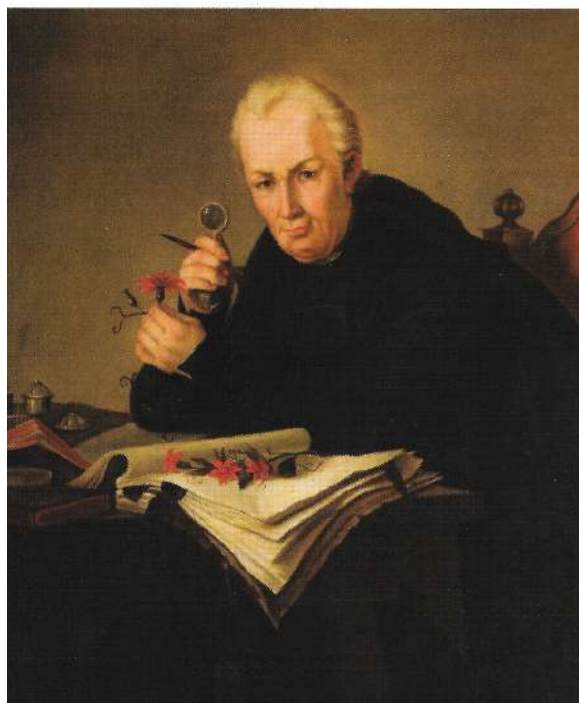


Figura 1. Retrato de Mutis que reposa en la Real Academia de Medicina, de Madrid

cátedra de matemáticas con un discurso de excepcional vigencia (1762); publicación en 2009 de un manuscrito inédito de Mutis en favor de Newton y contra los escolásticos (1764); traducción parcial al español de la obra fundamental de Newton (c. 1770); terminación de la construcción de un observatorio astronómico en Santafé de Bogotá (1803); y en una importante publicación internacional, Mutis es considerado como el primero de los botánicos de la América tropical, y el primer entomólogo del Nuevo Mundo por su estudio sobre las hormigas, con lo cual la publicación concluye que su presencia en la Nueva Granada significa el comienzo de la historia natural en el Nuevo Mundo.

Sobre ese cambio cultural, es pertinente una cita que advierte una salvedad:

A pesar de lo poco que sabemos hoy en día sobre las formas y modalidades de la cultura intelectual de la sociedad colonial, sobre todo en relación con sus dos primeros siglos, se puede decir, sin demasiada posibilidad de error, que los enunciados y las formas de enunciación que entran a circular con los discursos de José Celestino Mutis significaban localmente una novedad radical, que aún estamos lejos de evaluar con alguna precisión. (Silva, 2005, p. 70).

Inauguración de una cátedra de Matemáticas

En su discurso de 1762, Mutis establece en firme la necesidad de estudiar las matemáticas, en razón de su estrecho lazo con las demás artes y ciencias, su importancia al acompañar los descubrimientos de la física moderna, su utilidad que justifica el estudio por todos y el error al considerar que ellas son difíciles de aprender. Una argumentación que conserva su vigencia.

Conviene considerar la siguiente cita:

¿Y quién dudará que todo el aumento de la Física experimental le ha venido por las observaciones, experimentos y la justa aplicación de las matemáticas? Los matemáticos más insignes del pasado y presente siglo han ilustrado la Física con las demostraciones y varios cálculos analíticos propios a descubrir muchas verdades, que se hallaron después acordes con las experiencias. (Universidad Nacional de Colombia, 2010, p. 29).

Aquí Mutis muestra su cabal conocimiento de la obra de Newton, al describir atributos característicos del método científico: observación, experimentación, medición, comprobación; y la base teórica que a la física proporcionan las matemáticas, lo que significa la interacción entre teoría y práctica. Se trata, en resumen, de una visión anticipatoria de lo que hoy se conoce como la física matemática. También señala que, quien desee formar sólidamente su juicio, debe ejercitarse en las demostraciones de las matemáticas...

Y a continuación otro pasaje notable:

En ninguna parte de las matemáticas se observa mejor este ajustado método de proceder el entendimiento humano como la geometría. En unas verdades tan sencillas y desnudas, que algunos las tienen por ridículas, están fundadas las demostraciones de infinitas proposiciones, en que se contienen unas verdades tan misteriosas, que sería casi imposible percibir las sensiblemente por otros medios. Un riguroso geómetra que entra al examen de las verdades humanas no está expuesto a caer en los errores de entendimiento en que frecuentemente incurren los demás hombres, poco o nada acostumbrados a seguir tenazmente la serie de todas las ideas que deben preceder para llegar al conocimiento de aquella última verdad que se busca. (Universidad Nacional de Colombia, 2010, p. 27).

Se encuentra aquí una cabal comprensión del vigente significado que se debe a los libros de Euclides. Es paradigmática la forma de proceder el geómetra griego, pues sigue el método propio de las matemáticas en cualquier

tiempo: enunciado de axiomas o postulados, seguido de definiciones y reglas de demostración para deducir las proposiciones válidas, conocidas como teoremas. Así procedió también Peano a partir de sus axiomas para desarrollar la teoría de los números enteros positivos. Es una lástima que en la actualidad la geometría plana y del espacio esté desapareciendo de los currículos, pues muchos profesores y estudiantes consideran que su estudio contribuye en forma decisiva a intensificar el pensamiento lógico, la fuerza de la deducción y la capacidad analítica. Y no sobra agregar que las aplicaciones de la geometría son útiles en muchos campos, incluso en la vida diaria.

Se publica en 2009 manuscrito inédito de Mutis (1764)

Pero para empezar por fin, ilustrísimos oyentes, sería conveniente que recordéis que la finalidad de la Filosofía natural no es otra que conocer, en la medida en que pueden hacerlo los filósofos, las series de todos los fenómenos y de los efectos naturales, describiendo las relaciones, investigando la naturaleza de todos los cuerpos, la figura, el funcionamiento, las causas, los movimientos, todos los efectos y, en fin, indagando la constitución de todo el universo. (Ortiz-Valdivieso, et al., 2009, p. 94).

Con claridad meridiana, después de aspectos protocolarios y advertencias consignados en el manuscrito, se ocupa Mutis del gran cambio que propone al virreinato, mediante la definición de unos conceptos básicos que resumen todo lo característico de una actividad científica.

El manuscrito autógrafo fue descubierto por los autores del libro *Filosofía natural mutisiana* (Ortiz-Valdivieso, et al., 2009). Se encontraba en el Fondo Camilo Torres y Tenorio del archivo histórico de la Pontificia Universidad Javeriana y los análisis no dejan duda sobre la autoría de Mutis. Se trata de un valiente ataque a la filosofía medieval, conocida como la de los escolásticos o peripatéticos, que daban predominio a la fe sobre la razón, y otorgaban gran importancia al argumento de autoridad en contra de la ciencia. Son famosas algunas de las inútiles discusiones de aquellos tiempos. La figura 2 muestra la primera página del manuscrito en latín.

El autor del escrito considera que el ejemplo de los peripatéticos perjudica la educación de los jóvenes, al tiempo que manifiesta su extrañeza por sofismas y juegos de palabras a los cuales se les da más importancia que a un experimento sólido y constante. Esta última afirmación muestra una comprensión del método científico, pues se sabe que la validez de un experimento depende

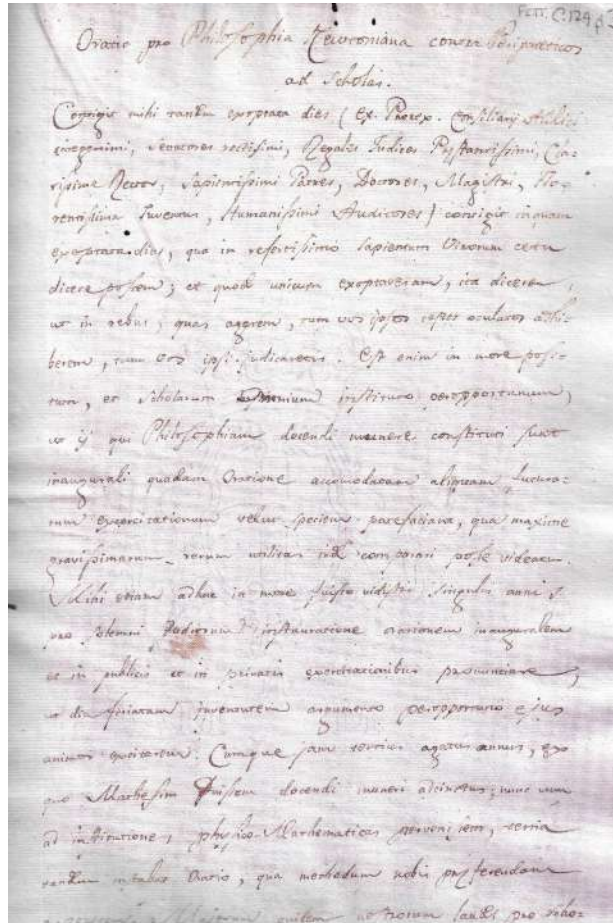


Figura 2. Primera página del manuscrito de Mutis.

de que sea posible replicarlo por personas ajenas al primer experimentador y que sigan el protocolo indicado por éste.

De otro momento de la exposición, puede extraerse lo siguiente:

A vosotros os consta claramente cuáles hayan sido las causas de tanta variedad de sectas y de tal variedad de opiniones, desde los tiempos más remotos hasta nuestra edad. Considerad, entonces, ahora qué reformas haya que hacer para educar a la juventud. Pienso que lo primero que hay que hacer es disertar acerca de la nobilísima condición de la Filosofía natural; luego de la inutilidad de las disputas de las Escuelas y finalmente acerca de Newton, Príncipe de los Filósofos. (Ortiz-Valdivieso, et al., 2009, p. 98)

Aquella defensa de Newton debió causar fuerte impresión en los oyentes y con seguridad rechazos, pues el reconocimiento de la obra del gran científico implicaba la aceptación del heliocentrismo. Más tarde, Mutis defendería abiertamente el sistema planetario de Copérnico, con lo cual se vería implicado en una querrela con padres dominicos de Santafé, quienes sin éxito lo acusaron ante la Inquisición. Vale la pena reiterar el arrojito de Mutis al expresar sus invectivas contra los escolásticos, como él mismo las llama, porque sus palabras son pronunciadas ante altas autoridades encabezadas por el virrey. En el escrito se concluye que es imprescindible estudiar en estos tiempos la filosofía natural de Newton y que los escolásticos deben aprender que la filosofía natural se fundamenta en las observaciones y los experimentos.

Como el discurso en cuestión se está refiriendo a la obra fundamental de Newton *Principios matemáticos de la filosofía natural*, es bueno anotar que Newton habla de filosofía natural, en realidad una ciencia, para establecer una clara diferencia con la filosofía tradicional de su tiempo.

Traducción parcial al español de la obra fundamental de Newton (c. 1770)

En un artículo de Luis Carlos Arboleda, citado en las referencias, se encuentra un estudio muy completo de un manuscrito de Mutis que traduce al castellano apartes de la gran obra de Newton titulada *Philosophiæ naturalis principia mathematica*. En ese artículo aparecen los siguientes detalles del manuscrito: el Libro I fue traducido a partir de una versión de la tercera edición latina de 1726, revisada y actualizada por Newton; el libro III proviene de alguna versión (probablemente ella misma fragmentaria) de la primera edición latina de 1687; no existe traducción del Libro II y tal vez nunca fue realizada; el manuscrito está muy bien conservado como documento, consta de alrededor de 300 folios, escritos por ambas caras, con unas 160 mil palabras y tamaño de 21 x 30 cm; y con excepción de una pequeña parte, tiene la caligrafía de Mutis. Los interesados pueden buscar en internet el importante artículo de Arboleda.

La obra fundamental de Newton está dividida en tres libros. Se indicó que Mutis solo tradujo los libros primero y tercero, muy importantes porque en ellos aparecen los principales resultados del trabajo de Newton. En efecto, en el primer libro, titulado *Axiomas y leyes del movimiento*, se discuten las tres leyes del movimiento. Y en el tercero, titulado *Sobre el sistema del mundo*, se

encuentra la ley de la gravitación universal, y en él se deduce que las órbitas de los planetas alrededor del sol son elipses, en uno de cuyos focos se encuentra el sol. En este último libro, Newton hace una gran unificación de la física: la ley de la gravitación rige tanto en los cielos como en la Tierra.

Para terminar este apartado, se destaca un comentario del artículo tantas veces mencionado:

Así pues, Humboldt aparece en estas citas como uno de los viajeros europeos más autorizados, que supo valorar desde bien temprano el mérito histórico que le cupo a Mutis en la delicada empresa de casi medio siglo tendiente a aclimatar la racionalidad científica newtoniana en la Nueva Granada. A partir de entonces hasta nuestros días, este álgido capítulo de nuestra historia cultural ha quedado reducido a un “hecho”, y la conflictiva actividad social de su principal protagonista apenas se evidencia en la biografía civil del precursor. Sin embargo, ocurre a veces que nuevos eventos insospechadamente arrojan luz sobre el pasado, restituyendo otros que habían permanecido olvidados a lo largo del tiempo.

(Arboleda, 1987, p. 121).

Observatorio Astronómico de Santafé de Bogotá

José Celestino Mutis fue designado Primer Astrónomo Real de Santa Fe de Bogotá, un título bien merecido ya que ordenó la construcción de un observatorio astronómico en la capital de la Nueva Granada, terminada en 1803. Francisco José de Caldas fue encargado de su dirección y desde las nuevas instalaciones realizó numerosas observaciones astronómicas, así como rigurosas mediciones climáticas. Esa construcción pone de presente la importancia que don José Celestino otorgó a la astronomía como parte de la Real Expedición Botánica. En la figura 3 se muestra una imagen de las actuales instalaciones.

Mucho se ha escrito para señalar que el mencionado observatorio construido por iniciativa de Mutis fue el primero de las Américas.

Se sabe que existió un observatorio a partir de 1780, situado en Río de Janeiro e impulsado por los astrónomos portugueses Sanches d’Orta y Oliveira Barbosa. Ese observatorio cerró sus puertas en 1808 y su equipo fue entregado a la Academia Real Militar. Otros observatorios de corta duración y poca trascendencia, como el mencionado, ocurrieron en varias partes del continente americano, incluso antes de 1780, así: en 1730, uno instalado por



Figura 3. Observatorio astronómico de Santafé de Bogotá.

jesuitas en Brasil; otro privado inaugurado en 1769 en el estado de Pensilvania, Estados Unidos; y un tercero en el College of William and Mary, en el estado de Virginia, Estados Unidos, contemporáneo del anterior, también de corta vida y del cual se sabe que en 1789 permitió observar un eclipse lunar y el tránsito de Mercurio.

Observatorios como los cuatro mencionados pueden considerarse como antecedentes históricos, a veces llamados proto-observatorios, pero no suelen compararse con aquellos con una construcción formal, así como de mayor tradición y permanencia. Especial atención han merecido aquellos antiguos que todavía subsisten, tal el caso del observatorio de Santafé de Bogotá terminado en 1803 y que hoy hace parte de la Universidad Nacional de Colombia.

Algunas fuentes corroboran la anterior prioridad:

Una cronología de observatorios astronómicos que aparece en Wikipedia, en la cual se señala que el observatorio de Santafé de Bogotá es el primero de las Américas; es de interés observar que en este artículo la enciclopedia mundial no exige revisión o eliminación de ambigüedades; y ninguno de los cuatro observatorios citados antes aparece en la lista. El actual Observatorio

Astronómico Nacional de Colombia señala en su sitio de internet que es el primero de América. Y un artículo de la Red Cultural del Banco de la República ratifica esa primacía del observatorio de Santafé de Bogotá, en atención a su construcción permanente y a que otros más antiguos tuvieron carácter provisional.

Pero Unesco ha puesto punto final a la discusión al afirmar, en su “Portal to the Heritage of Astronomy” que “Santa Fé de Bogotá Observatory is the first astronomical observatory that was built on the American continent”. Ver en internet:

<https://www3.astronomicalheritage.net/index.php/show-entity?identity=177&idsubentity=1>

Mutis: primer botánico de la América Tropical

Se muestra en la figura 3 la portada de un libro de 2010 publicado por la editorial de la Universidad Johns Hopkins y cuyo título traducido al español es *José Celestino Mutis y la alborada de la historia natural en el Nuevo Mundo*. Los autores son Edward O. Wilson y José- María Gómez-Durán. Wilson es uno de los principales científicos del mundo en la actualidad, tratadista de la evolución, iniciador de la llamada sociobiología (estudio de los fundamentos biológicos del comportamiento social), promotor de la consiliencia y la unidad del conocimiento y el mayor experto mundial en hormigas. Y Gómez-Durán es miembro fundador de la Asociación Ibérica de Mirmecología. Este último término es el nombre que se da al estudio del comportamiento de las hormigas.

El libro sustenta que Mutis, en razón de la amplitud de sus logros científicos y educativos, puede considerarse como el más importante de los pioneros que sentaron las bases de la botánica de América tropical. Es un significativo reconocimiento internacional a los logros del director de la Real Expedición Botánica (1783-1816).

Mutis: primer entomólogo del Nuevo Mundo, por su estudio sobre las hormigas

El mencionado libro de Wilson y Gómez-Durán revela y detalla por primera vez otra gran pasión de Mutis: el estudio del comportamiento y la clasificación de las hormigas, una disciplina conocida hoy con la palabra mirmecología y de la cual él fue pionero. Poco después de llegar a la Nueva Granada

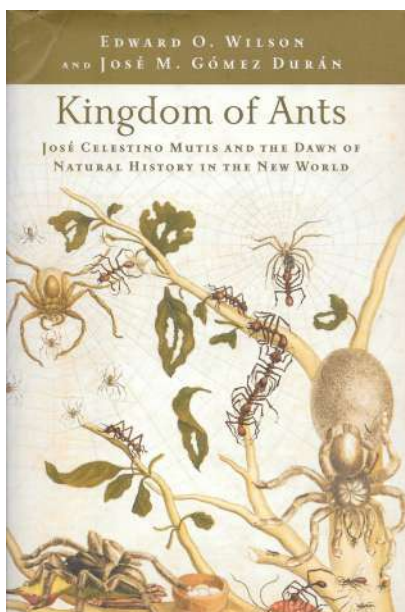


Figura 4. Portada del libro de Wilson y Gómez-Durán.

en 1760, Mutis recibió una carta de Linneo, el célebre fundador del sistema empleado universalmente para clasificar plantas y animales, en la cual el célebre naturalista sueco le pedía que le enviara plantas del Nuevo Mundo y que realizara una memoria sobre las hormigas americanas.

Una vez remontado el río Magdalena, don José Celestino llegó a Mariquita y luego se internó en el bosque seco tropical, e inició un amplio programa científico, nunca antes intentado, para estudiar esos insectos. Dice el libro que los relatos de Mutis resisten el escrutinio actual, tan objetiva y perspicaz fue su capacidad de observación de las hormigas y las termitas.

De la nada, Mutis se inventó una clasificación que muestra 12 especies, cuyos nombres a veces eran los empleados por los lugareños: arriera sabanera, arriera de la montaña, colorada, cazadora grande y cazadora pequeña, flechera.

Se sabe que don José Celestino escribió dos libros sobre sus observaciones, los cuales se perdieron en alta mar. Pero el destacado historiador colombiano Guillermo Hernández de Alba identificó y organizó los diarios completos de Mutis y los publicó. Como entre las 1.200 páginas de esta colección más de 100 incluyen los hallazgos de Mutis al respecto, fue posible que Wilson y Gómez-Durán pudieran reconstruir en algún grado los textos perdidos.

Wilson y Gómez-Durán estuvieron en Colombia en 2007 y en las vecindades de Mariquita recorrieron caminos tal vez seguidos por Mutis en búsqueda de las hormigas. El libro de esos dos autores es muy bello y relata con detalle la seriedad del trabajo de Mutis al respecto.

Puede observarse en la figura 5 una página del libro en cuestión, con la clasificación de las hormigas en la parte izquierda, la cual muestra una copia de la caligrafía del propio Mutis, y al frente se encuentra la versión al inglés de dicha clasificación.

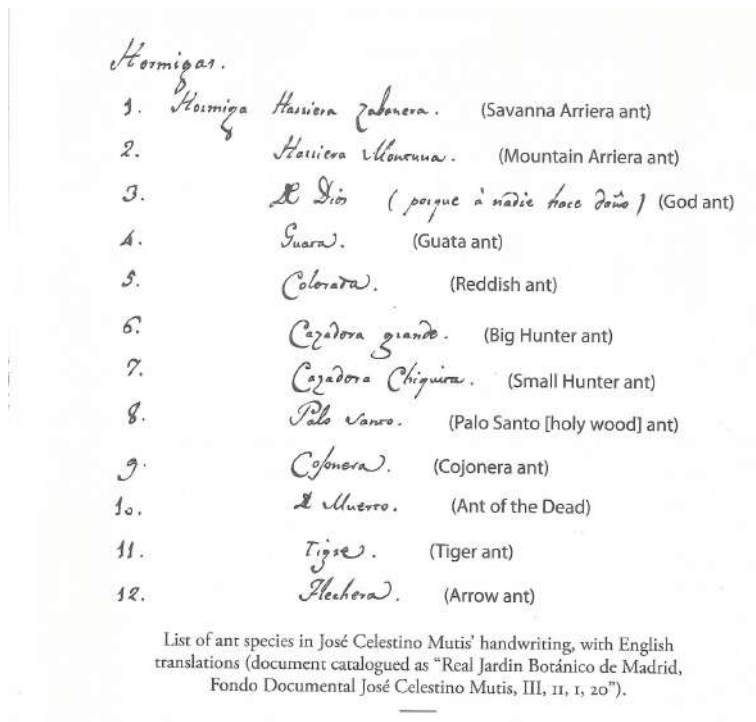


Figura 5. Página 2 del libro de Wilson y Gómez-Durán.

Así termina el libro que se ha venido comentando:

En lo más profundo de la historia, las hormigas arriera y pataloa han estado presentes allí por más de 20 millones de años, con un trabajo que con constante precisión impacta el ambiente. Si la humanidad no destruye todo el planeta, ellas estarán allí millones de años más en el futuro. Mutis, el primero en sondear sus misterios, será recordado por aquella presencia durante mucho tiempo venidero. (Wilson y Gómez-Durán, 2010, p. 97).

Referencias

Arboleda, Luis C. (1987). Sobre una traducción inédita de los Principia al castellano hecha por Mutis en la Nueva Granada *circa* 1770. Revista *Quipu*, Vol. 4, No. 2, pp. 119-142.

Blom, Philipp. (2007). *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*. Anagrama, Barcelona.

Hernández de Alba, Guillermo. (1957-1958). *Diario de observaciones de José Celestino Mutis (1760-1790)*. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Editorial Minerva, Bogotá.

Ortiz-Valdivieso, Pedro, Bernal-Villegas, Jaime y Gómez-Gutiérrez, Alberto. (2009). *Filosofía Natural Mutisiana*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Silva, Renán. (2005). *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada*. La Carreta Editores E. U., Medellín.

Soto-Arango, Diana. (2005). *Mutis. Educador de la élite neogranadina*. Rudecolombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja.

Universidad Nacional de Colombia. (2010). *Los Ilustrados*. Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá.

Wilson, Edward O. y Gómez-Durán, José M. (2010). *José Celestino Mutis and the Dawn of Natural History in the New World*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore.



¿Hacia dónde miro?

Enrique Forero G.

Todas las mañanas, al leer el diario, me asalta una especie de angustia. ¿Hacia dónde miro? Sus páginas están llenas de información, en muchos casos contradictoria, así venga de las mismas fuentes o de fuentes muy cercanas. Los datos de la economía no me convencen, porque veo lo que ocurre en las ciudades y en el campo. Cada columnista “sienta cátedra” sobre el tema del día y quiere que su “palabra sea la ley” como dice la canción. La violencia está por todas partes, tanto en el ámbito local como nacional como mundial. La destrucción de la naturaleza, el cambio climático, los daños ambientales, los desastres, son noticias de cada día. Para completar, el diario se da el gusto de dedicar una página semanal, sin falta, a las mascotas, y varias páginas al entretenimiento. Ya casi ni los deportes tienen espacio en el material impreso (“Consulte los resultados y toda la información en nuestra página web”, nos indican).

Entonces, ¿Hacia dónde miro? Yo vivo en un mundo diferente, un mundo en el que se busca trabajar en otra forma. Y me gusta ese mundo. Es el mundo de la ciencia, el mundo de la educación, el mundo de las humanidades, de las artes, de la cultura. Es aquella especie de “paraíso” en el que solo tienen cabida las buenas prácticas, y en el que lo que se busca es en-



tender todo lo que nos rodea, bien sea a través de su estudio o a través de sus representaciones artísticas que también son el resultado de su estudio, claro. Es un mundo en el que hay cupo para mucha gente, pero que aún está lejos de tener “cupo completo”.

Yo prefiero mirar hacia ese mundo, y de verdad me gustaría (uso en condicional al que siempre le “saco el cuerpo”) que muchas más personas miraran en esa dirección. Es que yo vivo inmerso en el mundo de la ciencia, no porque yo me considere el “gran” científico, sino porque vivo rodeado de verdaderos GRANDES científicos, así sean pequeños en edad (me refiero a los alumnos de los colegios con los que interactúan los académicos). He tenido la suerte de vivir en este mundo paradisíaco la mayor parte de mi vida. Desde que, siendo muy joven, ingresé como estudiante a la Universidad Nacional de Colombia y tuve la oportunidad de conocer a verdaderos científicos. Y, ojo, que estos no tenían grandes títulos. En la época el “Ph.D.” no se conocía en Colombia. Mis maestros eran autodidactas o contaban con un título profesional. Pero se dedicaban con pasión a lo que hacían. Y me transmitieron esa mística que yo siempre traté de alimentar en mis alumnos.

¡Aprendí tanto de ellos! Pasó el tiempo, y viví una experiencia similar en los Estados Unidos. Amor por el trabajo, dedicación, sacrificio, entrega total. Para mi fortuna, al regresar a Colombia obtuve suficiente apoyo para hacer lo que había aprendido a amar, la “ciencia amable”. Y al mismo tiempo tuve la suerte de contar con unos alumnos excepcionales. Mejores no había. Con ellos disfruté los viajes de campo, pero también su deseo de aprender y, por qué no, de seguir mis pasos que no eran otros que los de mis maestros. Por lo menos tres generaciones con los mismos sueños. Muchos de ellos se fueron a hacer sus contribuciones a la ciencia colombiana y mundial en ciudades diferentes a Bogotá; desde Santa Marta y Barranquilla, pasando por Montería, Quibdó, Bucaramanga, Medellín, Manizales, Palmira, Villavicencio, Neiva, hasta Popayán y Leticia.

Luego la vida me trajo a donde estoy. Vivo rodeado de lo mejor de lo mejor de la ciencia y del humanismo colombianos, con alcance internacional. Hacia ahí es hacia donde quiero mirar. Pero también quiero que muchos, jóvenes y viejos, miren a esa cara de la moneda. Y quiero que el diario que leo cada día también lo haga. Pero no...la ciencia ocupa un lugar esporádico, si queda espacio. Para las mascotas siempre lo hay. ¿Y el medio ambiente? Si queda espacio. ¿Y la educación? Si queda espacio. En general, los medios

de comunicación no le encuentran “la gracia” a la ciencia, ni al medio ambiente, ni a la educación. Claro, siempre hay espacio para que los ministros y otros funcionarios del gobierno nos muestren las maravillas que están haciendo, en muchos casos sin evidencia científica. Son medios cuya filosofía dista mucho de la que realmente requiere nuestra sociedad pues están ligados a otro tipo de intereses. Cómo será que hasta tres de los redactores de ciencia de tres de los más importantes diarios del país dejaron sus cargos casi que al unísono.

Pero yo vuelvo a mirar hacia nuestra ciencia, y ¿Qué encuentro? Que tenemos una comunidad científica fuerte, reconocida internacionalmente, y a la que la Academia está comprometida a exaltar, ya que es uno de sus principios misionales. En las líneas que siguen voy a construir una “sopa de letras” con la intención de mostrar la riqueza de nuestra ciencia sin pretender ser exhaustivo, ¡Ni más faltaba! La sola Academia cuenta con 260 miembros que cubren las áreas de las ciencias exactas, físicas y naturales, pero también las humanidades, las ciencias de la salud, del medio ambiente e, inclusive, de la economía y la ingeniería.

La “sopa de letras” comienza con unas celdas solares fotovoltaicas flexibles para uso en zonas no interconectadas, y continúa con investigaciones sobre energía de alta tensión y descargas eléctricas, pero se enriquece con los trabajos sobre insectos de importancia como vectores de enfermedades o plagas de cultivos. También hay quien se especializa en física de la superconductividad y el magnetismo, o en monitoreo y modelado de la deforestación, fragmentación de bosques e incendios forestales, o en herpetología y monitoreo de fauna terrestre en áreas sometidas a grandes disturbios debidos a la construcción de centrales hidroeléctricas, y más aún, quien trabaja en el procesamiento de información óptica y sus aplicaciones en nuevos sistemas ópticos para seguridad. No hay descanso para la preparación de la “sopa de letras”, porque hay quien construye la neurociencia en Colombia, y quien se preocupa por el mejoramiento de los cultivos tropicales, o en la lucha contra plagas de esos cultivos, o también quien ha dedicado su vida a trabajar sobre la exposición de agentes mutagénicos en poblaciones humanas, genotoxicidad ambiental y genética forense. Siguiendo con los humanos, hay investigaciones muy importantes sobre lucha contra el cáncer de seno usando plantas nativas, o para producir un tratamiento para la leishmaniasis cutánea. Cierro la “sopa de letras” con trabajos sobre el uso de métodos computacionales de alta precisión basados en los principios fundamentales de la mecánica cuántica, y

mencionando que muchos egresados de programas colombianos de posgrado están impactando tanto al mundo académico como al empresarial en el país, o están desarrollando ciencia de vanguardia en diversos países del mundo.

El contenido de la “sopa de letras” solo incluye investigaciones hechas en Colombia por científicos colombianos miembros de la Academia. Pero, además, y como es normal, la Academia se enorgullece de los académicos que hacen parte de la llamada “diáspora”: Panamá; San Francisco State University; Harvey Mudd College, Claremont, CA; University of Washington; University of Colorado; Purdue University; Baruch College, New York; Wildlife Conservation Society, New York; Luisiana State University, Baton Rouge; Fort Lauderdale, Florida; Montreal, Canadá; CINVESTAV, México (Física); CINVESTAV, México (Matemáticas); Universidad Nacional Autónoma de México, Baja California; Viena, Austria; Grindelberg, Alemania; Vevey, Suiza; New York University, Emiratos Árabes Unidos.

¿Sorprende, entonces, que en pocas semanas al menos nueve miembros de la Academia hayan recibido reconocimientos a nivel nacional e internacional? Braulio Insuasty, obra integral en Ciencia, Academia y Avanciencia; Elena Stashenko, 100 científicos más influyentes del mundo, *The Analytical Scientist*; Moisés Wasserman, colombiano ejemplar, diario *El Colombiano*; Eduardo Posada, Vida y Obra, Ministerio de Educación; Álvaro Morales Aramburo, una vida dedicada a la investigación, Alcaldía de Medellín-Sapiencia; Guillermo Páramo Rocha, Doctorado Honoris Causa, Universidad Nacional de Colombia; José Daniel Pabón y Oscar Mesa, Medalla al Mérito Universitario, Universidad Nacional de Colombia; Daniel Cadena, “Dejar huella”, Universidad de los Andes.

Una observación obvia: los medios de comunicación prefieren exaltar a científicos colombianos que residen y trabajan en el exterior. No tengo nada contra ellos pues, a algún nivel, engrandecen a Colombia. Pero sus logros son posibles en buena medida por la situación más o menos privilegiada en que se encuentran, trabajando en ecosistemas científicos ampliamente favorables. Uno de los objetivos de este escrito es ofrecer a quien lo requiera, un “menú” de opciones locales, nacionales, autóctonas, para profundizar.

Vuelvo a mirar a los medios de comunicación y es muy poco lo que encuentro sobre estos y otros asuntos de la mayor trascendencia para el país. La Misión Internacional de Sabios 2019, convocada por el gobierno nacional a instancias de la Academia, produjo a finales de 2019 y durante 2020 varios

volúmenes con conclusiones y recomendaciones bajo el título “Colombia hacia una sociedad del conocimiento”, que deberían convertirse en una hoja de ruta para Colombia durante los próximos 25 o 30 años. Allí se trataron en detalle elementos tan centrales al presente y el futuro de nuestra nacionalidad como las ciencias básicas y del espacio, las ciencias de la vida y de la salud, biotecnología, bioeconomía y medio ambiente, tecnologías convergentes e industrias 4.0, océanos y recursos hidrobiológicos, ciencias sociales y desarrollo humano con equidad, industrias culturales y creativas (después denominado arte, cultura y conocimiento), y energía sostenible. Son propuestas que todos los colombianos deberíamos interiorizar. No obstante, la sociedad poco se ha interesado en conocerlas, y los medios prácticamente las han ignorado. El mismo gobierno ha creado otras misiones como la de internacionalización, que se apartan casi por completo de lo descrito por la Misión. Es nuestro deber insistir en que eso cambie.

¿Hacia dónde miro? Concluyo argumentando que es mucho el espacio que falta por ganar y ocupar en la mente de los compatriotas sobre la importancia de la ciencia para el desarrollo del país. Se habla de un mundo cada vez más complejo, y la ciencia está ahí para ayudar a su comprensión. En la época actual no se puede ni se debe separar la ciencia, o mejor, las ciencias naturales, de las ciencias sociales. Las unas no tienen mucho sentido sin las otras. Aunque en este escrito me he centrado en las ciencias naturales, con menciones dispersas a las humanidades y las ciencias sociales, las artes, etc., estoy convencido de sus estrechas interacciones. La Academia así lo entiende también y muchas de sus actividades se mueven en ese contexto. La Misión Internacional de Sabios 2019 ofrece un derrotero claro para que este vínculo se haga cada vez más fuerte.

Al respecto de la educación, afortunadamente, la Academia la incluye como uno de sus ejes misionales, al punto de que la comprobación de que el candidato ha formado nuevas generaciones de investigadores a lo largo de su carrera se ha convertido en un requisito para ser admitido en la institución. Así mismo, la Academia está comprometida con el mejoramiento de la educación en ciencias naturales y matemáticas en la escuela básica y media. Uno de los aspectos más estimulantes del trabajo en este ámbito, es el gran interés que los niños de los colegios demuestran por estos asuntos. También, vale la pena resaltar la dedicación con que los maestros de los niveles básico y medio asisten y participan en los cursos de STEM y en las conferencias y talleres generales que se organizan periódicamente.

¿Hacia dónde miro? En Colombia sí hay científicos; en Colombia sí se hace ciencia en medio de la incomprensión gubernamental y de los vergonzosos presupuestos y las dificultades burocráticas. Las universidades y los centros de investigación deben ser felicitados por los enormes esfuerzos que realizan para fortalecer la investigación interna, con recursos propios.

Creo que seguiré deleitándome con la riqueza y diversidad intelectual y personal de quienes me rodean como miembros de la Academia, pero sin olvidar la inmensa responsabilidad de trabajar sin descanso por lo que ahora se conoce como la apropiación social de la ciencia o apropiación social del conocimiento. Solo así, ojalá en un momento no muy lejano, también podré mirar a los medios de comunicación y a la sociedad en general con mirada agradecida por un cambio de mentalidad que ponga a la ciencia en el lugar que le corresponde y que normalmente ocupa en otros países.



Tertulia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en memoria de Lynn Margulis*

1. Introducción a la Tertulia

Por: Alberto Ospina-Taborda

Buenas tardes. Gracias a todos por su amable respuesta a la iniciativa de esta reunión para conversar sobre las inquietudes que nos despertó la lectura del artículo “**Más Margulis – Menos Darwin**”. Me alegra mucho la presencia virtual de tan distinguido grupo de colegas y amigos, en este sitio de la Academia Colombiana de Ciencias, tan grato a todos nosotros.

Daremos sólo una pequeña mirada a la inmensa obra científica de Lynn Margulis, una bióloga norteamericana que nos visitó en 1965, cuando apenas estábamos dando los pasos preliminares para la construcción institucional que más tarde, en el año 68, habría de dar comienzo al sistema de ciencia, tecnología e innovación en Colombia.

Por mi parte, me limitaré a una corta introducción sobre el motivo que me animó a proponer esta tertulia y el contexto para su desarrollo en la tarde de hoy. Esto, aún a riesgo de repetirles algunas ideas e historias ya expresadas en mis numerosos men-



* Bogotá, martes 07 de septiembre del 2021)

sajes informativos y de promoción que les he enviado. Dejaré la parte relacionada con la ciencia y los descubrimientos de la doctora Margulis, lo que más interesa a todos los aquí presentes, a cargo de otros participantes invitados, más calificados en esos campos.

Por la relación indirecta que tuvo la presencia en el país de esa importante científica con el proceso de la creación de Colciencias, me complace contarles brevemente algunos recuerdos de una bonita relación personal con Lynn Margulis, inspirada en el encuentro de su espíritu de servicio, su simpatía, su carisma y sus inquietudes científicas con el sueño-proyecto que entonces teníamos para el desarrollo de la ciencia en Colombia. Ella, en ese entonces, también soñaba con la teoría endosimbiótica que más tarde la hizo famosa; así como con otra teoría, la hipótesis de Gaia, con la cual se ubicó al lado del científico inglés, James Lovelock, con quien llegó a ser coinvestigadora y coautora.

Cuando ella visitó Colombia en 1965 la conocimos como Lynn Sagan, entonces esposa de Carl Sagan (1934 – 1996), el famoso astrofísico que cautivó al mundo con su serie de divulgación y cultura científica “Cosmos” de los años 60. Dadas las múltiples inquietudes intelectuales y científicas de Lynn, no me extrañaría que le hubiera “*dado una mano*” a quien entonces era su esposo en la componente biológica de estos temas. (Esta es una mera especulación mía).

En ese mismo tiempo nosotros dábamos los primeros pasos en la tarea de impulsar instituciones para el avance de la ciencia y la tecnología en el país. Tratábamos de introducir en nuestro sistema educativo la idea de que era necesario fortalecer y modernizar la educación en ciencias. Para ello estábamos en el proceso de crear un Instituto de Ciencias. Proponíamos la adopción de los nuevos enfoques para la enseñanza de ciencias que se venían desarrollando en Estados Unidos bajo el patrocinio de la *National Science Foundation* y la *Nacional Academy of Sciences*, las mismas dos entidades que más adelante nos apoyaron en la realización del Seminario de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo en Fusagasugá, precursor del nacimiento de Colciencias.

Habíamos comenzado con la traducción y adaptación de los textos de física del *Physical Science Study Committee -PSSC-* de MIT, y planeábamos seguir con la introducción de otros proyectos que más tarde dieron origen a los respectivos textos en matemática, en química y en biología. En esta última materia, el proyecto denominado *Biological Science Curriculum Study* que Lynn bien conocía porque una de sus sedes era la Universidad de Colorado,

en donde ella hizo su pregrado, el solo mencionárselo “era música para sus oídos” según me lo manifestó más tarde en su bien logrado español.

Para apoyar estos proyectos, habíamos gestionado la presencia de un contingente de Cuerpos de Paz con buen nivel académico en diversos campos de la ciencia, que vino al país en 1965. En este grupo vino Lynn, la bióloga que entonces conocimos como Lynn Sagan.

A fuerza de intercambiar ideas con ella sobre la enseñanza, la divulgación y desarrollo de las ciencias, nació una bonita amistad que aprecié y me honra. Poco después de su regreso a Estados Unidos, la visité en Boston, en donde tenía su residencia, aprovechando mis viajes en función de las gestiones que debía mantener ante el comité del PSSC de MIT.

En el último alcancé a darle la grata noticia de la fundación de Colciencias. Después ya no la vi más. Murió en el 2011. Quiero que estas líneas de recordación y esta tertulia sean en su honor y en sincero agradecimiento póstumo.

La lectura del artículo de la bióloga, Sabina Caula, escrito con su hermana Sandra, titulado “**Más Margulis, menos Darwin**” que trajo a nuestra atención el doctor Enrique Forero, Presidente de la Academia, y que ya todos conocemos, despertó en algunos de nosotros el interés por conocer algo más de la personalidad de esta ilustre científica, de sus teorías y de sus consecuencias en la interpretación que demos de los procesos evolutivos que ella tanto estudió.

Esta parte de la tertulia ya corresponde presentarla a otros que la han estudiado más a fondo y la conocen mejor.

2. Presentación del tema - Homenaje a Lynn Margulis

Por: Darío Valencia-Restrepo

Lynn Margulis es un ejemplo de la difícil lucha de la mujer por sus derechos, en especial en el campo científico. Sus dificultades se acrecentaron cuando sustentó una novedosa teoría científica. ¿Cómo aceptar que una mujer propusiera un hecho decisivo para la evolución? Recordemos las enormes dificultades que tuvo para publicar sus artículos fundamentales en los años sesenta, y luego para posteriormente publicar su libro al respecto.

La destacada investigadora señaló la importancia de la cooperación, en vez de la competencia, en el desarrollo de las primeras células complejas,

desarrollo que se debió a la simbiosis, o sea, la cooperación entre diversas células. Ella demostró que las células llamadas eucariotas, aquellas que tienen núcleo y de las que están hechos todos los organismos vivos, son el resultado o la amalgama de diferentes células bacterianas sin núcleo. Estas últimas son células sencillas que cooperan para beneficio mutuo. Decía la gran dama que todos somos comunidades de microbios y que cada planta y cada animal en la Tierra es hoy producto de la simbiosis.

Ese paso de células simples a más complejas fue un gran salto evolutivo, podría decirse que fue el comienzo en firme de la evolución. Algo imposible de ver para Charles Darwin, pues en su época se desconocían estos fenómenos del mundo de lo muy pequeño. Puede entonces afirmarse que en sus comienzos la evolución no fue el resultado de la selección natural y la supervivencia del más apto, tal como señala la teoría clásica de la evolución debida a Darwin y Wallace. Fue el resultado de la simbiosis, la cooperación.

En publicaciones tan importantes como el *New York Times* sobre la importante científica, se muestra en un artículo del pasado 18 de julio lo crucial que han sido la cooperación y la solidaridad, en vez de la competencia, en los tiempos de la actual pandemia.

Es bueno registrar, ya en la escala humana, que la cooperación también ha sido importante en el camino de la evolución, según lo ha señalado el destacado biólogo y entomólogo Edward O. Wilson, impulsor de la sociobiología. Según él, lo importante no es el gen egoísta que explica nuestro apego al parentesco, sino otro gen o conjunto de genes que exigen la pertenencia a un grupo, a una tribu. Y que entonces lo importante es la supervivencia del grupo, para lo cual es necesaria la cooperación, en especial el altruismo, o sea, el sacrificio por los demás, en beneficio del grupo.

Ese altruismo indicaría que genéticamente estamos inclinados a un principio moral, pero también aparecería el rechazo y la agresividad hacia otros grupos distintos, lo cual exigiría la aceptación de comunidades con valores eventualmente diferentes, o sea, el reconocimiento de la necesidad del pluralismo. Entrarían pues en conflicto dos valores: la lealtad al grupo y el pluralismo.

Los conflictos de valores preocuparon mucho al distinguido filósofo e historiador Isaiah Berlin, pues decía que no es posible que todos aceptemos una escala común de valores. Los colombianos estamos viviendo intensamente ese conflicto de valores al ver enfrentadas la justicia y la paz.

3. Más Margulis, menos Darwin (Documento de apoyo para motivar la Tertulia)

El artículo titulado “Más Margulis, menos Darwin”, aparecido originalmente en el New York Times, interesante por la significación de las teorías expuestas, y la aplicación que podrían tener en nuestras relaciones como humanos. La teoría evolutiva de Margulis está inspirada en la cooperación y ayuda mutua para crecer y perdurar, más que en la competencia (que se salve el más apto).

Se trata de un tema de mucho interés y la más grande importancia en la historia de la evolución humana y la vida de una mujer científica. Si se profundiza un poco más en la obra de Margulis, se verá que se trataba de relievar como ejemplo la formación de la mujer científica, su obra y su lucha por demostrar y hacer prevalecer sus teorías.

ACCEFYN (Sept. 03, 2021)

Por: Sabina y Sandra Caula

¿Los descubrimientos científicos determinan nuestras visiones del mundo o pasa lo contrario?

Esa parece haber sido la principal eventualidad con la que chocó la bióloga estadounidense Lynn Margulis. En los años cincuenta, Margulis, tras releer una serie de trabajos sobre el mundo microbiano desestimados o ridiculizados años atrás, encontró las bases para su teoría sobre el origen de las células complejas. Pero esa teoría —y aquellos trabajos— contradecían el muy difundido paradigma evolutivo de la “sobrevivencia del más apto”, basado en *El origen de las especies*, de Charles Darwin, como mecanismo de la evolución.

Margulis tuvo dificultades entonces para difundir sus ideas: tras numerosos intentos, en 1967, logró finalmente que el *Journal of Theoretical Biology* aceptara su artículo “On the Origin of Mitosing Cells” (“Sobre el origen de las células mitóticas”). Y su libro, *Origin of Eukaryotic Cells (Origen de las células eucariotas)*, no se publicó hasta 1970. Lo que demostraban sus trabajos suponía un cambio de visión sobre la evolución de los seres vivos. No es solo el más fuerte o el más apto quien logra sobrevivir, también es fundamental que los organismos puedan cooperar para que la evolución suceda. Para el neodarwinismo de la época —y el *statu quo* económico que de alguna manera éste encauzó— aquello sonaba a herejía.

La teoría evolucionista de Charles Darwin surgió en la Inglaterra del siglo XIX, en plena Revolución industrial y la consolidación del modelo capitalista, en los cuales encajó perfectamente la idea de que la evolución es producto de una selección natural a través de la competencia feroz entre individuos. Y el liberalismo contemporáneo también abreva de ahí. De muchas maneras hemos aprendido en Occidente que la autonomía personal es una conquista irrenunciable de las democracias modernas. Pero el auge contemporáneo de populismos y autoritarismos, y la destrucción medioambiental del planeta, nos lleva a preguntarnos si no entendimos a medias la evolución: más que la competencia, sobrevivimos por la cooperación.

Todo indica que hay que cambiar esta noción —el único mecanismo evolutivo es la competencia— y desterrar uno de los paradigmas más difundidos por el pensamiento moderno: quizás ahí está la última posibilidad del futuro del planeta y de la especie humana y de miles de otras especies que están en riesgo de extinción por la actividad del ser humano. Difundir más la tesis de Margulis, una bióloga que incluso hoy es relativamente poco conocida, y seguro que nunca tan famosa como Darwin, ni como su primer marido, el cosmólogo y autor de *bestsellers* Carl Sagan, puede ser una buena respuesta.

El rechazo a las teorías de Margulis cambió parcialmente cuando los adelantos en biología molecular y la secuenciación del ADN probaron sus hipótesis. La bióloga, quien murió en 2011, fue tardíamente reconocida con varios premios y su trabajo es hoy una referencia central de las críticas al darwinismo.

¿Cuál fue su descubrimiento disruptivo? Que las células complejas (eucariotas) se originaron de células sencillas (procariotas) que se integraron en una relación de beneficio mutuo (simbiosis). Si una célula integrada tenía habilidades diferenciadas —por ejemplo, capacidad para respirar oxígeno o procesar energía solar—, compartía esas ventajas con la hospedante y ésta, a su vez, le ofrecía un medio estable y rico en nutrientes a la primera. Ese es el origen de los órganos internos celulares (los organelos), como las mitocondrias (pulmones celulares) y los cloroplastos (los fotosintetizadores).

Margulis demostró así que la *cooperación* es el origen de uno de los más importantes saltos evolutivos: el de las células simples a las complejas, sin el cual no habría organismos pluricelulares y la vida se reduciría a un conglomerado de bacterias. La simbiogénesis —esto es, la asociación, integración y

cooperación entre diferentes especies para originar nuevas formas de vida— tuvo que aceptarse entonces como una fuerza evolutiva esencial.

Pero el mecanismo evolutivo que Margulis descubrió no es ni de lejos tan conocido ni popular como el más difundido del darwinismo, cuya adaptación en campos como la economía y las ciencias sociales es clave para comprender el devenir del mundo contemporáneo. La adaptación del darwinismo a la economía y las ciencias sociales, en su versión más reductiva, asume que es más natural la competencia que la cooperación y el egoísmo que el altruismo. Y puede que aún no se haya estimado la conmoción que Margulis supone para el antropocentrismo occidental, que amenaza al planeta, ni para el individualismo moderno, que es central en el liberalismo político contemporáneo.

Desde ciertas interpretaciones del darwinismo, la vida y las relaciones sociales se asumieron como una natural competencia —con nuestros congéneres y con otras especies—, en un mundo caracterizado por la escasez de recursos, donde solo logran sobrevivir los más fuertes y mejor equipados. Los humanos, desde luego, están en la cima.

Pero si la simbiogénesis, que reivindicó Margulis, es un movimiento evolutivo esencial, obviamente no somos los vencedores de la cadena evolutiva, sino una parte ínfima en una extraordinaria red de cooperaciones entre seres vivos que ha permitido la continuidad de la vida.

En un artículo sobre la crisis del liberalismo contemporáneo, Timothy Garton Ash se pregunta cómo se podía evitar que el calentamiento global se elevara sin imponer “fuertes restricciones a la libertad individual”. Garton Ash pide a los liberales aprender de sus errores para responder a los “abrumadores retos de nuestra época”, como son el cambio climático, las crisis de salud y la amenaza del autoritarismo.

¿Cuáles son esos errores? Haber olvidado la importancia de la solidaridad y del sentimiento de pertenencia a la comunidad, imposibles sin la cooperación. Haber olvidado esos viejos valores contemplados por muchos liberales clásicos, para abrazar “un liberalismo económico unidimensional”, dice Garton Ash. Integrar las ideas de Margulis podría ayudarnos en ese sentido.

El año pasado ha significado un hito indiscutible en esa crisis. La voracidad de la economía ha llevado a destruir cada vez más los hábitats donde viven animales que hospedan virus que resultan letales para los humanos (el origen de algunas epidemias y probablemente la de la COVID-19). También la

pandemia reveló la falta de presupuestos para la salud pública. La posibilidad de levantar las patentes para las vacunas para beneficiar a la población global ha sido, hasta ahora, imposible. Y los países más ricos acapararon la mayor cantidad de dosis, dejando a los más pobres y vulnerables sin posibilidades sencillas o baratas de inmunizar a su población. Aunque ha habido algunos esfuerzos de cooperación internacional (especialmente con el mecanismo Covax para distribuir vacunas a los países con menos recursos), esta crisis global de salud reveló que necesitamos cooperar más.

Las disciplinas humanísticas y sociales podrían contrarrestar las populares creencias de que el egoísmo y la explotación, la autoimportancia y la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, son determinaciones naturales del género humano y no aprendizajes que se pueden revertir o transformar.

El mecanismo evolutivo que descubrió Margulis revela que cooperar es una capacidad biológica y es una ventaja competitiva crucial. Y quizás sea nuestra esperanza más tangible de salvarnos a nosotros mismos y al planeta.

Sabina Caula (@sabinacaula) es bióloga, magíster en Ecología y doctora en Biología de la Evolución y Ecología. Sandra Caula (@scaula) es magíster en filosofía, editora y traductora.



EL LOTO Y EL CAFÉ

En la misma ciudad, cuando la noche a rasos
aparecen los rostros muy vivos, apretados
en la redonda de un ojo, en los del otro
y la de la boca. Los dos rostros están
en el silencio que también vive en el
momento el otro día, es a distancia de la vida
por que quien vive a la distancia
El silencio, según cuando la vida y el silencio se
viven

de Sandra Caula
aportando para la
Revista Aleph

1º de abril 2006



Resistir, un mensaje de humanología*

-Acercamiento desde la complejidad a una mega crisis-

Nelson Vallejo-Gómez

“Durante mi juventud, en la primera mitad del siglo XX, nos levantamos y resistimos contra el fascismo, el nazismo y el totalitarismo. Me preguntan contra qué deberían resistir los jóvenes del siglo XXI. Deben resistir contra la destrucción de la libertad individual, de la democracia socio-liberal y del ecosistema ambiental. Deben luchar por la metamorfosis del hombre y la emergencia de la humanidad como condición fundamental de la Tierra-Patria. Tal es el mensaje de humanología que reside en el paradigma de complejidad”.

Edgar MORIN¹

“La crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer”

Bertolt BRECHT



* Este trabajo es la trama desarrollada por escrito de la conferencia inaugural presentada en el Instituto peruano del Pensamiento complejo “Edgar Morin” (IPCCEM), Universidad Ricardo Palma, el 28 de octubre de 2021, con motivo del II Congreso internacional del Pensamiento complejo y Ciencias de la Complejidad: Megacrisis en un mundo en metamorfosis ¡Cambiamos de Vía! Homenaje al centenario de vida del amauta Edgar Morin.

1. De una Conversación en París con Edgar Morin, con motivo de la preparación del homenaje por su centenario de vida, que ofreció el Ministro de Educación Nacional de Francia, Jean-Michel Blanquer, el 9 de julio de 2021.

“Si estás vivo, hay todas las posibilidades del mundo;
siempre, todas las posibilidades de la vida”

Facundo CABRAL

La pandemia planetaria provocada por la COVID19 en el año de gracia 2020, *annus horribilis*, ha mostrado que el siglo XXI es viral o no es, tanto en lo biológico como lo informático y hasta lo cognitivo. Buscaremos mostrar que la hipótesis de virología compleja: *lo viral como motor de la historia bio-antropo-lógica de la humanidad* comporta un dato interesante para tomar consciencia de que hay, en toda crisis, *complexus* en emergencia, de que somos *seres de religación*, seres de *tríada*² religada, de *BioTerríCultura*, como lo propone Edgar Morin: *Individuo↔Sociedad↔Especie*.

La COVID19 ha puesto de manifiesto que lo viral requiere conjugar, inmediatamente y en contexto, lo urgente y lo esencial, lo multidimensional; sabiendo identificar la complejidad en situación. Se requiere entonces: movilización individual y colectiva, estrategias defensivas y reforzadoras, preventivas y prospectivas, a nivel de la identificación molecular del virus y la concepción de vacunas, al mismo tiempo y sin tregua. Está también en juego la capacidad institucional de un país a conjugar, con pertinencia, la tríada *ciencia-tecnología-economía*, para identificar y combatir lo viral, elaborar y producir vacunas eficaces, así como para proceder a su implementación sanitaria, ética y pedagógicamente, para conjugar la tríada *Salud/Seguridad/Libertad*, individual y colectivamente, propia del equilibrio de poderes institucionales en una democracia representativa. Esto implica, evidentemente: evaluación estadística, probatoria y responsable del riesgo/beneficio sanitario en el individuo, la sociedad, la especie. Está en juego, por eso mismo, para poder combatir la infección de un virus que se transforma en pandemia: la relación interconectada de lo sanitario, lo científico, lo económico, lo tecnológico e industrial, lo socio-cultural, educativo, jurídico y ético-político.

Así pues, esos requerimientos implican que los responsables científicos, políticos y administrativos de políticas públicas sanitarias y educativas, en

2. En la obra magna de Edgar MORIN, *La Méthode* (6 tomos), la noción de ‘tríada’ es clave. Cf. MORIN, Edgar. *La Méthode 5. L’Humanité de l’humanité*. Seuil, Paris, 2001. Trad. Ana Sánchez, Ed. Cátedra, Madrid, 2003, Capítulo 3. La trinidad humana, p. 57 ssq.

cualquier país, posean, en caso de *mega-crisis* y, para ejemplo de toda la ciudadanía, una formación en *principios de conocimiento pertinente*³: espíritu interdisciplinario, capacidad de organización inter-estructural y política ético-pedagógica de confianza en los datos científicos probados, en las decisiones colegiales inter-corporales e inter-institucionales, en la responsabilidad individual y en la solidaridad colectiva; en suma, urge volver al precepto sempiterno: *uno para todos y todos para uno*, que hizo, que de un puñado de humanoides la gesta del colectivo *homo sapiens-demens* poblara tan exitosamente el planeta tierra, que su marca carbono pone ahora en peligro de muerte los ecosistemas de la *Tierra-Patria*⁴.

Un virus, desconocido hasta entonces, desató tempestades virales de muerte en el organismo de cualesquier humano, en cualquier lugar del planeta, así como puso de manifiesto la frágil organización socioeconómica y política de las sociedades contemporáneas, la concepción idealista o pragmática que tienen de los derechos fundamentales de la persona, lo que tienen por urgente o esencial; por cierto, aquellas sociedades, con mayor índice de inequidad y baja capacidad de servicios públicos, son las que más han sufrido los desastres individuales, familiares y sociales de la pandemia.

Científicos y políticos, ciudadanos todos, se encontraron sumergidos en un mar de incertidumbre, enfrentando en las redes sociales olas virales de falsas verdades. Estas hacían creer, por lo demás, que se trataba de un ataque bioterrorista chino cuya finalidad consistía en provocar el pánico en las sociedades occidentales y obligarlas a parar su economía, para imponer enseguida la producción industrial china. Pánico viral y redes sociales como otra manera de hacer la guerra y generar nueva y vieja oposición entre la civilización occidental y la china.

Mediante un protocolo bio-político y diplomático, digno de la época de la “guerra fría”, las autoridades chinas aceptaron, a inicios del 2021, que un equipo de investigadores de la Organización Mundial de la Salud visitara la ciudad de Wuhan, donde se cree que estuvo el comienzo del virus SARS-CoV-2. Sin embargo, sigue siendo un enigma saber por qué ese coronavirus

3. Cf. MORIN, Edgar. *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*, UNESCO, Paris, 1999. Trad. Mercedes Vallejo, en colaboración con Nelson Vallejo-Gómez.

4. *Tierra-Patria* es un *megaconcepto* clave en la obra moriniana, o si se quiere, un filosofema paradigmático elaborado desde 1993 en su libro homónimo, para entender la relación en ciclo vicioso o virtuoso que los humanos podemos tener con la tierra, la vida y la sociedad.

saltó a la célula humana y generó la pandemia planetaria, con la enfermedad que los virólogos denominaron: COVID19.

Se han establecido diversas hipótesis sobre la fuente primera de dicha pandemia. En los mercados callejeros de alimentación, la población china tradicional gusta comer animales salvajes y raros, que han sido sacados de su hábitat natural, a veces de manera ilegal, con el riesgo de que ocurra lo que en virología se denomina “desbordamiento”, es decir, un salto viral cualitativo de una especie a otra. Igual probabilidad podría suceder con la alimentación en las poblaciones autóctonas americanas, asiáticas o africanas, que subsisten, encerradas en territorios considerados jurídicamente como “reservas”. Pero no se ha detectado coronavirus de tipo SARS-CoV-2 en esas poblaciones. Se sospecha que alguno de los animales en el mercado chino pudo ser infectado por el mordisco de un murciélago, pues este quiróptero es conocido por albergar virus mortales para el humano. La mutación de mamífero a mamífero pudo facilitar el acoplamiento seguido con la célula humana. Como en el caso de la peste, las ratas y su ecosistema están en la mira. Con todo, la comisión de la OMS no encontró en los mamíferos placentarios, llamados en China pangolinos, huellas de SARS-CoV-2.

Hay otra hipótesis de carácter, ya no natural sino cultural o tecnológico, que apunta a la responsabilidad humana. Se sospecha que en un laboratorio de Wuhan manipulaban experiencias virales con coronavirus, y que ocurrió un escape accidental o voluntario. Esto es casi imposible de probar. Además, dicho virus requiere escapamiento, desbordamiento o transferencia de huésped animal a huésped animal, para reproducirse, y para albergarse en el *homo sapiens* necesita precedentemente variante mutante. Por esta razón, la hipótesis de simple manipulación tecnológica parece improbable. Con todo, el origen de los virus, su funcionamiento y su posible desaparición, sigue y seguirá siendo un enigma para la ciencia contemporánea. Además, a los virus se les considera agentes fundamentales para la mutación experimental de una célula, sobre todo para reforzamiento de la identidad ADN y su sistema inmunitario.

Hay, en un puñado de agua de mar, miles de virus. Los biólogos y los poetas saben que *in principium, en principio era el mar*, laboratorio de vida. Por consiguiente, una de las principales lecciones que podemos sacar de la puesta en escena pública mundial de la condición viral en los humanos, con sus fuerzas y sus fragilidades, es que lo viral es clave para la mutación, sin la cual no habría evolución biológica ni bioantropológica, amén de atestiguar,

si fuese necesario, que la relación que los humanos tienen con los virus es, asimismo, biocultural.

Por eso, repitamos, urge entender que: ¡El Siglo XXI será viral o no será! Y que, por consiguiente, también será el siglo del descubrimiento constante de vacunas, en todos los niveles de los complejos del sistema de base, de la complejidad de las organizaciones; siglo de nuevos conceptos jurídicos y éticos en cuanto a la responsabilidad de lo viral, para poder tener sistemas inmunitarios sólidos, para poder, como acota Morin, *resistir contra la destrucción de la libertad individual, de la democracia socio-liberal y del ecosistema ambiental*.

Trátase de “virus biológicos” más o menos mutantes, más o menos mortales. La consciencia de la existencia de tales entes nos recuerda que todo ser vivo, el humanoide ante todo, está constituido de sistemas celulares bioquímicos y moleculares (proteínicos), que se organizan y se desorganizan, se componen y se descomponen para nacer, alimentarse, reproducirse y morir. Eso depende y no depende del ser humano. Hay *azar y necesidad*⁵, en juego. La vida es también, en el universo, como un arrojado de suerte. Heráclito y Mallarmé nos lo recuerdan: somos jugadores de azar, que una tirada de dados no suprime.

Trátase de “virus digitales”, informáticos, que infectan la ciberesfera planetaria, y alimentan el ciberterrorismo, la cibercriminalidad. La consciencia de su existencia nos recuerda que somos seres bioculturales, hechos de sistemas de información para poder comunicar, intercambiar, protegernos, enriquecernos o empobrecernos, material y espiritualmente. Eso depende enteramente de NosOtros, pues hay organización y sistema complejo de base para diferenciar lo *sistémico* de lo *sistemático*, lo *complejo entrelazado* y lo *simplificado separado*, la minería de datos y la inteligencia artificial en lógica de malignidad. Dicha lógica comporta algoritmos elaborados que generan a contra pelo *ecología de la acción*⁶ en clave de inconsciencia, de adicción y

5. “Todo lo que existe en el universo es el fruto del azar y de la necesidad” es una sentencia que el biólogo francés, Jacques Monod, presta al filósofo de la antigüedad griega, Demócrito. Luego, retoma las palabras “Azar y Necesidad” como subtítulo de su famoso ensayo, *Filosofía natural de la biología moderna*, publicado en 1970, donde Monod propone una reflexión epistemológica e interdisciplinaria (genética, biología molecular y filosofía), para repensar el concepto clásico de teleología en la vida.

6. Desde el Pensamiento complejo moriniano, entiéndase por ‘Ecología de la acción’ la toma de consciencia de que en toda acción humana voluntaria, hay una dimensión de reacción o “bumerang” posible, puesto que hay pensamiento, sensación y sentimiento, intuición y concepto, palabra, símbolo, pensamiento, obra y o-misión, es decir, están en relación compleja datos del entorno ambiental, psicológico y social, que ponen de manifiesto

de irresponsabilidad, provocando así “viralidad digital”, es decir, modos de retransmisión indirecta de información por las redes sociales, para beneficio publicitario mercantil.

También hay lo peor de los virus, los “cognitivos”, angélicos y demoníacos. Son sesgos psicológicos e ideológicos, producidos por nuestro propio sistema noológico. Se trata de un sistema de base complejo con organización interna invisible de ideas a partir de sensaciones, impresiones, sentimientos, ilusiones, espejismos, obsesiones, imaginaciones, sueños y pesadillas. Lo podemos ver pulular, mediante algoritmos que generan “viralidad digital”. Los artistas dan testimonio en sus obras. “El sueño de la razón que produce monstruos”, dice Goya, en sus *Caprichos* de 1799, criticando en filigrana la “Religión de la Razón” del Régimen del Terror, durante la Revolución francesa. Podríamos también leer el ensayo de Morin *Autocrítica* (1959) como el testimonio de la experiencia antropológica de toda una generación “alienada” por ideas, mitos y leyendas, por la ideología del comunismo y del capitalismo, del existencialismo, del estructuralismo y del psicoanálisis, por el “cretinismo cultural” y, en filigrana, por todo “ismo” que hace de la producción racional, porque dizque lógica, un instrumento de servidumbre auto justificable, una *racionalidad instrumental con semblante de guerra y de muerte*.

Urge, por consiguiente, meta cognición, pensamiento crítico y complejo para cerciorarse de que los “virus noológicos” son, en suma, frutos de la ignorancia, la corrupción, la concupiscencia, la crueldad, la indiferencia; socaban la organización del sistema, ahí donde pululan y se desarrollan las cegueras del conocimiento (el error y la ilusión), de la ciencia sin consciencia (orgullo, arrogancia, codicia), de la epistemología (ideologías). Los “virus noológicos” pululan en las redes sociales y producen “falsas verdades”, amén de otros delirios y “caprichos”, que valga acotar, son por desgracia tan necesarios a la tensión de la vida del espíritu como los virus marinos lo han sido a la evolución de la vida, como la sombra traza la oculta presencia de luz; necesarios,

incertidumbre, posibilidad de error e ilusión en cada acción. Si nuestra acción voluntaria o involuntaria es el resultado de algoritmos cognitivos complejos, que determinan la acción y ponen de manifiesto la ‘ecología de la acción’, urge tener consciencia de ello y restablecer niveles de moralidad y de responsabilidad. *Mutatis mutandis*, los Parlamentos y los Gobiernos deberían tener consciencia de que la producción algorítmica en la inteligencia artificial de la economía digital requiere *responsabilidad algorítmica*. Sobre la responsabilidad algorítmica en el “mercado de la atención”, cf. PATINO, Bruno. *La civilisation du poisson rouge*. Ed. Grasset, Paris, 2019

pues, los virus, al desarrollo o a la destrucción cognitiva y sociocultural del *homo sapiens-demens*. Por eso, decía Georges Bernanos, consciente de que el “origen” como el “fin” de la guerra está en la mentalidad que desarrollen los humanos: “Las civilizaciones son mortales. Las civilizaciones mueren como mueren los hombres, pero no de igual manera. La descomposición precede en ellas a la muerte, mientras que en nosotros la descomposición viene después de la muerte”⁷. El fin de un conflicto interno familiar, interno armado en una sociedad o entre naciones, depende, hoy como ayer, de cada persona en su fuero interior, de su capacidad de poética, de civilidad; ahí donde se halla lo “viral cognitivo”, hay también *Conocimiento del conocimiento*⁸, la tríada de los tres reyes magos: poesía, amor y sabiduría; solidaridad, fraternidad y dignidad; alma, corazón y espíritu⁹.

Otras falsas verdades en las redes sociales conspiran sobre la ficción de que la COVID19 es una patraña del capitalismo moribundo, para retomar control e influencia sobre los individuos, o para enriquecer las multinacionales farmacéuticas. Falsas verdades similares circulan todavía hoy, veinte años después, sobre el atentado terrorista global del 11 de septiembre 2001, suponiendo que fue un acto conspirado por grupos que buscaban provocar la producción armamentista de los Estados-Unidos y la redistribución de los centros del poder en Oriente Medio, en favor de Israel. Basta acotar que dichas redes sociales comportan una dosis endógena de racismo y antisemitismo.

Recordemos que el siglo XXI se abrió con una especie de “virus de terror”, generando un pánico mundial o “pandemia” de ideología del miedo, que llevó a inicios del siglo a facilitar la elección de candidatos que optaban, en ciertos países, por la “seguridad democrática” a toda costa. Esa “ideología del terror”¹⁰ arrasó con los derechos humanos, provocó la estigmatización de

7. *Essais et écrits de combat, tome II*. Edition publiée sous la direction de Michel Estève avec la collaboration d'Yves Bridel, Jacques Chanot, François Frison, Pierre Gille, Joseph Jurt, Huber Sarrazin. La Pléiade, Gallimard, Paris, 1995.

8. Título del tomo 3 de El Método moriniano.

9. Unos versos prosaicos de Arthur Rimbaud me asaltan al instante, en “Mañana”, *Estadía en el infierno* (1873): “Desde el mismo desierto, en la misma noche, siempre se despiertan mis ojos cansados bajo la estrella de plata, siempre, sin que se conmuevan los reyes de la vida, los tres magos, el corazón, el alma, el espíritu. ¿Cuándo iremos, más allá de las riberas y de los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, la sabiduría nueva, la huida de los tiranos y de los demonios, el fin de la superstición, a adorar – antes que nadie! La Natividad en la Tierra?”

10. Cf. nuestro ensayo sobre la “Ideología del Terror”, publicado por la Academia de la Latinidad, Rio de Janeiro, 2002.

protestas sociales como si fueran acciones terroristas y militarizó a la policía, haciendo del poder de la fuerza pública una estructura fascista que generaba miedo y desconfianza como base de gobierno. La lógica amigo-enemigo envenenó entonces la contienda política y las relaciones familiares.

El desarrollo exponencial de las tecnologías de información y de comunicación, en particular la inteligencia artificial, ha provocado una especie de “ecología de la acción” que hace emerger ciberpiratas, agentes anónimos del ciberterrorismo¹¹. Los llamados “hacker” buscan desarrollar algoritmos virales, para introducirse en el sistema de gestión de datos de grandes empresas privadas o públicas, bloqueando el sistema informático, secuestrando datos esenciales y pidiendo sumas multimillonarias para desbloquear el sistema y recuperar sus datos. El conocimiento pertinente de los virus informáticos y la lucha sin cuartel contra los ciberpiratas son uno de los desafíos globales mayores de la sociedad industrial del conocimiento, pero no son todavía un tema que incumba al comportamiento pasional de la sociedad. Mientras que los virus que atacan el sistema vital de las personas provocan inmediatamente reacciones de pánico y de irracionalidad. El ruido, el caos, la incertidumbre son mucho más complejos en sistemas orgánicos abiertos, y por ende más difíciles de manejar para científicos y políticos. Aunque se entienda que un ataque viral informático puede destruir toda una empresa, poner inclusive en jaque el sistema de defensa militar de un país, un virus de carácter biológico genera pánico generalizado, pues puede acabar con el organismo de individuos y, en el caso de una epidemia, convertida en pandemia, poner en grave peligro las interrelaciones personales y el equilibrio socioeconómico de toda una sociedad. Además, toda infección incurable despierta en los humanos un pánico endógeno, un recuerdo primitivo de fragilidad natural y condición de mortal¹².

11. El “ciberterrorismo” es el ataque premeditado y motivado contra sistemas computacionales de información o comunicación, sea por uno o varios “hacker”, piratas de datos, que funcionan de manera clandestina, a manera de crimen organizado, o por piratas a sueldo, contratados por servicios secretos de países enemigos de otros.

12. En el Capítulo 1 de la 2da Sección, parágrafo 46 al 53, de su obra magna *El Ser y el Tiempo*, Heidegger procede a un estudio ontológico y fenomenológico de la condición mortal del humano, recordándonos que la Modernidad, ufana en la Ciencia y el Progreso, olvidó que somos *un ser tanto para la vida como un ser para la muerte* y, que “salir del mundo” en el morir comporta varias dimensiones o puertas de salida, *variantes del salir del mundo, del fin, de la totalidad*. Se muere de muchas maneras, la viviente, es sólo una de ellas: en tanto organización compleja dislocada del equilibrio energético corporal, pues el cadáver “sigue viviendo” mediante metamorfosis eco bilógica. El poeta del Siglo de Oro español, Quevedo, lo decía ya de sutil manera: *Alma, Venas, Médulas* “Su cuerpo dejarán, no su cuidado; / serán ceniza, mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado”.

Traigamos a colación el caso de la peste o “muerte negra” en la Europa del Alto Medioevo; debido a un virus desconocido, proveniente de Asia, pueblos, ciudades y hasta regiones enteras fueron abandonados por los pocos sobrevivientes. En Florencia, que era una Ciudad-Estado de los reinos de Italia, entre las más florecientes en el siglo XIV, solamente un quinto de su población sobrevivió. Es difícil conocer el número de fallecidos, pero modelos contemporáneos los calculan entre 80 a 200 millones en Eurasia y África del Norte. La peste habría provocado la muerte de entre el 30 % y el 60 % de la población de Europa, siendo un tercio una estimación muy optimista. Recuérdese también que una de las hipótesis de la supuesta facilidad con la que un puñado de conquistadores españoles lograron desorganizar, destruir y avasallar a los sofisticados Imperios Inca y Azteca, compuestos por millones de individuos, fue que en las células de los mamíferos que llegaron al “nuevo mundo”, en los humanos, ratas, piojos o caballos, venían también los virus acallados, que habían azotado por miles de años las poblaciones euroasiáticas, y que no se conocían en Mesoamérica ni en América Andina: gripe, viruela, sarampión, tifus, entre otras enfermedades fueron el “arma biológica” con que los conquistadores españoles arrasaron con millones y millones de indígenas americanos. Tampoco está de más anotar que la fragilidad de los indígenas americanos frente a virus desconocidos –que provocan sus muertes- y la carencia de mano de obra condicionaron la “importación de mano de obra” y la implementación, a finales del siglo XVI, de la trata humana; horror reconocido hoy en día por la comunidad internacional, como crimen contra la humanidad.

Si bien la ciencia de la virología contemporánea data sólo del siglo XIX y empezó interesándose en el virus de carácter vegetal, que destruía las hojas del Tabaco, la combinación de biología molecular, informática y física cuántica alcanza hoy una sofisticación tecnológica cuasi poética (poiésica) cuando se habla, por ejemplo, de la vacuna en clave “ARN mensajero”, para combatir al coronavirus de la COVID-19, es decir, de una molécula-vacuna de ácido ribonucleico que entra al tejido celular y le transmite un dato relativo a la composición del virus que potencialmente lo ataca, con el fin de que el sistema inmunológico de la célula, que se encuentra sellado dentro de su código ADN, lance una producción de proteínas de auto-eco-protección contra dicho virus. Los adeptos de la corriente anarquista anti-vacunas que, sea dicho de paso, han existido desde que los remedios basados en ciencia experimental probada existen, temen que el mensaje de la “ARN mensajero” provoque una alteración substancial del código ADN de la célula, es decir, que “el remedio

sea peor que la enfermedad”, y que la ficción humana transforme la naturaleza en monstruos. Sin embargo, urge precisar que el dato de la vacuna pasa por medio de una “proteína mensajera”¹³, que circula esporádicamente alrededor del ADN, por fuera de éste, y que contiene la clave del sistema inmunológico celular. Es decir, el dato de la vacuna no entra directamente en el sistema ADN. Esta información es un dato científico probado. Debería tranquilizar a quienes, arguyendo del funcionamiento de la vacuna “ARN mensajero”, se oponen a su implementación. Las políticas públicas sanitarias deben tener en cuenta el miedo racional e irracional que las gentes del común le tienen a cualquier vacuna que pueda modificar el comportamiento del sistema inmunario. Lo cual requiere un trabajo pedagógico a partir de los articuladores o principios del conocimiento pertinente. Lo veremos más adelante.

De lo viral a la complejidad de base, la sistemicidad

Lo viral ha puesto también de manifiesto que hay por doquier *complejidad*. Este siglo será entonces *complexus* o no será, es decir, somos, en tanto somos lo que somos, expresiones sistémicas organizadas para procesar energía de subsistencia en equilibrio térmico y organizacional, tanto a nivel íntimo y privado, como público, pues somos *homos sapiens-demens*, animales racionales, decía Aristóteles, racionales y locos, apunta Morin, es decir, entes bioculturales.

La preservación de la unidad orgánica o *complejidad de base* -la *sistemicidad*- del individuo, de la sociedad y de la especie estará enfrentada siempre a virus vagabundos, efímeros y manipulables, cada vez con mayor capacidad de mutación, para alojarse en los sistemas vitales, socio-institucionales e informáticos, desorganizándolos y hasta destruyéndolos. El combate consistirá entonces en mejor comprensión de la *complejidad de base* en la organización del sistema biológico, social y algorítmico, pero también en la pedagogía política o política de civilización con que se combatan las fuerzas virales que buscan destruirnos.

La pandemia provocada por la COVID19 recordó a los científicos y a los políticos, a todos los individuos que han tomado conciencia de la *mega-crisis*,

13. GROS François, *L'Histoire du Messenger. In Hommage à Jacques Monod. Les origines de la biologie moléculaire*. Présenté par André Lwoff et Agnès Ullmann. Éditions Études vivantes, Academic press, 1980. pp 121-128. Des versions en anglais de cet ouvrage ont été publiées en 1979 par Academic press et en 2004 par l'American Society of Microbiology.

que la tríada *individuo↔sociedad↔especie* es complejidad pura. Dicho a la manera de Edgar Morin: “contrariamente a la idea demasiado simple que hacía del humano el único ser complejo (y esta idea era tan simplona que hacía que no se pudiera concebir la complejidad humana), contrariamente a la idea más liberal que acordaba la complejidad a lo vivo frente a la simplicidad de la naturaleza física, la complejidad está en todas partes”¹⁴. Parafraseando el famoso incipit de la Génesis en la Torah o Antiguo Testamento, Morin anota a manera de conclusión lapidaria: “En el comienzo era la complejidad: la génesis es la otra cara de una desintegración”¹⁵. Podríamos decir entonces, hablando del universo, del cielo y de la tierra, de lo mineral, vegetal, animal y humanoide: *in principum erat Complexus*.

¿Cómo entender entonces este concepto, *complejo de base* si, nos alerta Morin, todos nuestros conceptos *se tuercen y se quiebran* cuando los llevamos al horizonte de la complejidad, *se quiebran en cuanto son llevados más allá de la velocidad de la luz?* Surge otra vez la paradoja socrática del origen del conocimiento, el *sólo sé que nada sé*, entiéndase como consciencia del límite del conocimiento. Sin embargo, es justamente la existencia asombrosa de la consciencia del límite que condiciona la emergencia, a manera de punto de fuga o presencia abismal, del *Complexus* como conjunto infinito.

El cortejo nefasto de lo crítico está hecho de desorden, caos, ruido, miedo, incertidumbre, errores, ilusiones. Esa cara negativa de lo que nos ilustra, también nos engeuece; muestra que lo que parece, no siempre es. Una de las principales lecciones que podríamos sacar de la *mega-crisis* provocada por la pandemia de la COVID19 es, según Edgar Morin, que “todo lo que parecía separado es inseparable”¹⁶.

La consciencia de la inseparabilidad es la manifestación de la complejidad de base, lo sistémico en clave *Complexus*, para lo cual se requiere saber que la tríada fundamental de la existencia humana, *individuo↔sociedad↔especie*, está en relación de encadenamiento, interconexión, en bucles retroactivos y ecosistemas de auto-eco-organización constante. Pero no nos percatamos de esa tríada de pluralidad en lo uno, su *unitas multiplex*; tampoco estamos

14. MORIN Edgar. *La Méthode I. La nature de la Nature*. Ed. Seuil, Paris, 1977. En trad. Ana Sánchez, Ed. Cátedra, p.p. 176-177

15. Ídem, p. 177

16. MORIN, Edgar con la colaboración de ABOUESSALAM, Sabah. *Cambiamos de vía / Lecciones de la pandemia*. Ed. Paidós, Barcelona, 2020, p. 19.

atentos a su organización sistémica y dinámica, sino cuando el organismo del *individuo*, la sociedad o la *especie* entra en crisis, es decir, se desorganiza, dispersa, separa o muere.

¿Qué es mega-crisis?

La noción de *mega-crisis* en clave de complejidad moriniana es un dato conceptual para entender la desorganización o masa crítica de un sistema; entiéndase como la noción de *macro-concepto* “alrededor del cual se dispone toda una constelación satélite”¹⁷. En efecto, así como electrones y protones se oponen y complementan para constituir átomos, moléculas, redes cristalinas, diversos conceptos se reúnen en el *macro-concepto* y diferentes crisis en una *mega-crisis*. Existen teoremas y ecuaciones que nos facilitan la comprensión de esos entes, en tanto esquematizan el caos y el azar. Nos sirven para tomar decisiones y prospectar procesos que regulen o minimicen la peligrosidad del riesgo en cuanto al buen funcionamiento del sistema. Pero urge, además de ciencia, consciencia, cuando surgen situaciones de crisis y, más todavía, cuando se encadenan éstas, en *mega-crisis*. Recordemos aquí, a manera de divertimento, al extranjero del país de Elea, discípulo de Parménides, cuando se entretiene con Teeteto, a pedido de Sócrates, hace 24 siglos, diciéndole:

“-Mi querido amigo, esforzarse por separarlo todo de todo no es tan sólo ofender la armonía, sino también ignorar a las Musas y a la Filosofía.

-¿Por qué?, pregunta el joven ateniense.

-Separar cada cosa de todo lo demás es la manera más radical de reducir a la nada toda argumentación, porque la razón nace de la relación mutua entre las figuras”¹⁸.

¿Cuáles son los conceptos que están pues en interrelación cuando se habla de *mega-crisis*? ¿Cuál es el sistema en clave organizacional, es decir, cuál es esa organización o *rostro interiorizado del sistema* (interrelaciones, articulaciones, estructura), y cuál, el sistema o *rostro exteriorizado de la organización* (forma, globalidad, emergencia)?

El macro-concepto *mega-crisis* busca subsumir la ecología crítica donde aparecen diversas crisis, relacionadas unas con otras; sin embargo, se piensa

17. Cf. *El Método I La naturaleza de la naturaleza*. Trad. Ana Sánchez. Ed. Cátedra, Madrid, 1981, p.p. 172-179

18. PLATÓN, *El Sofista*, 259e

que hay una diferencia de naturaleza y que, por consiguiente, se deben éstas enfrentar por separado en busca de soluciones, mientras que se trata en realidad de diferencias espacio-temporales, de juicio y apreciación, que requieren aplicación de principios propios de un *conocimiento pertinente*, pensar global, conceptualización sistémica e integral.

Es imposible enfrentar las incertidumbres propias a una *mega-crisis*, a los torbellinos y a las catástrofes que provoca, si no se tienen *principios* propios de un *conocimiento pertinente*, que permitan establecer la adecuación entre lo que se sabe y lo que no se sabe, es decir, que se pueda serenamente tener conciencia que miedos, falsas verdades, intereses egoístas y oportunistas pululan en situaciones críticas, a manera de células cancerígenas; in-visibilizando esos *principios*.

En *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Morin propone pensar el “Segundo Saber”, como aquel que contiene “Los principios de un conocimiento pertinente”¹⁹. Dichos principios hacen referencia a las nociones de *contextualidad, globalidad, multidimensionalidad, complejidad*. La *mega-crisis* de la COVID19 puso de manifiesto que “el conocimiento del mundo, en tanto que mundo, resulta una necesidad a la vez intelectual y vital”, algo de vida o muerte, nos lo recordó la pandemia, precisándose que tal conocimiento “necesita situarlo todo en el contexto y en la complejidad planetaria”. Morin anota, a reglón seguido, que se trata del “problema universal para todo ciudadano del nuevo milenio”, más aun cuando estamos enfrentados a cuestionamientos relativos a *objetos naturales*²⁰: “¿Cómo lograr acceder a la información sobre el mundo y cómo lograr la posibilidad de articularla (hacer sistema) y organizarla o tomar conciencia de su desorganización? ¿Cómo percibir y concebir el Contexto, lo Global (la relación todo/partes), lo Multidimensional y lo Complejo?”²¹.

Las respuestas a estas preguntas requieren poder *articular y organizar los conocimientos* y con ello *conocer y reconocer los problemas* que plantea estar

19. *Idem, Les Sept savoirs*, p. 47-62 ssq

20. Cuando tuvimos el honor y el placer de organizar las Jornadas *Relier les connaissances, le défi du XXIe siècle*, en el Ministerio de Educación Nacional de Francia, bajo la dirección de Edgar Morin, marzo de 1998, se planteó que los currículos escolares deberían *unir, religar, entrelazar los conocimientos* con el hilo conductor de preguntas sobre *objetos naturales*, tales como *El Mundo, La Tierra, La Vida, La Humanidad, La Historia*, entre otros. Los textos de esas jornadas fueron publicados en francés por la editorial Seuil, Paris, 1999; traducidos y publicados por Plural editores, La Paz, 2000.

21. *Idem*, p. 47. Hemos introducido el paréntesis para acotar que sólo la articulación *sistémica* y no sistemática permite concebir la complejidad.

frente a objetos naturales, tales como *El Mundo, la Tierra, La Humanidad*, entre otros. Ese requerimiento pedagógico en el poder pensar la relación sistémica preguntas↔respuestas, en situación de *mega-crisis*, i.e. de vida y muerte, necesita una *reforma del pensamiento*, nos alerta Morin. “Ahora bien, esta reforma es paradigmática y no programática”²².

Reformar desde el paradigma no tiene por objetivo programar, sino orientar la estrategia programática. Por eso, si no entendemos la diferencia entre *paradigma* y *programa*, entre cogitar y computar, sus oposiciones y complementariedades, no podemos entonces elaborar, implementar y evaluar políticas educativas que preparen a la juventud del relevo a tener las competencias psicosociales y aptitudes cognitivas para *articular y organizar los conocimientos* en situación de crisis y hasta *mega-crisis*, pensando y obrando en lógica de complejidad, pertinencia y prudencia, responsabilidad ética, solidaridad y dignidad.

En busca del eslabón perdido

La *mega-crisis* planetaria, provocada por la enfermedad viral COVID19, mostró, de la China a la Patagonia, pasando por África del Sur o Italia, que el *homo sapiens-demens* tiene, frente a los coronavirus, idéntica constitución biológica, en cuanto a la estructura molecular de las células del organismo humano. Es un golpe duro para los racistas y los herederos del nazismo. Aquellos que creían todavía en la diferencia racial del ser humano, justificando tal o cual superioridad biológica molecular, han tenido que reconocer que no hay diferencia substancial entre cada individuo sobre la tierra, siendo cada individuo, sin embargo, un organismo con tiempo, ego y conciencia propias, con personalidad única. Costumbres, hábitos, creencias, confesiones, ideologías nos pueden hacer creer que hay humanos iguales. Pero entre los seres humanos no hay diferencial en cuanto a la especie. Cada humano es un holograma del otro, de la sociedad y de la especie. Los fisiólogos de la antigüedad greco-romana, china y egipcia, vieron inclusive en el organismo animal hasta el reflejo del funcionamiento del universo. Los animistas de poblaciones autóctonas conservan todavía esa concepción cosmo-bio-antropológica de la humana condición.

La biología molecular contemporánea nos enseña que somos una emergencia de vida, única y propia del planeta Tierra, en todo el sistema solar,

22. In *Los siete saberes*, idem, p. 48

aunque no tenemos conocimiento de posible huella de vida congelada en los gigantes helados, Urano y Neptuno, y menos que la vida pueda existir en la Vía Láctea o en algún agujero negro. La Tierra es la única cuna de vida que hasta hoy conocemos. Pero, para poder entendernos como emergencia vital, necesitamos un *paradigma de complejidad*. Entender cómo y por qué la Tierra es cuna de vida y de muerte, en ciclo mutante positivo. Pensar la vida necesita también pensar desde la muerte, lo que es imposible o simplemente hipotético. Urge entonces, reflexividad, pensar desde *la vida de la vida*. “Es el mismo conocimiento biológico el que exige y permite la emergencia de un método de la complejidad”, dice Morin²³. Para Morin, la vida de la vida humana se entiende como *inclusión de lo viviente en lo humano y de lo humano en lo viviente*, todo religado en la mano de las dimensiones físicas, químicas, pero también psíquicas y socioculturales que nos animan. En ese sentido, el humano es 100% natural y 100% cultural, es decir, 100% biocultural²⁴. Si fuera necesario mostrarlo, la COVID19 lo puso de manifiesto. Un hilo invisible de partícula desesperada y errante, que llamamos virus, en busca de alguna célula frágil, con la capacidad de abrir la cerradura de la membrana celular y darle un dato para producir proteínas que, si el sistema inmunológico no reacciona debidamente, terminan sofocando la querencia celular y generando un encadenamiento de auto-eco-destrucción viral, mostró que los virus sobreviven por el hábitat del huésped, pero también por su ecosistema biocultural. De donde, convocando a Morin, “el doble estatuto del ser humano. Por una parte depende totalmente de la naturaleza biológica, física, cósmica. Por la otra depende totalmente de la cultura, es decir del universo de la palabra, del mito, de las ideas, de la razón, de la conciencia”²⁵. Cuando Morin propone que saquemos de la pandemia la lección: *todo lo separado, es decir, todo lo que vemos y pensamos separadamente, tratándose de la vida, del amor y de la muerte, de la humana condición, es en realidad inseparable*. Para pensar esta inseparabilidad entre la tierra, la vida, la humanidad, es decir entre lo físico, lo biológico y lo antropológico, para poder enfrentar

23. Cf. *La Méthode II. La vie de la vie*, Seuil, Paris, 1980. En la traducción al castellano de Ana Sánchez, Ed. Cátedra, p.28

24. Véase el ensayo de bioantropología de Morin, *Le paradigme perdue: la nature humaine*. Ed. Seuil, Paris, 1973

25. MORIN Edgar / KERN Anne Brigitte. *Terre-Patrie*, Ed. Seuil, Paris, 1993. Trad. Ricardo Figueira, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p.61

con el pensamiento de conocimientos pertinentes una mega-crisis viral, urge, precisa Morin, pasar “del pensamiento reductor, mutilante, aislante, catalogante, abstractificante, al pensamiento complejo”²⁶.

La pandemia COVID19 puede servir para ilustrar la condición biocultural humana. En *Tierra Patria*, escrito en colaboración con Ana-Brigitte Kern, Morin había presentado ya la hipótesis del ser humano como *Unitas Multiplex* bio-terricola, es decir, organismo compuesto de un encadenamiento de sistemas y subsistemas. “De ahí la primordial necesidad de dejar de ocultar, de revelar, en y por la propia diversidad, la unidad de la especie, la identidad humana, los universales antropológicos”²⁷. La obra magna de Morin, *El Método*, es una en-ciclo-pedagogía para elaborar dichos universales, desde *la naturaleza de la Naturaleza*, hasta el estudio del comportamiento ético, pasando por *la vida de la Vida, el conocimiento del Conocimiento, las Ideas, la humanidad de la Humanidad*.

El optimismo moriniano se basa en la hipótesis de que la *mega-crisis* a la que nos ha llevado la pandemia conlleve un corolario positivo, a saber, el desarrollo correlativo de la compasión del corazón, del humanismo del espíritu, de un verdadero universalismo, y del respeto de las diferencias. Lo que conduciría a superar la ceguera ego-etno-centrista e ideológica, que nos hace ver un posible enemigo en el extranjero, semblante de gran reemplazo. ¿Cómo combatir esas “cegueras”?

La reforma del pensamiento

En *Los Siete Saberes*, Morin propone una propedéutica educativa que permita llevar a cabo ese combate contra las cegueras del conocimiento, que son el error y la ilusión, y que requiere saber lo que es el conocimiento, en tanto conocimiento mismo, es decir, reformatear lo que ya se sabe. Nos encontramos frente a un problema con múltiples aristas: epistemológico, ciertamente, pero también biocultural. La pregunta por el saber, es decir, el conocimiento del conocimiento, se ha reservado siempre a lo histórico, cultural, antropológico; luego, es un tema que también tiene que ver con la vida y la muerte misma de la condición humana. Por eso, es una cuestión esencialmente multidimensional, compleja, es decir, requiere ser huma-

26. Ídem, p. 67

27. Ídem, p. 64-65

nizada, contextualizada. En Tierra-Patria, Morin precisa que la reforma del pensamiento “implica una revolución mental todavía más considerable que la revolución copernicana”²⁸. Entiéndase: dejar de considerar el computo ego/yo como el centro del individuo o el individuo-sujeto-actor como el centro de la sociedad. Para volver al ego/yo y al sujeto-actor con nuevos conceptos, liberándolos de sus actuales sujeciones y alienaciones diversas, urge plantear la cuestión del conocimiento, del pensamiento, del saber, como el nudo gordiano de la tragedia humana. Recordemos la sentencia gravada en la entrada del edificio parisino, sede de la UNESCO, con respecto a lo que fuera una de las lecciones claves, frente a la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, y a manera de imperativo categórico moral de la Constitución de la Organización Mundial de Naciones: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los humanos, es en la mente de los humanos donde deben erigirse los baluartes de la paz”.

Para erigir esos baluartes no sólo urge educación, ciencia y cultura, sino, ante todo, una reforma del pensamiento en cuanto a lo que significa propiamente para una sociedad el saber de la educación, la consciencia de la ciencia, la emancipación de la cultura. Un hilo conductor corre por esos interrogantes, como el hilo de Ariadna para salir del laberinto y no ser devorado por el minotauro. Se trata de la consciencia global que cada humano pueda tener, para hacer realmente parte de una aventura cognitiva común: erigir en su mente baluartes de paz. El proceso cerebral como emergencia de la individualización o cogitación conlleva una fuerza centrífuga tan potente, arma nuclear de supervivencia del ego/yo, que se requiere, gracias a la pedagogía y la meta-cognición, aprender que al mismo tiempo reside en el embrollo humanoide otra fuerza, centrípeta, gracias a la cual emerge la otredad, la heterogeneidad, el NosOtros. Por eso, al mismo tiempo que dentro de cada persona se vive la aventura de ser uno y otro, *unitas multiplex*, seres bioculturales, urge repetir con Morin que: “la toma de consciencia de la comunidad de destino compartido terrestre debería ser el acontecimiento clave de nuestro siglo. Es, sin duda, el mensaje más fuerte de la crisis de 2020. Somos solidarios en este planeta y de este planeta. Somos seres antro-po-bio-físicos, hijos de la Tierra. Es nuestra Tierra-patria”²⁹.

28. Ídem, Capítulo 7. “La reforma del pensamiento”, p.p. 179-192

29. Ídem, Cambiemos de vía / Lecciones de la pandemia, p.102

Resistir, humanizar la condición humana y generar humanología

El coronavirus que provoca la COVID19 ha entrado en un proceso complejo de variabilidad. No se sabe a ciencia cierta cuántas variantes son posibles, ni hasta qué tasa crítica de mortalidad aceptable subirá, pues eso depende tanto del azar y la necesidad como de la reforma de mentalidades en curso. Sin embargo, la *mega-crisis* planetaria es cada vez mayor y no se ve en el horizonte ningún cambio gramatical que permita un giro paradigmático para enfrentar de manera abierta y complementaria, en clave reformadora de pensamiento complejo, el miedo, la incertidumbre, la irracionalidad y la desesperanza. Las pasiones tristes están carcomiendo la civilidad, la paciencia y la comprensión ciudadana. La pandemia provoca crisis sanitarias, económicas, socioculturales y políticas, tempestades virales en los sistemas inmunitarios desorganizados, quiebras, hambrunas y probablemente guerras civiles. Todos los científicos y los políticos en los países desarrollados están en alerta máxima. Los otros países, la mayoría, dejan su población a la deriva, esperando que les den migajas de alguna vacuna o que, multinacionales especuladoras se las vendan por precios exorbitantes; lo que genera abusos y corrupciones monstruosas. La cuestión de la protección sanitaria, individual y colectiva, no es únicamente, para cualesquier gobierno, un tema de investigación científica y producción tecnológica, es también un problema de organización logística y, sobre todo, de comportamiento ético y sociocultural en el quehacer y convivir de una sociedad democrática. Hay un porcentaje irreductible de personas que consideran inaceptable la obligación de vacunarse y el condicionamiento de la libertad individual de ir y de venir, de disponer libremente de su cuerpo, en función de una inmunidad de rebaño que se considera tan abstracta, fría e indiferente, hasta improbable, como el ideal del pacto social o de la voluntad general en el voto representativo. Emergen llamados a la tiranía política y hasta al totalitarismo sanitario, así como disidencia, sabotaje y anarquía.

Con todo, confirmada o no la fuente china del virus SARS-CoV-2, nos encontramos metafóricamente en un nuevo tipo de guerra fría mundial, donde dos regímenes se enfrentan, en cuanto a sus concepciones y prácticas frente al manejo de la pandemia COVID19: por un lado, el régimen comunista tradicional, matizado de capitalismo público-privado y, por el otro el capitalismo liberal, confrontado a tener que realizar reformas integrales, para asegurar paz con justicia social, respetando escrupulosamente el manejo del Erario y la Fuerza Pública, con base en los derechos humanos y, teniendo por funda-

mento categórico principios fundamentales de la libertad individual (libertad de consciencia, de misión o de omisión, de pensamiento, de expresión y de acción en la esfera pública).

Estamos, pues, al amanecer de una nueva era. Se requiere comprensión y pensamiento complejo, en clave *antropoética*, dice Morin. Comunismo y Capitalismo son, como tales, regímenes mesiánicos y fetichistas, idearios, noologías que deberían ser superados por la regeneración de las ideas que proponen, en cuanto a lo colectivo y lo individual. Pero aquí se plantea nuevamente la necesidad de reformar el pensamiento sociopolítico tradicional y la regeneración del entendimiento, tomando consciencia de las lecciones que se deben sacar de la *mega-crisis*, y gracias a la práctica teórica y la teoría práctica de *Los Siete Saberes*.

El nuevo ideal mesiánico debería estar en algo así como un evangelio laico de resistencia pacífica por la *victoria inicial*, ya no por la *victoria final* o la esperanza de salvación de una sociedad con sus luchas e intereses. Evangelio, nueva alianza o palabra para encontrar en el desierto, en la crisis, el camino verdadero y vivencial. Se trata, en términos morinianos, de una religión religadora y comprensible del *unitas multiplex*, del *complexus* individuo↔sociedad↔especie, del *homo sapiens demens*. Una *religión religadora* de la humana condición y la identidad planetaria requiere enseñar/aprender la poética del género humano, adquiriendo así aptitudes cognitivas complejas, hechas de mente-corazonada, de intuición conceptual y de concepto intuitivo, para poder captar y discernir la complejidad de mensajes físico-químicos-psíquicos, codificados en tormentas virales que destruyen el sistema inmunitario celular, informacional o societal.

La “ética del género humano” es el *Séptimo Saber* que Edgar Morin propone en *Los Siete Saberes necesarios para la educación del futuro*. Es el principio y fin de su obra magna, *El Método*, y la propedéutica en clave de complejidad. Es el *Saber* que religa todos los demás y con el cual se debería empezar para formar a la generación del relevo, para capacitar a los formadores de formadores. Parafraseando a Michel de Montaigne, *digamos que cualquier otra ciencia es perjudicial*³⁰ para aquel que carece de la ética del

30. Véase el capítulo XXV “Del Magisterio” en Michel de Montaigne, *Ensayos*. Ediciones Cátedra, Madrid, 2006, tomo I, p. 194: “*Cualquier otra ciencia es perjudicial para aquel que carece de la ciencia de la bondad*”. Este pensamiento de Montaigne viene a reglón seguido de una cita de Séneca, Cartas, 95, que reza: “*Postquam docti prodierunt, boni desunt*” (“*Desde que aparecieron los sabios, la gente de bien desapareció*”).

género humano, o de ciencia con consciencia. Esta ética es un entrenzado de conocimientos, competencias y aptitudes donde emerge un comportamiento de imperativo moral, experiencia probada y deontología respetuosa de toda complejidad de base, del *Complexus NosOtros*. Es un comportamiento en clave poética, es decir, metamórfica, generativa, emergente y regenerativa, hecha de alma, vida y corazón, de amor, poesía y sabiduría. La *AntroPoÉtica* es un macro-concepto o complejo de base para enseñar la ética propia a la educación del futuro. Se requiere entonces optimismo y pesimismo, es decir prudencia y, según Morin, “La antropoética supone la decisión consciente y lúcida: -De asumir la humana condición individuo-sociedad-especie en la complejidad de nuestra era. -De realizar la humanidad dentro de nosotros mismos en nuestra consciencia personal. -De asumir el destino humano en sus antinomias y en su plenitud”³¹.

La *AntroPoÉtica* nos pide, concluye Morin en su manual de propedéutica del Pensamiento complejo (*Los Siete Saberes*), que asumamos la misión antropológica del siglo XXI: *Trabajar para la humanización de la humanidad* es el *Principio de Resistencia* de la complejidad de base, es decir, úrgenos participar en lo íntimo, lo privado y lo público en la tarea cotidiana de *Trabajos y Días* que haga de nuestras andaduras y querencias la emergencia por doquier, desinteresada, bondadosa y benéfica de humanología religante, mas no mesiánica o totalizadora, ya que, como nos inspiró Jean-Michel Blanquer haciendo de su misión ministerial en la Educación Nacional de Francia un mantra: entre mayor tecnología y humano aumentado por inteligencia artificial, la educación requiere más humanismo para humanos mejorados y humanizados.

Humanizar la humanidad es también tener consciencia de que en el semblante-ajeno reside *la identidad consigo mismo*, reserva de auto-eco-dignidad, prueba metafísica de la existencia de la fraternidad humanológica, de ética de religazón, de imaginación jurídica, de tríada responsabilidad, solidaridad, fraternidad.

Humanizar la humanidad es la lucha espiritual contra la crueldad, la malignidad, la corrupción y la indiferencia.

Humanizar la humanidad es dar testimonio de paciencia, comprensión, empatía y confianza.

31. In *Los Siete Saberes*, ídem, p. 146

Humanizar la humanidad es el principio de resistencia de la humanología moriniana para combatir, en clave de complejidad, la *mega-crisis* de cualesquier tempestad viral planetaria. El desafío consiste, sin embargo, a manera de apuesta pascaliana, en religar: saber y pensamiento, acción y misión: “Sabemos que el Homo sapiens (demens) no ha usado hasta el presente sino una pequeña parte de las posibilidades de su espíritu (↔) cerebro. Estamos, en consecuencia, lejos de haber agotado las posibilidades intelectuales, afectivas, culturales, de civilización, sociales y políticas de la humanidad (...) salvo una posible catástrofe, no nos hallamos en el límite de las posibilidades cerebrales/espirituales del ser humano, de las posibilidades históricas de las sociedades, de las posibilidades antropológicas de la evolución humana”³².

Humanizar la humanidad, tanto en lo individual, social como especie-ambiental, debería ser, pues, el mensaje de resistencia frente a la mega-crisis actual y las otras por venir, para invitar a toda la juventud del planeta a laborar, luchar y soñar por una etapa nueva en el proceso de humanización, que requiere aprender a mirar con alegría y con dignidad, en el semblante-ajeno, las tres heridas fundamentales con que llega: “Llegó con tres heridas... Con tres heridas viene... Con tres heridas yo: la del amor, la de la muerte, la de la vida”³³.



32. In *Tierra-Patria*, ídem, p. 216-217

33. Referencia al poema de mi amado poeta Miguel Hernández: “Llegó con tres heridas”.

De Luis-Fernando Mejía M.

Cuando la ciudad me sobreviva

A Pereira

Cuando la ciudad me sobreviva
para olvidarse de mi nombre;
la llamaré desde el fondo de la tierra
con mi voz de raíces.
Serán de tierra mis palabras.
Recogeré mi cuota de sangre entre los árboles.
Me improvisaré de viento
de silencio horizontal a las seis de la tarde.
Renegaré mi muerte.
Me negaré a olvidarme.
Gritaré mi silencio
entre los ruidos de las fábricas.
Me levantaré a recoger la angustia
de los domingos de lluvia
y los años que pasaban buscándome
entre los niños del parque.
Exigiré que me devuelvan

los días perdidos,
y las noches perdidas
y los besos perdidos,
y el Dios que asesinaron entre las bibliotecas y las aulas.
Cuando la ciudad me sobreviva.
Cuando me niegue sus calles.
Nadie podrá imponerme una muerte
que yo no escogí nunca.
Continuaré negándome a negarme.
En mis palabras de lodo reventarán las flores.
Mi garganta se hará de raíces
que arañen la lluvia.
Cuando la ciudad se olvide de mi nombre,
yo estaré entre los niños que crecieron
para jugar a la guerra.
Estaré con un libro impidiendo la muerte.
¡Gritando desde las bibliotecas!
Toda la humanidad pasará sobre mi olvido.
Y yo me seguiré negándome al silencio
desde mi metro de tierra,
desde mi silencio aturdido de protestas.
Continuaré creciendo en los incendios de hierba
y en las hormigas que bajan a mi cuerpo.

Nadie podrá obligarme a que desaparezca
si he dejado la vida sobre todas las cosas.

Poema a Dios

Dios mío:
debe ser espantosa
tu inmensa soledad;
ser Dios eternamente
y estar condenado a amar.

Yo que soy solo un hombre
que sabe de tu angustia
! Oh viejo enamorado
te quisiera ayudar.

Si pudieras llorar,
te prestaría mi cuerpo
con todos sus pecados,
un poco de mi muerte,
y todos mis recuerdos
para tu soledad.

¡Debe ser espantoso
ser Dios eternamente
y no tener pasado que olvidar!

SI pudieras ser hombre
y mentirte a ti mismo;

te prestaría mi dicha,
y un poco de mi fe.

Debe ser espantoso
ser Dios eternamente
y no tener futuro que soñar!

Yo quisiera ayudarte
porque sé lo que sufres,
porque sé lo que amas
y no puedes llorar.

Porque siempre estás solo
¡Oh viejo abandonado!
sin tiempo,
ni recuerdos.
Ni fe para soñar.

Y si ya nada importa

Y si ya nada importa...

Si al final del camino somos pavesa agónica,
sutil halo de efímeras congojas y alegrías:
Nudo de amor y odio.

Serafín y demonio.
Dolores y alegrías:
Bagazo de quimeras,
Marchitas agonías que se fueron en lagrimas
rodando por la herida
de lo que nunca ha sido.

Si al final solo queda el silencio que indaga
más allá de la tumba?

La vida es un destello de ilusión
Un relente de sueños fugitivos de lluvia.

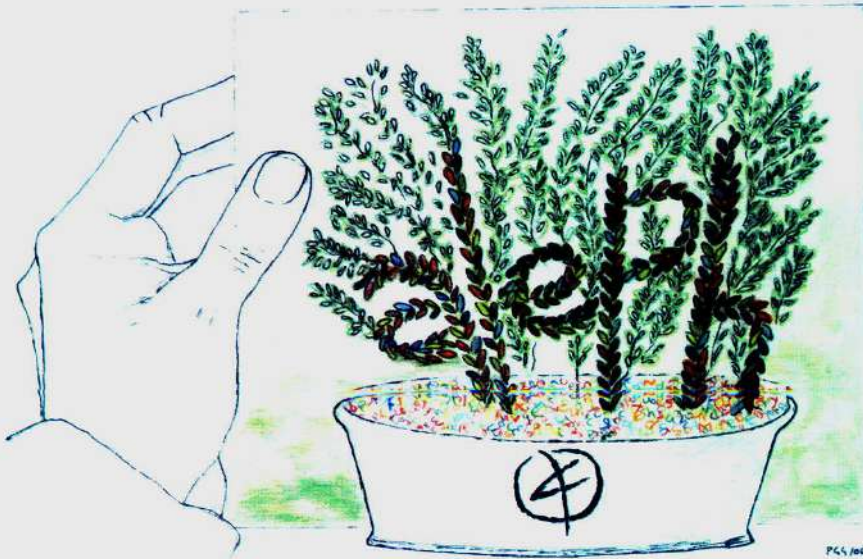
Pero ya nada importa.

Hemos cerrado el círculo
Y cero es la memoria.

ISSN 0120-0216



aleph



octubre 1966 - ¡40 años! - octubre 2006

octubre/diciembre 2006, año XL

No. 139

Dos novelas de Miguel Gomes: arte, humor, desencanto y vuelta a la patria

Antonio García-Lozada

I.

En 1987, Miguel Gomes, un joven venezolano de 23 años que acababa de publicar un libro de microrelatos, *Visión Memorable* (Caracas: Fundarte), probablemente supuso que entraba, tras abrir la puerta, en una biblioteca gigantesca como la de Alejandría con abundancia de textos, documentos, incontables manuscritos, que serían los peldaños para alcanzar el conocimiento del alma de los seres humanos. Partiendo de este presupuesto, en la obra literaria de Miguel Gomes se confirma que ha sido un ávido lector, y ha ejercido su labor escritural en varios espacios del mapa de las letras latinoamericanas: como cuentista, ensayista, crítico literario, editor, y novelista, además de ser catedrático de literatura en la Universidad Connecticut. Claro, no podrá faltar quien pregunte: ¿Y quién es Miguel Gomes? Primero, cabe decir que, Gomes nacido en Venezuela pasó su infancia y juventud entre Caracas y Madeira puesto que sus padres, provenientes de la isla portuguesa, se residenciaron en Venezuela desde mitad del siglo XX. Y, como resultante, los viajes a Portugal fueron habituales e hicieron de Gomes un ser bilingüe. Este dato biográfico nos lleva a recordar dos apuntes más: uno, que Venezuela abrió sus brazos en el siglo XX a una significativa inmi-



gración latinoamericana y europea: y dos, que en esa apertura venezolana, o caraqueña, en particular, se convirtió en una meca cultural hispanoamericana en la que Miguel vivió y donde cursó estudios en la escuela de Letras de la Universidad Central. Lo que nos indica que este sustrato del que Gomes ha salido -o evocando a Julio Cortázar: “del lado allá y del lado aquí”- fue el germen de formación, de enriquecimiento intelectual, y de experiencias literarias hasta convertir a Miguel Gomes en una de las notables figuras de la actual narrativa venezolana.

Ahora bien, cuando la editorial Seix Barral de Venezuela publica *Retrato de un caballero* (2015), nos parece como si Gomes hubiera estado aceitando sus instrumentos lingüístico-literarios durante algunos años para entregarnos su primera novela, finalista del premio Herralde, y de la Crítica a la Novela en Venezuela. Pero, independientemente de que esta novela no haya sido galardonada, cabe resaltar que sus cuentos han logrado reconocimientos significativos: el Premio Municipal de Narrativa de Caracas y, en dos ocasiones, se le otorgó el primer lugar en el Concurso de Cuentos del diario *El Nacional*. Gomes en su obra creativa ha demostrado esa sabiduría sensata que poseen aquellos escritores, o escritoras, manejando la pluma, la lengua, y el pensamiento, con amplio conocimiento de su propia historia como tributo a la literatura universal en general, y a la hispanoamericana en particular. Entre algunas de sus obras de crítica están: *Estética Hispanoamericana del Siglo XIX* (2002), *Estética del Modernismo Hispanoamericano* (2002), *La realidad y el valor estético: configuraciones del poder en el ensayo hispanoamericano* (2009), *El desengaño de la Modernidad, Cultura y Literatura en los albores del siglo XXI* (2017); y en ficción tenemos: *Visión memorable* (1987), *La Cueva de Altamira* (1992), *De fantasmas y destierros* (2003), *Un fantasma portugués* (2004), *Viviana y otras historias del cuerpo* (2006), *Viudos, sirenas y libertinos* (2008), *El hijo y la zorra* (2010), *Julieta en su castillo* (2012), *Retrato de un caballero* (2015), y *Llévame esta noche* (2020).

Al emprender la lectura del *Retrato de un caballero* apreciamos una particular función simbólica en los siguientes detalles: la portada del libro, el epígrafe, y el comienzo de la novela. El primero nos permite resaltar la correspondencia que Gomes construye entre el arte pictórico y la literatura. La primera es la portada con la reproducción de *El retrato de un joven*¹ de Ag-

1. *Retrato de un joven*, título del óleo de Agnolo Bronzino (1503-72) expuesto en el Museo Metropolitano de Nueva York.

nolo Bronzino. Allí observamos al personaje sujetando con su mano derecha un libro en el que fija el dedo índice entre una de las páginas para conservar supuestamente el lugar de su lectura. La segunda es el epígrafe de Shakespeare: “*But when I came to man’s estate, / With hey, ho, the wind and the rain... [“Pero cuando llegué a la edad madura / con, qué más da, el viento y la lluvia...]*”², nos transporta a la comedia *Twelfth Night* (Duodécima Noche o *Noche de Reyes*) cuya idea central es el amor eterno que radica en el valor de un ser humano, en preservar sus pasiones, sin tener en cuenta título nobiliario, estatus social o riqueza. Y la tercera nos evoca sutilmente al *Quijote* cuando leemos la primera oración de la novela: “*Lector pío, del cascarón recién salido: esta historia empieza...*”³ Visto así, no sería exagerado afirmar que la inclusión de Bronzino, Shakespeare y Cervantes constituyen una condición estética del novelista. Además, el hecho de que Lucio Cavaliero -escritor radicado en Nueva York-, personaje central del *Retrato de un Caballero*, pudiera asemejarse con el otro gran caballero de la historia de la literatura: el Quijote. Puesto que hemos descubierto en la obra creativa de Gomes un notable despliegue bibliográfico, como en la novela del Hidalgo. De esta forma Gomes consigue dotar a la historia de una multiplicidad de visiones narrativas, procedimiento que responde a la creencia cervantina de que lo importante es la mirada de cada uno y la importancia de dejar en libertad las diferentes percepciones para juzgar las cosas del mundo.

Asimismo, cabe recordar que, en *El Quijote* es particularmente obvia la proporción aurea entre el amor y el humor -elementos de la gran literatura. Y en el *Retrato de un Caballero* desde las páginas iniciales estos componentes se hallan también con tono propio, ante todo, cuando Lucio Cavaliero, personaje central, cavila tácticas para conquistar a las féminas que se cruzan en su entorno. Penosamente, el deseo pensado algunas veces no llega a concretarse, con lo cual la (son)risa para el lector se hace ineludible: “*Migdalia Vestalia Marcano, o incluso si lo abreviara. Como sea yo seguía echándole vistazos furtivos a los pantalones que se le adherían. Usualmente la pintura estimula a las chicas culturosas como yo creía que era Migdalia; tanta obra maestra parecía ni rozarla. Pensé modificar la estrategia*” (12). Estas correspondencias, guardando las distancias, nos ha hecho recordar al *Quijote* en un libro

2. William Shakespeare. *Twelfth Night in The Complete Works of William Shakespeare*, London: Cambridge University Press, revised edition 1983, p. 318. Y la traducción es mía.

3. Miguel Gomes *Retrato de un Caballero*, Caracas: Editorial Planeta-Seix Barral, 2015, p 9. Las siguientes citas de la novela llevarán la nomenclatura entre paréntesis.

triste para hacernos reír. Y en buena medida, en el *Retrato de un Caballero* hallamos períodos de desilusión de Lucio en sus flirteos, escenas de apuros, o conflictos, con los se que va tejiendo la historia, acoplados en un modelo de plurisignificación que se explica a través de varios niveles de representación en contenidos como la escritura, el amor, el erotismo y, por consiguiente, el humor.

En cuanto al paralelismo con la obra pictórica de Agnolo Bronzino del siglo XVI el espectador renacentista debió experimentar una sensación muy parecida a la que notamos al adentrarnos en la lectura del *Retrato de un Caballero*. Es decir, que la novela rehúye a categorizaciones y aprehensiones fáciles, se desdibuja y diluye formas y límites a la vez que exhibe, orgullosa, su despliegue de ingenio. Gomes actúa como el artesano renacentista que, en su calidad de fabricante, es creador de un mundo diverso, circular y armónico, universo pletórico de símbolos donde todas las piezas van encajando, desde tres perspectivas, a nivel formal la novela se estructura en tres partes: Panel Izquierdo “Lucio furioso”, Panel Central “Lucio innamorato” y Panel Derecho “Lucio perplesso”.

Por otra parte, cabe señalar que la presencia del Bronzino, en el *Retrato de un Caballero* no se presenta como una dependencia en la que el arte iconográfico esté simplemente al servicio de la literatura con un propósito ilustrativo. Por el contrario, ambas se potencian de manera conjunta, complementándose y, en una suerte de encadenamiento, impactan tanto el desarrollo de la novela como las interpretaciones que pueden desprenderse de la misma. Frente a ese encadenamiento, los monólogos de Lucio y los planos de la acción central y su versión simbólica se suceden en forma de contrapunto, haciendo posible la correlación entre los tres paneles, sin que ésta se produzca exclusivamente de forma secuencial. Más aún, en El *Retrato de un Caballero* la imagen pictórica del Bronzino al no cumplir el papel simplemente ornamental al ser exhibido en un museo, Gomes la fusiona con elementos de humor y erotismo cuando Lucio va observando otro conjunto de obras: “*En el retrato de un pillín a lo Murillo o Velázquez que fríe huevos sentado y sin pantalones y con las piernas abiertas. Te imaginarás lector, las cosas que llegan a juntarse cuando uno mira*” (12). Lo antedicho nos invita a considerar que Gomes con un particular gusto y habilidad nos presenta dos llaves que permiten (son)reír sobre temas largamente silenciados. De esta manera, evidenciamos que el arte despoja la percepción equívoca de “pecaminosa o morbosa”, y crea ante la lectora/el lector un universo en donde se suspenden las leyes y reglas de la vida cotidiana.

Esto es que se subvierten las leyes del orden establecido y se redistribuyen variados significados y valores. Y las convenciones de la castidad y la hipocresía se desmoronan ante el arte erótico abriéndose paso a una verdad negada: el eros no es pecado, por el contrario, es “salvación” o “liberación o gozo”. O como lo señalaba, Octavio Paz: “*La risa sacude al universo, lo pone fuera de sí, y revela sus entrañas*”.⁴

Reanudando a la aproximación que propusimos sobre el perspectivismo de raíz renacentista; ésta se ejemplifica de modo admirable en el *Retrato de un Caballero* a través de los tres paneles. Por una parte, hay una serie de reflexiones, acciones, y reacciones de personajes, que tienen contacto por distintas circunstancias, y tienden a cambiar, o aceptarse, o rechazar diferencias, ante la variedad de eventualidades. Por ejemplo, cuando Lucio dedica tiempo a su oficio de escritor relee el manuscrito con aprensión: “...lo que me había salido en las últimas páginas a ver si todo sonaba tan deshilachado como mis pensamientos ... Pero no: lo que releía me gustaba; se defendía por sí mismo...” (40). Y por otra, a nivel lingüístico, es perceptible un ajuste de cuentas con la lengua española, y todo su corsé, aunque en medio de esmerada, y cuidadosa prosa, surgen locuciones extraídas del habla popular, teñidas de la jergonza callejera venezolana: “...eres un grandísimo carajo” (22). O en algunos casos notamos a Lucio usando un léxico particular; por ejemplo, en portugués con epítetos en inglés: “*Não me lembro disso...sorry... você me desculpe*” (95). [*No recuerdo eso ... lo siento ... me disculpa*]⁵. Este recurso, también está presente en los cuentos de Gomes, y ocupa un lugar especialmente destacado en sus dos novelas con el cual se confirma el afán renovador y su aspiración de novedad.

A tenor de lo anterior, la confluencia de estos elementos diversos, al apreciarlos como la base común en *Retrato de un Caballero*, nos proyecta hacia otros espacios: el emocional y el sentimental. En esta dirección, Gomes nos sitúa en la conciencia de Lucio, pero también en la de otros personajes, a veces incluso secundarios o episódicos, adquiriendo diferente peso y grados de protagonismo según las circunstancias. A nivel individual se aprecia cuando Lucio reflexiona sobre su supervivencia: “*Cuesta organizarse para contar mis adversidades, que fueron tantas y se superponían de tal manera que no atiné entenderlas. No me extraña que la memoria sea confusa*” (67). Y sin

4. Octavio Paz: “El mudo prehispánico: risa y penitencia”, en *Los signos en rotación y otros ensayos*. Madrid, Alianza Editorial, p. 25.

5. La traducción es mía.

respuesta ante ese sentir enigmático, en algunas ocasiones, las inesperadas visitas se le presentaban -como la de su vecina Wendy-, que concluían abatiéndolo aún más por no lograr el placer anhelado en el campo del amor: “*Deseé que no se me notara el desasosiego mientras me despedía de Wendy, que fue una dama hasta el final: me besó y abrazó*” (44). Esta y otras decepciones involuntarias, e íntimas, de Lucio se añanan a su desconfianza sobre cuál sería el destino de su obra literaria en Venezuela frente a la implacable mordaza chavista: “*mis libros eran tildados de escuálidos, vendepatrias, pitiyankis*” (116). A pesar de estas quimeras rotas, por instantes se disipan cuando en espacios concurridos, en medio de la algarabía, se producen encuentros sorpresivos con compatriotas venezolanos: “*La conversación con el mesero fue buena. Yo: qué cantidad de venezolanos que se encuentra uno en España; él: aquí mismo en Salamanca, hay un grupo considerable... En eso, España metió un gol y hubo un cataclismo*” (193). Tales formas, la individual y la coral, originan un enriquecimiento de la novela, que pudiera percibirse como recurso de la narrativa autobiográfica; sin embargo, la novela se abre hacia una pluralidad de puntos de vista que sobrepasan los límites de lo que suele denominar “literatura del yo”. Años más tarde, cuando Gomes publica su segunda novela, *Llévame esta noche* (2020), un rasgo sobresaliente en su narrativa es la preferencia por el uso de la primera persona a fin de darle al texto un tono intimista, de literatura memorialista y confidencial; pero de ninguna forma esta característica se presta para trivializarla como obra autobiográfica. Lo notable es que Gomes se nos esconde tras sus personajes; a los que sin duda él deja que se desarrollen, que tomen sus propias alas para mostrar su mundo, y de este modo se va construyendo la poética que guía su narrar.

Otro aspecto a tener en cuenta, como es bien sabido, la censura es ciertamente un procedimiento disciplinario. Y en el caso del *Retrato de un Caballero* es paradigmático. La representación de elementos eróticos, religiosos, históricos o políticos expresados con, o sin, humor desde el arte suelen perturbar a las autoridades censoras; y hallamos que Gomes no excluye dichos elementos: “*María Lionza, diosa indocatólica, guardiana de la paz, la naturaleza, el amor... siempre la pintan buenisima, una Miss Venezuela... luego ritos que se repiten con estatuillas de José Gregorio Hernández, Pedro Camejo, Simón Bolívar, ... dos o tres beisbolistas... dos actrices de telenovelas... Chávez en persona (es un decir)... ay, qué calor...*” (30, 31). Con esta cita, podemos conjeturar que el humor, o la ironía, descuellan como un medio de lúcido desenmascaramiento a las heroínas y héroes convertidos en prenda de

garantía real, o evocativa, del anhelado bienestar venezolano. En este sentido, la risa que se produce con intención crítica es un mecanismo de defensa frente al dolor, a la frustración, o a las vicisitudes de la cotidianidad; y logra efectos tragicómicos con trascendente agudeza al formular una burla, o de un burlado, o de un contrasentido. Sin duda el ingenio de Gomes, a través del humor, ha captado las dos caras de la moneda, los dos polos de una realidad que siempre está en tensión y que, en última instancia, no encuentra una pronta resolución.

Mikhail Bakhtin formuló, por ejemplo, que: *El humor es una actitud estética hacia la realidad, definida pero intraducible al lenguaje de la lógica; es decir, es una determinada forma de la visión artística y de la cognición de la realidad y representa, por consiguiente, una determinada manera de estructurar la imagen artística, el argumento y el género.*⁶ Desde esta perspectiva ficcional, el humor constituye en el Retrato de un Caballero un punto de aprehensión de la vida en la medida en que describe la conducta humana. Este factor aporta los contextos para que la ficción erija una fuerza de organización de las múltiples facetas de la vida, les de sentido, cohesión, unidad y armonía en la composición textual. Por esto, y todavía siguiendo a Bakhtin, el humor como cualquier otra condición humana, o desasosiego, es uno de los referentes fundamentales del arte ya que recoge significados cognitivos y éticos encarnando la expresión de la relación valorativa del autor y del observador con algo que está fuera de la materia en la que vive.⁷

El recurso del humor que hemos apreciado en el Retrato de un Caballero es también la inversión que se nos revela de distintas maneras: al volver lo uno en lo otro, el primero muestra su revés y con ello la realidad oculta, deformada, o reprimida, por usos o abusos, o por principios inertes o percepciones erróneas, que van de la mano con las remembranzas de una Venezuela distante y encapsulada en la improvisación, o en el simulacro, gubernamental: “*Tu primer mandatario (Chávez)*⁸ *es el principal sacerdote del culto a Bolívar... se la pasa blandiendo las espadas del finado... Está obsesionado hasta lo patológico, con encarnar a Bolívar y no hace sino mal citarlo a la menor oportunidad. Los locos europeos se creen Napoleón; los nuestros Bolívar...*” (118). Y a lo antedicho, se completan los flirteos de Lucio Cavaliero que a

6. Mikhail Bakhtin, *Problemas de la poética de Dostoievsky*, trad. Tatiana Bubnova, México: Fondo de Cultura Económica, 1986., p. 231.

7. Mikhail Bakhtin “Problema del contenido, el material y la forma en la creación literaria”, en *Teoría y estética de la novela*, trad. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra, Madrid, Taurus, 1989, p.p. 25-27.

8. Lo subrayado es de mi autoría.

través del lenguaje, el tono, y la ironía se detectan como medios de crítica, al crear sucesos que trascienden a lo que se ha considerado prohibido: “*Esta vez me aceptaron en Macy’s de Fulton Street, en Brooklyn, como vendedor de perfumes... las clientas se sentían tan desconcertadas de hallar un hombre en el mostrador... Un día, tras certificarse de que no era gay, una de ellas me extendió junto con su tarjeta de crédito, una con sus datos personales. Pese a que era bastante mayor (me recordaba a una de mis tías paternas, o peor a las tres) ...caí en la tentación y la contacté dos días después, hecho lo cual me encontré, ...compartiendo sábanas con ella en su apartamento del Museum Mille*” (70). Esto nos permite dar una nueva mirada universal de la vida, al comprender lo absurdo de los prejuicios, las convenciones sociales, los decretos políticos, o reglas religiosas, para rebelarse contra una realidad imperfecta. Al decir de Freud, “*El humor no es resignado sino rebelde, no solo significa el triunfo del yo, sino también el del principio del placer, pues el humor logra triunfar sobre la adversidad de las circunstancias reales. Y es una fuerza liberadora, noble y creadora, al igual que los sueños, un modo funcionalmente acomodadizo de escape de la realidad, hacia un mundo creado por seres realmente humanos*”.⁹

En otro apartado, líneas arriba, he señalado que el narrador, Lucio Cavaliero, del Retrato de un Caballero recuerda el gris panorama socio-político de Venezuela; sin embargo, ésta no es su prioridad, ni la limitante. Puesto que el autor sabe cabalmente que la ficción tiene sus propias reglas, igual que la política. Y esto implica la negación del vínculo entre lo literario y lo político. Gomes promulga, sobre todo, en su obra narrativa— una formulación de la responsabilidad del escritor con la materia escrita. Un compromiso con la textualidad de la escritura, con el modo de situarse, no en la acción política, sino en el lenguaje.

En suma, *Retrato de un Caballero* es un atrayente texto que seduce al lector porque permite múltiples, o plurales, lecturas. La realidad es plural, complicada y difusa, por eso en esta novela de Gomes se crea un diálogo de tendencias narrativas, un diálogo continuo entre los personajes y nosotros sus lectores, un diálogo que acepta diferentes visiones del mundo, un diálogo que incluye una búsqueda de sentido. Además, esto se evidencia en el lenguaje culto, o el tratamiento popular del lenguaje, que utiliza Gomes, pues, éste

9. Sigmund Freud, “El humor”, en: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1991 (reimpresión) tomo XI, p.44.

tiene el valor de la transgresión, de la instauración de una norma sin normas en las que todo puede ser dicho, el vocablo puede ser manipulado para decir lo que no se decía. Abundan los juegos lingüísticos por contacto de fonemas y de sentidos (el amor y el humor se identifican), la expresión se libera de la norma, las ficciones se transforman en fricciones, las relaciones sexuales en relaciones textuales, las reglas de la narración también se vuelven cambiantes, abundan los contrastes y las hibridaciones, el rito pierde su solemnidad y se transforma en juego burlesco, las rígidas reglas del género narrativo se liberan en el carnaval de las formas. El lenguaje pasa así por una fase de desinhibición semejante a la que constituye la materia narrativa. Gomes en el *Retrato de un Caballero* nos comparte también la idea de que el autor es el dueño de la historia y como tal maneja su rumbo, como recomendaban Edgar Allan Poe y en nuestra lengua Horacio Quiroga.

II.

Llévame esta noche, segunda novela de Miguel Gomes, publicada por Seix Barral-Colombia, (2020) nos sitúa desde las primeras líneas en Salamanca, ciudad donde concluye el *Retrato de un Caballero*; y adonde el personaje Lucio Cavaliero se despide de su padre y de Beatriz -su último amor. A partir de ahí, Miguel Gomes construye el puente que une a sus dos novelas; y presenciamos a David de Sousa transformado en personaje-narrador en *Llévame esta noche*, ya que éste aparece como lector ficticio en la contratapa del *Retrato de un Caballero*. De esta forma, Gomes crea el espacio de diálogo, de interacción, en *Llévame esta noche*, entre David y Lucio, diacrónicamente acumulativo, y dinámico, puesto que Lucio persuade a David de poner por escrito sus historias: “*Si hasta la mesa parece que la hubieses dispuesto para que no haraganees y comience a teclear mis letanías; (...) Tenme paciencia Lucio, sospecho que cuando acabe de contarte el último viaje que hice a Venezuela todavía será de noche; ...*”.¹⁰ De acuerdo con lo que apuntaba Gerard Genette, la idea del “diálogo” remite, en un momento o en otro, a algo más fundamental, más originario; a ese residuo básico con que está lastrado el espíritu humano. Es decir, producto de experiencias entrelazadas de toda una vida: en una sociedad particular, o en una particular “Historia” de esa sociedad.¹¹

10. Miguel Gomes, *Llévame esta noche*, Bogotá: Editorial Planeta-Seix Barral, 2020, p.13. Las siguientes citas de la novela llevarán la nomenclatura entre paréntesis.

11. Gerard Genette, “La literatura a la segunda potencia” en *Palimpsestos, La literatura en segundo grado*. Celia Fernández Prieto (trad.), Madrid: Taurus, 1989, p.

A partir del momento que David de Sousa regresa a su patria venezolana, la narración se va construyendo en torno al funcionamiento de la memoria con el fin de comprender el sentido de su vida, pensar en su pasado y confirmar sus afectos: “*La vida nos carga de suficientes angustias como para estarnos flagelando con símbolos; y volver a Venezuela era para mí hacer agonizar de nuevo a la difunta. Me refiero a lo que llevamos dentro que es madre de uno*” (16). Sin embargo, David no evade expresarnos el motivo principal de su regreso a Caracas: la enfermedad y el fallecimiento de su madre. La madre es vista, o entrevista, ya con la mirada adulta de un hijo que contempla, —desde la propia conciencia—, la fragilidad de la vida: “*Me acerqué a abrazarla. (...) Inclinado, me pareció que lo que había debajo del camisón era espectral. (...) Estaba asistiendo al sepelio de alguien que no ha muerto aún; ...*” (28). Asimismo, el motivo del desplazamiento de David es problemático ya que debe apartarse de la vida que había formado en el exterior dando un vuelco total ante circunstancias difíciles de confrontar. A medida que avanzamos en la lectura, vamos enterándonos de las reflexiones de David de Sousa sobre su pasado y el interés de entender su presente. Dos espacios y tiempos que corren en paralelo, el entorno de lo que ve con los ojos (un ser querido agonizando, amistades, espacios urbanos) y lo que ve desde su interior (escenarios retenidos, fragmentos de su memoria). El tiempo es doble, como el de Julio Cortázar, se muestra el tiempo cronológico (los días que pasan mientras ayuda al restablecimiento de su madre) y el tiempo personal (el de su conciencia, que lo lleva a viajar imaginariamente por diferentes períodos de su existencia).

La conexión de los recuerdos y la memoria son la base de elementos vívidos en *Llévame esta noche*. Primero, sabemos que el lapso transcurrido de David fuera de la Venezuela produce miradas de asombro a los detalles de lo local y al estilo de vida a su paso, en el taxi que lo lleva, por la autopista entre el aeropuerto de Maiquetía y Caracas. “*La ciudad fue clavándose sus imágenes dondequiera que el nervio óptico y los recuerdos se juntasen (...) había una riña (...) el Guaire no olía mal:apestaba*” (19). Y segundo, al residir David en un suburbio anglosajón su modo de vivir había cambiado y el espacio al que regresa tampoco es el mismo: “*El ruido, el tráfico, el calor*” (19). De hecho, la carga significativa está justamente en la reconstrucción de lo perdido, y los vacíos se llenan en la memoria que le permite a David detallar sus remembranzas: “*Recuperé direcciones donde vivía un amigo de bachillerato; el profesor que me había invitado a cenar en su casa para celebrar mi primera publicación (...) La localización del cine Caurimare (...) La novia de mi adolescen-*

cia: novia, no, pasé demasiadas horas frente a su apartamento (...) nunca me atrevía a declarármele; yo era del gremio de los tímidos” (19, 20). Es decir que los recuerdos de David van más allá de lo particular, lo cual implica que toma en cuenta tanto la memoria individual como la colectiva. Según Beatriz Sarlo “*la restauración de la experiencia radica en la memoria y su relación inmediata con el pasado. Y la irrupción en el presente es comprensible en la medida en que se lo organice mediante los procedimientos de la narración*”.¹²

Dada la envergadura y complejidad de conceptualizar la memoria bajo un solo marco conceptual, es importante destacar sucintamente algunas indagaciones específicas. La vinculación de la memoria y la imaginación, de la imagen irreal y el recuerdo fue señalada por Paul Ricoeur y, como él expone, con ambas operaciones se hace presente algo ausente¹³; pues con la memoria existe la posibilidad mental del objeto aunque se pierda, pero matiza que la memoria tiene una dimensión temporal diferente ya que con ella recuperamos la profundidad del tiempo. Freud se preocupó también por un evidente engaño de la memoria y de las patologías que podían dañarla. Asimismo, comentó la compulsión de repetición que la caracteriza y del asedio del olvido que la altera. El escritor, o la escritora, quiere triunfar en esta tarea, la cual solo podría conseguirse mediante la escritura. Con respecto a la presencia del componente creativo en el relato, Frances Yates señala que la memoria pertenece “*a la misma parte del alma que la imaginación; es un archivo de diseños mentales, procedentes de las impresiones sensoriales con la añadidura del elemento temporal, pues las imágenes mentales de la memoria no arrancan de la percepción de las cosas presentes sino de las pasadas.*”¹⁴

Por consiguiente, la memoria puede teñirlo todo con un dulce matiz; y hacer de un recuerdo doloroso una escena ambigua, o convertir el presente en algo más apacible, y soportable, o a los registros que David, por ejemplo, relega por desuso: “*Algo más me ponía nervioso: no tenía idea de cuánto valía un bolívar; me era imposible saber si desembolsaría mucho o poco, o que significaban poco o mucho*” (89). En este sentido, no hay que olvidar, que ya Freud¹⁵ comentaba en sus ensayos sobre el trauma y la interacción entre el

12. Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005 p.13.

13. Ver Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, 1999.

14. Ver Frances A. Yates, *El arte de la memoria*, Madrid: Taurus, 1974.

15. Sigmund Freud, “La memoria y el trauma” en *Obras completas III*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973, 2485-2502.

desconcierto y la memoria; y cómo ésta es modificada por un trauma psicológico. La memoria a largo plazo sería la más afectada si asimismo ocurriera. Surge en consecuencia, lo que Freud denominó, la memoria reducida, la cual consiste no en el olvido tradicional, sino en lo eliminado por la mente consciente, presente en el subconsciente, que en la memoria a largo plazo podría ir en detrimento de las emociones.¹⁶

Por medio de la rememoración, la precariedad emocional se amortigua, en *Llévame esta noche*, cuando hallamos a David de Sousa deambulando por la casa materna, lugar que deviene en un símbolo extraño del presente. Por una parte, la morada de la adolescencia, y juventud, acoge gran parte de las memorias de la historia familiar. David camina y observa su escritorio de adolescente, y los manuscritos de aquella época. Y por otra, el protagonista nos remite al concepto de (re)territorialización, manifestado en el deseo por recuperar el espacio tal y cual lo había dejado antes de partir al exterior. David nos pasea por los anaqueles rememorando lecturas sobre Dante, Kafka, Borges, y su pasión por la poesía. Pero, igualmente evoca con trazos melancólicos su resignación de haberse dedicado a escribir artículos solamente para revistas, e ir a la universidad, con lo cual se truncaron sus aspiraciones de ser poeta o narrador: “*El reencuentro con mis libros fue la última emoción del día. Nada comparable a volver a Venezuela, o a mi madre en el estado en que estaban...*” (37). A su vez, el contraste de dichas emociones se mezcla con el continuo inventario de volúmenes y las miradas que David desplaza con fascinación. Allí están Petrarca, Horacio, Erasmo, Bacon, Spinoza, Montaigne, Nietzsche (38), entre muchos más, que transportan a David al pasado y con esa ojeada libresca crea una relación curiosa al fusionar un dato económico venezolano con el disfrute voluntario de la lectura: “*Era el lado luminoso de la Venezuela con el dólar a 4,30. (...) Leer tenía algo de carne, vida, no como después, ni para que el gremio te respetase, ni para justificar la quincena...*” (38). Aquellos hechos del pasado funcionan como un ejercicio vital que David revisa, reconstruye y repara con la intención de saldar cuentas con el presente, a la vez que se convierten en el antídoto como intento de regenerar su futuro.

Es conveniente subrayar, un poco más, varios detalles de *Llévame esta noche*: el desaliento de David por su matrimonio deslucido con Helen, la figura en clave de angustia ante el estado agónico de la madre que se entrecruza con

16. Sigmund Freud, *ibid.*

la visión de su patria estropeada, los recuerdos de la distante relación de sus padres, y las vivencias en Salamanca que aúnan al *Retrato de un Caballero* con *Llévame esta noche*. En este orden, hallamos la fría y enrarecida comunicación de David con su esposa Helen, residenciada en Lincoln (Nebraska, E.U.), con quien se van reduciendo los lazos de afecto: “*Con Helen las conversaciones se disolvían en parquedad (...) La segunda llamada me la hizo Helen (...) Fue un diálogo extraño (...) Ella explotó: My God, David, stop being such a snobbish bastard*”. [Dios mío, David, deja de ser un bastardo tan esnob]¹⁷ (218, 245). Ante esos, y otros, desencantos amorosos surge la urbe caótica -Caracas- cuando David se dispone a comprar provisiones y pañales para su madre; y se siente desadaptado en el ambiente circundante de la ciudad que no se correlaciona con la función del paso del tiempo: “*El concreto de las aceras en la calle Carúpano, fragmentado por las raíces de los árboles. (...) El humo que lo asalta a uno apenas llega a la Avenida Santa Sofía, (...) La caminata de regreso, bajo el sol ya alto y con aquel peso, no fue grata y añadió adrenalina a la decepción*” (89, 90). Además, de lo azarosa que se hace la travesía: “*Atravesar el bulevar fue una tortura de cuarenta minutos: (...) y a ello se agregaba la exasperación de los bocinazos, las mentadas de madre. (...). Entre campos de béisbol derruidos y colas en los supermercados, fuimos a parar a Farmatodo donde nos vendieron de milagro, los pañales*” (95).

A lo anterior se agrega la reflexión sobre el matrimonio de sus padres, que le permite al protagonista reconocerse mejor, de conseguir certeza de algo concreto en una realidad de confines difusos: “*Papá se hacía mayor; (...) Se la pasaba en Portugal, (...) su tolerancia por las cosas de mi madre disminuía. (...) Me imagino que si ella hubiese sido menos católica, o hubiesen sido menos tradicionales los dos, se habrían divorciado;...*” (40). Estos detalles del pasado van y vienen en los que se incorporan recuerdos de Salamanca que le suscitan a David inmenso regocijo. Uno, por los eventos culturales que se programaban en aquella ciudad; y otro a nivel estructural por recordar al narrador del *Retrato de un caballero*: “*Me ha puesto feliz el anuncio de un ciclo de música en el palacio Salina. (...) Digo feliz porque asistir a un concierto en ese sitio me haría sentir personaje de Lucio Cavaliero*” (217). Este pasaje ejemplifica el deseo de David de generar catarsis y a su vez exorcizar varios de los fantasmas del pasado, tarea ardua para abrir los ojos a una dimensión más sosegada ante la secuencia de innumerables desencantos.

17. La traducción es de mi autoría.

La maquinaria narrativa de *Llévame esta noche* se articula en gran medida como un juego de espejos. Espejos en los que se refleja la historia personal de David de Sousa, su historia familiar, y la historia nacional. *Una mise en abyme* tras otra, en esa constante búsqueda, no de la verdad, sino de una forma de expresión, o de formas de expresión para valorar la existencia humana: “*Los idiomas que conozco te ofrecen vocabulario para la pérdida de un marido o de un padre, no para la de un hijo. La lengua que tenga el nombre exacto debe de ser la más triste del mundo*” (442). Por ello, proponemos que esta novela funciona como una máquina de espejos: el narrador se presenta con disposición de explorador mediante el lenguaje y su pasado; se encuentra no solo con el rostro de la madre, del padre, de seres queridos, sino con el suyo propio. De esta forma, el retorno doloroso e inconcebible- ha tenido así aparentemente, algún sentido ejemplar. La exploración de David -casi involuntaria- no ha sido en vano. Porque su viaje es uno que también va desde la incertidumbre hacia la solidaridad y la compasión.

El retorno de David de Sousa a Venezuela, además de cumplir la promesa hecha a Lucio Cavaliero de escribir una larga carta sobre este “último viaje (...) indica que: “*Había otros motivos, naturalmente, para temer mis Vueltas a la patria,...*” (13,18). La mención de “Vueltas a la Patria” ha sido interpretada certeramente por Arturo Gutiérrez Plaza, “*no es de extrañar, por tanto, que en **Llévame esta noche** el poema de Pérez Bonalde (“*Vuelta a la Patria*”, 1875) funcione también como un hipotexto, resemantizado ahora desde una lectura en clave contemporánea...*”.¹⁸ En efecto, esta alusión cobra suma importancia, al Gomes emparentar literariamente esta novela con el poema de Pérez Bonalde sin romper el “*continuum*” del texto. Pero a lo antedicho se suma otra coincidencia que bien señala Gutiérrez Plaza cuando Pérez Bonalde regresa a Venezuela en 1876 tras la muerte de su madre.¹⁹ En este sentido, el texto y el autor aludidos no sólo remiten a la literatura, sino también pueden hacerlo a la historia, a la mitología, a las costumbres, a los datos biográficos, etc...

Por consiguiente, cabe agregar que la alusión se destaca por la economía del lenguaje; intenta comunicar mucho con pocas palabras y -he aquí lo importante- que Gomes plasma con enunciados no firmados explícitamente. La

18. Arturo Gutiérrez Plaza, <https://tropicoabsoluto.com/2021/08/12/tiempos-de-desencanto-de-ruinas-de-huidas-y-revueltas-de-vueltas-y-despidos-de-la-patria/> . El subrayado es mío.

19. Gutiérrez Plaza, *ibid.*

alusión se incorpora encubierta, es decir, carece de la firma del autor y de la obra de la que procede, para que el receptor haga valer su competencia literaria. Asimismo, no suele haber en ella una llamada a la autoridad del evocado, sino un diálogo, un juego con su contenido que se proyecta en el lector. Por otro lado, es interesante subrayar que la alusión supone que el lector descifre este juego de palabras encubiertas, y es tanto más eficaz en cuanto el texto es más conocido y precisa de una o dos palabras para enviar a él. La ocultación es parte de la metáfora alusiva y corresponde al destinatario desvelar la alusión- ilusión metafórica. Los “hipotextos”, como nos lo recuerda Gutiérrez Plaza, no poseen marcas concretas de “deixis” que los identifiquen, y ello solamente se explica en función de su destinatario. O bien los “hipotextos” son populares o bien el público al que dirigen sus obras es restringido. El paso del tiempo oculta la alusión, porque se pierde el conocimiento “popular” del intertexto. El proceso alusivo enfatiza el papel activo del lector en el proceso de actualizar la lectura del texto con sus alusiones.

III.

A manera de conclusión, en esta propuesta de lectura que me he ocupado del universo de las dos novelas de Miguel Gomes; del mundo que (re)crea su autor es coherente y rico y gira en torno al ser humano que hoy puebla nuestras ciudades, y países hispanoamericanos, donde reinan la soledad, la dificultad del amor y de la comunicación y donde la verdad se oculta detrás de las falsas apariencias. El lector, o el investigador, que se detenga a pensar sobre la obra de Miguel Gomes advertirá una propuesta emocionante que convida al viaje y al riesgo en un brindis con la lealtad, la calidad humana; hay que volver a poner nombre a las cosas con una nueva ética en un momento en que la humanidad está en plena travesía invernal por el desierto. Un escritor como Miguel Gomes es un radar de lo que pasa e incluso es capaz de contarlo antes de que pase, por su capacidad de observación, su intuición, su erudición, y por poner en juego su sensibilidad y presentimiento. Miguel Gomes sabe que las palabras definen lo que somos y cómo somos, cómo vivimos; recuperar el lenguaje es recuperar el conocimiento de nuestra historia íntima dentro del proyecto colectivo. Activar la memoria para provocar una movilización personal, sin mapas, ni brújulas, ni metanarraciones es un desafío de nuestra época. El autor parece que nos dice que la sociedad está a años luz de encontrar una solución a la convivencia, a lo justo, mientras no haya un cambio personal. La literatura de Miguel Gomes plantea una oportunidad de revisar lo que no

funciona y establecer lazos humanos más auténticos a partir del conocimiento de quiénes somos dentro del marco de una conciencia humanamente crítica. Quien termine de leer una de sus novelas, o cuentos, se preguntará también “¿hacia dónde estoy corriendo?” Una voz interior puede respondernos: “si no lo sabe, está corriendo porque no sabe hacer otra cosa que correr”. Detectar los temores, los errores, y el vértigo de la velocidad tal vez nos ayude a mirar con mayor atención cada uno de nuestros pasos.

A Evelyn
Enrique
Ruiz
con amistad
cordial

A Ruiz
G. E. Ruiz
Rafael Alberti

Jaime Gil de Biedma
Jaime
AGUILA O SOL
A Carlos Enrique Ruiz
Octavio Paz

Esta
BIOGRAFÍA
es por
CARLOS ENRIQUE
en
joven amistad

Félix Grande
Félix Grande

Para Carlos Enrique
Ruiz, con la amistad
de
Pedro Laín Entralgo
Marzo de 1952.

Julían Marías
Julían Marías

De Ana-Mercedes Vivas

Jardín de luz

*En el parque de la pinacoteca de Sao Paulo
Para Nicolás Bernal-Hernández.*

Miro a la joven
que se dobla sobre el banco
a la sombra del árbol,
mientras la temperatura del verano
derrite las horas
y las calles de Sao Paulo.
Observo su pelo recogido,
su cuello blanquísimo,
sus pies sin zapatos.

Alguien me dice que la chica
es en realidad prostituta
y que el hombre, a pocos metros,
la está promocionando.
Yo prefiero pensar
que es una de las estatuas griegas
que vigilan, un poco más atrás,
el estanque del parque.

Quizás la propia Diana
escapada del mármol
para refugiarse del calor
bajo las frondas de los “pau de ferro”,
“pau mulato” o “pau jacaré”.
Nombres dulces
como dulce su cobijo y frescura.

Mientras salimos a encontrarnos
con el río humano que baja
a la estación del metro,
ella permanece inmóvil en el banco.
Quizás de nuevo, convertida en piedra,
en silencio, en estatua.

Inmigrantes

Llegan por el mar como la espuma
o como los maderos de un velero rendido
al embate de las olas.
Son el naufragio mismo.

La marea baja
que arrastra y nos cuestiona
nuestra propia humanidad,
la sal de todas las lágrimas
que deberíamos derramar.

Con sus labios que evocan
pasados venturosos,
y dátiles y flores en medio del desierto
tienen en la mirada un solo destino:
La playa de ese continente
donde puedan estar a salvo.
Allí, donde el niño pueda crecer
y los ojos de las mujeres
no se vistan de pánico,
debajo de los velos.

Son “Ramy”,
¿sabíamos que quiere decir
viento gentil?
O Layan, ¿que es el nombre árabe para

amable y tierno?
Y Aylan, el que “*amado por todos*”
no pudo llegar
y dejó su pequeño corazón
en las orillas de la esperanza.

Tienen nombres, tienen sueños,
son más que una cifra de repartición:
Pido rosas, ¡rosas!
y no alambres de púas
para ellos.

El palabrero y la lluvia

“Lloverá”, dijo el palabrero,
como si con su voz
llamara al espíritu del agua
que no visitaba su desierto
hacia casi dos años.
Sobre las dunas de arena,
el horizonte estaba limpio,
sin rastros de nubes
que presagiaran
cómo sus palabras podrían
convertirse en agua.
El palabrero volvió a decir:
“Lloverá”.
Sabía que lo que se decía allí,
se cumplía,
que el orden establecido,
no se alteraría esta vez.
Y empezó a llover.
las gotas cayeron lentamente...
Mientras el palabrero repetía
“ahora llueve, llueve

llueve...”
Un niño salió a jugar al patio,
alguien lo vio entre los charcos,
por última vez.

La maleta

*Cántame por las noches que es cuando duele más/
cántame por las mañanas que es cuando sale el sol.*

Franco de Vita

Ruedas por la carretera,
te impulsas, debes cruzar.
¡Pronto!
antes de que cierren
todos los caminos.
No importa si tu dueña
tiene desollados los pies.
“Rueda, -te dice la mujer-
hay que llegar”.
“Llévame en hombros
las ruedas no aguantan más”
-contestas-.
Ahora vas por el aire.
Pesas: llevas todos los paisajes
los amores doblados,
las lágrimas de los viejos,
en frasquitos...
El horizonte largo,
la voz del marido que dice
“adiós, “catirita”, camina
por ti y por todos, camina...”

Y el canto a lo lejos
“luna, lunita...”.

Zapato de marca

Este zapato de marca
hecho en Taiwán o en Guatemala
tiene un defecto:
me duele el niño que cortó la lengüeta
más ancha de lo conveniente
y a quien el error
le costó,
de seguro,
el puesto en la maquila.
Debería ser un zapato juguetero
porque viene de su infancia
o enseñarme a ganar siempre
en la rayuela, el cielo
Pero no,
el zapato sólo repite
“made in”
“made in”
quién sabe dónde,
de qué manos pequeñas.

Las mujeres de la guerra

*A las Madres de la Candelaria
Y a las Mujeres del Costurero de la
Memoria.*

Vienen del llanto y el dolor
de los muertos no encontrados,
de todo lo perdido.
Traen el corazón hecho jirones
pero cosen sus historias
entre lágrimas y risas nuevas
como si fueran camisas

para estreno los domingos.
Les pedimos que nos cuenten,
que nos digan cómo se amasa
el pan de los perdones,
cómo hierve el cocido
de las preguntas sin respuesta.
Son ELLAS,
las mujeres de la guerra,
de nuestra guerra.
Están aquí y allá
y a veces no las vemos.
No queremos escuchar
el palpitar de su corazón
frente al horror,
o entender cuándo
sus pieles de cristal
se rompieron para siempre.
dejando todo sueño en el olvido,
arrancando de raíz toda esperanza.
Cuando nadie caminaría
con tanto dolor a cuestas
ELLAS, corren.
Cuando todos bajamos la cabeza
ELLAS alzan su voz
Para decirte ¡ANDA!

ISSN 0120-0216

⌘ aleph



Don Quijote triunfante.

enero/marzo, 1997

N° 100

La cultura como ingrediente de la vida*

Bernardo Trejos-Arcila

Es un hecho palmario que la conducta del animal se halla condicionada por los estímulos del mundo exterior y las correspondientes respuestas de un rígido e infalible sistema de reflejos. En el hombre ocurre algo similar ya que, como dice Liston, “los mecanismos fisiológicos de la conducta son fundamentalmente análogos en el hombre y en los animales”. La diferenciación empieza cuando se examina la clase de reflejos que actúan en el animal y los que determinan la actividad humana. Entonces se descubre que en el animal tales reflejos son no condicionados, en tanto que en el hombre predominan los reflejos condicionados... Ahora bien, es sabido que los reflejos no condicionados son el fundamento de la conducta instintiva o automática, de donde se concluye que en el animal prevale la vida instintiva, que es una vida no racional, no controlada ni por la voluntad ni por el pensamiento.

Pero en el hombre ocurre al revés. Los reflejos humanos no son automáticos, sino condicionados en su gran mayoría, y este condicionamiento es precisamente tarea del propio hombre. Él también, como el animal, arrostra su “circunstancia”, su mundo en torno; pero lejos de conducirse pasivamente



* Publicado en la Revista Aleph No. 1 (UN, Manizales, Octubre de 1966; pp. 15-20).

frente a él, reacciona con impulsos de dominio; intenta someter a su mando las fuerzas exteriores o conjurar de diversas maneras la acción de ellas sobre él, y aún proyecta esta actitud señorial sobre su propio yo biológico o infra-racional poniendo a raya sus apeticiones, controlando sus impulsos orgánicos naturales.

Pues bien. Esta actitud dominadora, típica del hombre, tiene su punto de partida en la capacidad que tiene el ser humano de reflexionar, de “ensimismarse”, como dice Ortega, de ingeniarse con ello un plan de acción. Por algún tiempo el hombre se aparta así de las solicitudes del mundo, se recoge en su intimidad para pensar. Imaginación y razón se unen entonces en armónica amalgama y cuando el hombre retorna a ocuparse con las cosas ya viene armado con un esquema de posibilidades de dominación que inmediatamente empieza a poner en práctica: al hacerlo tiene derrotas y triunfos que le urgen a hacer rectificaciones y comprobaciones, con lo que se van acrecentando, por supuesto, los contenidos de este plan de sometimiento de la naturaleza. La suma de tales rectificaciones, comprobaciones y afinamientos sucesivos de los métodos de dominio sobre sí mismo y sobre las cosas constituyen la raíz de lo que se llama propiamente la vida humana. Y, por otra parte, si consideramos todos los resultados de esta actitud señorial del hombre, descubrimos que en ellos consiste justamente la cultura. Lo que quiere decir, más concretamente, que la cultura arraiga en las más íntimas entretelas de la existencia humana y que es muy acertada la frase de Ortega: “El pensamiento es una función vital, como la digestión o la circulación de la sangre”.

En efecto, el pensar es algo que se presenta dentro de la vida del hombre, como un ingrediente o constitutivo suyo; pero no se trata de un constitutivo cualquiera -como podría decirse, por ejemplo, de todas las demás funciones orgánicas- sino que es el constitutivo ESENCIAL y distintivo del ser humano, punto de arranque de su superioridad indubitable sobre los demás seres que comparten su existencia en el mundo; pues si, por las actividades orgánicas, meramente corporales, el hombre aparece muy próximo al mundo animal y también -aunque un poco menos- al mundo vegetal, por su actividad pensante el hombre se distancia considerablemente de uno y de otro, a tal punto que, desde los primeros filósofos griegos, la esencia del ser humano se hace residir en su racionalidad, en su capacidad de pensar y reflexionar.

Lo orgánico confiere al hombre la subsistencia; lo racional y pensante le otorga su consistencia. Pero el hecho de subsistir, como cualquier otro espécimen de la serie de los vertebrados mamíferos no tiene, en verdad, tanta tras-

endencia como el de su consistencia, pues por esto último se convierte en el ser que, autodeterminándose y autodefiniéndose, ha llegado a interrumpir con un salto inconmensurable la ordenada línea evolutiva de analogías que presenta la vida en todas sus restantes manifestaciones. Con todo, sería un error pensar que la vida orgánica, por la cual el hombre subsiste, y la vida espiritual, por la que el hombre consiste aparecen disgregadas en sus funciones, a pesar de su originario y radical antagonismo. Por el contrario, constituyen una armónica unidad y así la vida del hombre es tanto vida orgánica como vida espiritual. Es decir, no sólo vida orgánica, pero tampoco pura vida espiritual, sino ambas, sustentándose e impulsándose mutuamente. Tal es, creo yo, el sentido último de aquel viejo principio “mens sana in corpore cano” de que tanto abusan nuestros profesores de educación física, pues suelen poner el acento en la necesidad de un cuerpo sano, como si no fuera igualmente verdadero el principio inverso: “Corpus sanum in mente sana”, ya que el pensamiento es factor de primera línea para lograr también la salud y seguridad corporales.

Esto no es mero juego de palabras sino tangible realidad. En una revista norteamericana leí alguna vez, que un grupo de investigadores, con base en cuidadosas estadísticas, habían llegado a la conclusión de que la actividad intelectual, especialmente en la senectud, contribuye a prolongar la duración de la vida y a sostener por más tiempo la energía corporal. Sea cual fuere el valor de las estadísticas, lo que sí no admite objeción es que el hombre no podría vivir “biológicamente” sin pulmones, sin sangre, sin corazón, pero, en igual forma, tampoco podría existir “humanamente” sin pensar. De modo que, para el hombre, pensar es algo tan natural e imprescindible como nutrirse o digerir. El pensar ciertamente, se apoya en alguna actividad orgánica -lo que ha despistado a muchos científicos positivistas-, pero logra trascender totalmente lo biológico y se erige en forma de actividad típicamente espiritual. Es esta vida espiritual lograda a través del pensamiento la auténtica y más pura vida humana.

Pero, en fin, de cuentas, ¿qué es pensar? Ortega ha respondido a esta cuestión trascendental de una forma harto concisa: “Pensar es pensar la verdad” y explica que, aunque a veces pensemos algo falso, a esto lo llamamos precisamente “pensar mal”. Mas ocurre que pensar la verdad no es otra cosa que captar la constitución auténtica de las cosas y de las situaciones. En otros términos, hallarse apto para desmontar el engranaje más o menos complicado de cada hecho y de cada circunstancia en sus componentes más simples y sencillos, es decir, capacidad para verificar un justo ANÁLISIS (ana-lyo) de la rea-

lidad; pero además poseer también la idoneidad suficiente para re-componer con exactitud y veracidad esa realidad des-compuesta, es decir, una vigorosa facultad de SÍNTESIS (*syn-tithemi*) partiendo de los elementos constitutivos disgregados por el análisis.

En la posibilidad de ejercitar esta doble actividad analítica y sintética del pensamiento humano estriba, en último término, la inmensa superioridad del hombre sobre el animal, pues al paso que aquél logra, mediante tal actividad, comprender de raíz las situaciones presentes, con base en el análisis de experiencias pasadas y aun prever circunstancias futuras, mediante la labor de síntesis, el animal vive indisolublemente atado al presente, a los meros estímulos y condicionamientos del “*hic et nunc*”. Esto nos explica suficientemente por qué la vida del hombre se convierte en esencial futuridad, en plan de acción para el porvenir, en tanto que la vida animal es sólo “actualidad”, puro presente, con ceguera absoluta para toda previsión.

Sentadas las premisas anteriores se ve a plena luz que la seguridad y firmeza de la vida humana se halla en estricta dependencia del ajuste y perfeccionamiento de los planes de defensa, dominio y previsión que el hombre se traza merced a su actividad pensante. Y con esto ya se comprende en forma diáfana hasta qué punto el pensamiento es actividad no sólo natural sino imprescindible dentro de la vida humana. No se piensa porque se quiere simplemente, porque tal vez no hay otra cosa en qué ocuparse de momento, sino porque es el único medio seguro de vivir y sobrevivir, y por tanto es algo indispensable y urgente para la existencia del ser humano. Pues bien: la totalidad de productos y resultados de la actividad pensante constituyen cabalmente lo que se llama cultura, de donde la cultura -como decíamos atrás- arraiga efectivamente en lo más hondo y esencial de la vida del hombre; sólo por ella éste puede conjurar despejadamente el problematismo de la existencia, superar la acción destructora y obstaculizadora de las fuerzas hostiles y, en síntesis, tener acceso a lo que se ha llamado el bienestar y que en un nivel más elevado e ideal corresponde a la felicidad.

Insistamos sobre este punto, que es de capital importancia. En frente de los demás seres que le rodean y con los cuales se traba en múltiples relaciones, el hombre es el único que carece fundamentalmente de lo que ha llamado Landmann “la especialización”, es decir, el hecho de tener cometidos absolutamente prefijados y medios eficaces, ya dados, para cumplirlos. Los objetivos de su vida debe buscárselos el hombre por sí mismo y también procurarse él mismo los instrumentos más adecuados para realizar tales objetivos.

En efecto, ningún factor instintivo permite al hombre darse cuenta intuitivamente de lo que más le conviene en cada circunstancia, ni le mueve violentamente a actuar en determinado sentido o a eliminar de su comportamiento ciertos hábitos o reacciones. Es decir, el hombre está desprovisto de especialización no sólo desde el punto de vista del conocimiento sino también desde el punto de vista de la conducta. Esto hace, por otra parte, que el ser humano sea el único que se halla en plena franquía hacia las cosas, totalmente abierto hacia el mundo, sin coacciones, es cierto, pero también sin guía seguro.

Esta carencia de especialización, esta apertura total hacia el mundo supone, pues, que el hombre al nacer es un ser absolutamente indeterminado; con la aclaración sí de que está capacitado, sin embargo, para autodeterminarse, para trazarse por sí mismo una línea de conducta: es CREADOR entonces y al mismo tiempo es LIBRE porque no le presionan los mecanismos del instinto y porque puede escoger por su cuenta la forma de ser y de vivir que se le ofrezca como óptima y más deseable.

Mirado esto desde otro ángulo resulta que, si sólo podemos encontrar los patrones de nuestra conducta en un acto creador nuestro, ello quiere decir que no nos basta lo que se nos ha dado originalmente. Al revés del animal, nacemos incompletos, imperfectos, indigentes. Sólo que con esta acción creadora logramos compensar y hasta superar la inferioridad que, en un principio, teníamos con respecto a los demás seres existentes en el mundo. El animal, el árbol o la piedra salen ya acabados y completos de las manos de la naturaleza; únicamente necesitan convertir en acto todo lo que ya está potencialmente en ellos. Pero el hombre, en el mismo caso, ha sido puesto en el mundo “a medio hacer”, como apunta agudamente Landmann. Él es el único ser que encuentra siempre ante sí una tarea por realizar, la suprema tarea de ser sí mismo auténticamente.

De modo que el hombre no sólo tiene la posibilidad de ser creador, sino que está compelido forzosamente a serlo. Por fortuna, sin embargo, la misma naturaleza que pone al hombre en el mundo como el ser más desvalido, indigente e incompleto de todos le ha armado también de una poderosa facultad, el pensamiento, que le permite ser árbitro de su propio destino. Por eso decía Dilthey que el individuo, en su pura interioridad, no tiene en general ningún ser esbozado, sino que se eleva a sí mismo mediante su función creadora y llega a ser él mismo. En vez de “homo sapiens” el ser humano es más bien entonces “homo inveniens”, hombre que busca y encuentra su ser, hombre que inventa al hombre, cuya vida depende de su propia decisión personal; por

lo mismo, un ser aventurado de por sí, que está en continuo riesgo, porque su decisión puede llevarle a una resonante victoria o al más vergonzoso de los fracasos. Pues tal decisión, con todo lo que tiene de definitivo y rotundo, sólo halla norte seguro y fanal orientador en la hondura y perspicacia de los planes de acción que el hombre elabora pensando, meditando ensimismándose y esto, a su vez, depende del grado mayor o menor de cultura alcanzado por cada individuo. De suerte que, por este camino, desembocamos nuevamente en la comprobación de que la cultura es ingrediente sustancial de la vida humana y el ámbito propio del hombre.

El hombre se encuentra siempre como Hércules, en el cruce de los caminos (Pródicos), y por eso él mismo tiene que escoger el paradigma de su propia vida (Platón), y preferir lo mejor (Aristóteles). El animal ciertamente no tiene la posibilidad de elevarse SOBRE la forma propia que le ha impreso la naturaleza; pero tampoco puede caer por DEBAJO de ella. Pero el hombre ofrece la rara peculiaridad de que incensantemente se balancea entre los antagonismos del ángel y el demonio, entre el ascenso vertiginoso y la caída fulminante. Como dijo Aristóteles: “el más elevado es, en su corrupción, el más odioso”. Ello ocurre quizás porque le ofuscan sus innúmeras posibilidades. Pico de la Mirándola, intérprete típico del espíritu renacentista en este sentido, escribió que después de haber creado a Adán, Dios le habló así: “No te hemos atribuido ninguna forma propia, ninguna herencia exclusiva, para que tengas y poseas como tuyo lo que deseas. Para honor tuyo, tú debes ser tu propio artífice y constructor. Puedes degenerar en animal o elevarte a las esferas altísimas de la divinidad”. Y agrega más adelante: “Los animales poseen desde su nacimiento todo lo que en cada caso han de tener. Los espíritus han sido desde el principio lo que seguirán siendo por toda la eternidad. Pero en los hombres el Padre derramó las semillas de todas las acciones y los gérmenes de toda conducta”. Pero ante tanta riqueza de posibilidades el hombre DEBE elegir acertadamente -pues caras se pagan aquí todas las equivocaciones- y ocurre que sólo logra hacerlo si elige tras madura reflexión y detenida meditación, es decir, cultamente.

Por ello causa profunda extrañeza que, en ocasiones, tal o cual pensador contemporáneo haya contrapuesto cultura y vida, como si se tratara de dos realidades francamente antitéticas. Claro que la cultura, tanto como la civilización, se oponen a la naturaleza, justamente porque son intentos de dominarla. Pero esto no quiere decir que la actividad cultural sea algo ajeno o contrapuesto también a la vida humana. Lo que pasa es que la vida humana, en

realidad, cada día se torna más anti-natural también, o quizás sería mejor decir a-natural, en el sentido de que se hace más y más artificial, de que prescinde más y más de los imperativos legales de la naturaleza. De paso, Scheler ha destacado muy bien esta modalidad de la existencia. Pero tal artificialidad, en el caso del hombre, lejos de significar simultáneamente una des-vitalización, solo quiere decir que la vida humana ha llegado a ser, casi esencialmente, vida artificial, o sea, vida creada por el hombre mismo -como veíamos antes- y por eso mismo, vida auténticamente humana, hecha por el hombre, suya. Mientras los demás vivientes se acomodan sumisamente a las estructuras vitales que les son impuestas desde el exterior por los ordenamientos de la naturaleza, el hombre se hace las suyas propias y vive desde ellas. En esto consiste propiamente la vida culta.

De modo que, aunque la cultura sea indiscutiblemente antinatural y artificial, eso no implica que sea también anti-vital, sino todo lo contrario. Una construcción intelectual, por refinada que sea, sólo puede ser tenida como elemento de la cultura de un pueblo o de un individuo, si puede considerarse legítimamente como algo vigente, como una “totalidad actuante” en suma, como algo que de veras desempeñe una función dinámica dentro de la vida colectiva o individual.

Podemos concluir entonces, que la cultura es para la vida y no al revés. Pero cabe observar aquí que muchos entusiastas filósofos de la cultura han pretendido convertir la cultura en algo a lo cual debe subordinarse y sacrificarse la vida. Tal tentativa es la esencia del llamado “culturalismo”, de tan firme asiento especialmente en Alemania. Así, por ejemplo, en Frobenius ya domina el concepto de que la cultura es una entidad que trasciende el alcance de la vida humana. Es decir, una realidad que, por decirlo así, “planea sobre el hombre” y está controlada en su evolución y desarrollo únicamente por una ley interior peculiar. Bien se ve que se trata entonces de un puro intelectualismo, de una verdadera idolatría de la inteligencia que desvincula -totalmente si fuere necesario- el pensamiento de la vida. Bajo las veneradas denominaciones de razón, ilustración y cultura -ésta sobre todo entre los alemanes- con frecuencia se ha ocultado solapadamente lo que llama Ortega la “batería de la cultura”, el pensar que la cultura es valiosa por sí misma y tanto que la propia vida del hombre debería ponerse al servicio de sus fines. Pero repetimos, que no es la vida para la inteligencia, la ciencia o la cultura sino al contrario: aquéllas deben desempeñarse y ser tenidas como meros utensilios para la vida. El hombre, como ya lo dijo Aristóteles, es esencialmente “praxis”, acción, antes

que “theoria” o contemplación. Antes que todo y aún cuando sea muy a su pesar, el hombre tiene que obrar, ir y venir en el mundo, trabarse en relación con las cosas y todo esto requiere actuar según un plan preconcebido, es decir, pensar para poder comportarse cultamente, que es la única forma de comportamiento válida eficazmente para el hombre.

Claro es que puede hacerse una consideración puramente teórica de la cultura, abstrayéndola de la vida y examinándola exclusivamente como un hecho histórico particular. Por esta vía se ha desarrollado efectivamente una teoría de la cultura impulsada fundamentalmente por los pensadores que tomaron bajo su responsabilidad la tarea de elucidar la esencia y formas de la vida espiritual; gran parte de los filósofos del siglo XVIII, en el primer término; Hegel y el romanticismo; Nietzsche, Dilthey, Windelband, Rickert, Simmel, Spengler, Sprenger, Litt, Freyer, Hartmann, etc. Pero otra cosa es que se endiosara la cultura hasta el grado de obligar a la vida a rendirse pleitesía y sumisión. Ortega observa que todo el pensamiento alemán, desde Kant hasta 1900 podría reunirse bajo una rúbrica común: “Filosofía de la cultura”. Y, realmente, en tanto que el pensador medioeval situaba la idea de Dios como remate supremo de su especulación filosófica, el alemán del siglo XIX ponía en el mismo sitio preferencial la “idea” (Hegel), o el “primado de la razón práctica” (Kant), o la “cultura” (Cohen, Windelband, Rickert). Pero, digámoslo una vez más. La cultura no tiene sentido y valor por sí misma; sin referirla a la vida humana es algo insustancial, vagamente etéreo, incoherente.

Llevadas a este punto nuestras reflexiones, se impone ya un corolario importante en extremo: el de que la cultura, al revés de lo que muchos suelen creer en nuestros días, no es simplemente un adorno vistoso, una joya de fantasía con la que ciertas mentes privilegiadas pueden acicalarse para lograr mayor valimiento ante los demás. Ni mucho menos. La cultura es una necesidad apremiante de cada hombre para orientar el curso de su vida. Claro que esto alude, sobre todo, a la llamada “cultura general” o cultura básica que, sin escalar alturas señeras, pone, sin embargo, a disposición del hombre corriente, un repertorio fundamental de ideas y convicciones aptas y eficaces para orientarlo en la encrucijada de su existencia.

Esto fue precisamente lo que comprendió muy bien la Universidad medioeval, cuya Facultad más señalada y característica era la Facultad de Artes (hoy correspondería a nuestra Facultad de Filosofía y Letras), a tal punto que si una Universidad carecía de ella -Bolonia y Salerno, por ejemplo- por fuerza se hallaba en grave desventaja y tenía inferior prestigio con respecto a las que,

en cambio, disfrutaban de una floreciente Facultad de Artes (París, Oxford). Estaba integrada la Universidad por cuatro Facultades: teología, artes, derecho y medicina, pero, entre todas, se tenía a la de artes como la más importante y elevada. Actualmente nuestras Universidades, por contraste apuntalan preferentemente su Facultad de Medicina, o de Derecho o de Ingeniería: la mayor parte carecen de la Facultad de Filosofía. Las cosas eran muy distintas en el siglo XIII. El hombre medioeval entendió, con singular profundidad, que la más urgente tarea universitaria era la estructuración sólida de una cultura general, entendida ésta como el sistema de las ideas vigentes en la época, en torno a los tres grandes temas -Dios, el mundo y el hombre- de más agitada controversia en aquel siglo y a través de toda la historia del pensamiento humano. Por cuanto tales temas eran objeto central de examen en la Facultad de Artes, la Universidad medioeval consolidó, más que las otras, esta Facultad y logró así que el hombre de aquella época viviera su vida desde un núcleo de convicciones radicales tenidas y compartidas por todos como plenamente seguras e inobjetables y que, por lo mismo, comunicaron seguridad a su vida y firmeza a su conducta. Esto explica que la Edad Media haya sido un período histórico sin angustia, sin agudo y trágico divorcio entre lo que se cree y lo que se hace, sin desajustes, sin hipocresía, en perfecto acoplamiento interior, de absoluta y completa autenticidad. Es que la cultura entonces cumplía a cabalidad su cometido vital; era en toda su fuerza lo que dice Ortega: “el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee... El sistema de ideas desde las cuales cada tiempo vive”.

La Universidad nuestra, por el contrario, realiza una faena, loable sin duda, pero que es más bien de información que de formación: atiborra al estudiante de teorías y conceptos diametralmente alejados de su realidad existencial del problematismo auténtico de su vida y, por eso, es muy discutible que esté cumpliendo honestamente su verdadera misión de guía y faro de los destinos de los pueblos. En nuestro medio, la cultura empieza a ser considerada justamente como simple ornato que no tiene más finalidad que la de cubrir ciertos instantes de tedio, de ocio inútil, o acrecentar el prestigio intelectual de algunas personalidades salientes, pero sin que ejerza una activa y rotunda influencia en la vida particular de esas mismas personalidades ni, mucho menos, incida dinámicamente en la vida colectiva de su pueblo.

En síntesis, la vida humana es un quehacer, una tarea por realizar, algo que hace el hombre, que no se le da ya hecho. Pero este hacer exige la previa formación de un plan. Este plan se elabora esencialmente con ingredientes

culturales porque su estructuración supone haberse formado un concepto de lo que es el mundo y las cosas, y haberse trazado, de conformidad, un proyecto de acción. No obstante, los elementos de esta cosmovisión, las ideas que constituyen este concepto del mundo y las cosas, en su mayoría no las producimos nosotros mismos, sino que nos las transmite el medio social, ya hechas. Cuando nacemos nos encontramos cercados y presionados por un acervo de ideas consagradas por la tradición. Algunas de ellas han perdido su vitalidad, su fuerza originaria: sólo tienen una vigencia teórica, vienen a ser como una herencia ya fosilizada de un pasado, más o menos remoto, hoy superado. Otras, en cambio, tienen plena validez y significación vital para el presente; éstas y sólo éstas constituyen la cultura. De donde se colige que la cultura no es un sistema definitivo sino particularmente dinámico en la vía de incesante rectificación, ampliación, restauración, etc.

Si ahora suponemos que alguien pretendiera vivir de ideas ya caducas, sin vigencia, se expondría naturalmente a llevar una existencia inferior, a estar, por lo menos, desubicado de su tiempo. Pero si extremando las cosas suponemos que alguien intentara vivir con prescindencia total de la cultura, es decir, sin pensar, ni reflexionar, ni meditar, ni planear su destino, este raro espécimen tendría que ser forzosamente infrahumano; o un robot de conducta puramente mecanizada o un animal impulsado por los resortes ciegos del instinto. De suerte que el hombre para vivir como tal no tiene más remedio que pensar, no tiene más remedio que tender a ser culto. No tiene otra alternativa. Con la advertencia de que, si piensa equivocadamente o si llega a ser auto-infiel, comportándose en desacuerdo con lo que piensa, vive mal, en angustioso desgarramiento interior. Mas si piensa bien y traduce sinceramente en actos sus pensamientos, “encaja” en sí mismo y eso de encajar en sí mismo es, según Ortega, precisamente la definición de la felicidad.



Última década del arte colombiano*

Marta Traba

Es muy difícil evaluar el arte en un país aislándolo en una década, cuando las formas artísticas mantienen un flujo continuo y los más jóvenes acusan permanentemente las influencias de sus antecesores.

Sin embargo, los cinco últimos años de la vida artística colombiana han sido marcados por sobresaltos, rupturas francas con el continuismo de las tendencias más fuertes, insubordinación de los jóvenes, nuevas propuestas. Y el hecho que motivó estos planteamientos fue el Primer Salón Intercol de Pintura y Estructura Joven, ideado y organizado por el Museo de Arte Moderno de Bogotá en 1964.

En el gran debate público que siguió a la inauguración de este Salón, el Arte Nacional fue diseccionado rudamente: se analizó, se pusieron de relieve sus dominantes y se discutió vivamente acerca de las probabilidades de ampliar o modificar un panorama que parecía paralizado por el respeto sagrado frente a la generación obregoniana.



* Revista Aleph No. 1 (Octubre de 1966; pp. 21-23). Corresponde a conferencia dictada por la autora, sin papel en mano, en la semana cultural cumplida en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Manizales. Su autora se ocupa de su mirada a la pintura desde mediados de los años 50 a mediados de los años 60, siglo XX.

La historia del arte colombiano, como casi todas las de los demás países de Latinoamérica, es de una simplicidad lineal. Se la puede incrustar sin inconvenientes en el esquema general que vale para todo el continente. A principios de siglo, pintura obediente a dos direcciones igualmente momificantes: una, la del realismo dirigido por la Escuela de San Fernando, en Madrid; otra, la que, derivado de los impresionistas, consideraba una audaz modificación de la pintura trabajar con pinceladas visibles y con colores claros o estridentemente luminosos.

El segundo paso común es el despertar del nacionalismo pictórico en los años 20, estimulados por el arte mexicano que se pliega a los dictados de la Revolución Agraria. Nacionalismo, sinónimo de crónica, de trascripción literal o demagógica de la realidad, de paralización de las búsquedas estéticas, de orientación del arte hacia las circunstancias provincianas y transitorias, en cambio de indagar los temperamentos y constantes nacionales o continentales.

Desde 1920 a 1940, Colombia practicó este tipo limitativo de nacionalismo artístico. En el 40 comenzó a trabajar el pintor que se convertiría en el hombre mayor del arte nacional: Alejandro Obregón. A lo largo de quince años, Obregón fue perfeccionando a través de distintas etapas de construcción, color y espacio, un estilo individual cada vez más acusado. En la base de este estilo, sus tendencias románticas y barrocas, su gusto por sorprender y deslumbrar, su profundo y real sentido pasional de la pintura, su convicción de que la obra debe convertirse en un organismo de carne y hueso, fueron fortaleciendo y definiendo con progresiva precisión sus argumentos formales. Espacio, color y acumulación de las formas en zonas determinadas, se constituyeron en el trípode, la estructura sobre la cual podían desplegarse ampulosamente aquellos principios. Un espacio ilímite, capaz de generar una vasta resonancia a las imágenes. Imágenes logradas por pequeñas acumulaciones barrocas, frenéticas, de detalles decorativos, rutilantes. Un color resuelto por irrupciones, fognazos, desgarramientos de las zonas tranquilas. Y los tres elementos, espacio, color y formas, siempre planteados como contradictorios, espoleados dialécticamente para lanzarse unos contra otros. Las imágenes afirmándose contra el nihilismo del espacio. El color conducido a una neutralidad fúnebre por los grises, y luego despedazado por los amarillos y los verdes o azules electrizantes.

Tan poderosa personalidad, (dispuesta además a revocar la condena injusta contra la figuración y el tema que se produjo como reacción al realismo mexi-

cano), demostraba con su obra que sí era posible referirse a Colombia sin caer en la crónica barata y probaba que sólo una pintura con firmes propósitos estéticos podía sobrevivir y ajustarse sin desmedro a la gran corriente creativa del siglo. Su lección fue seguida de un modo demasiado literal. Coincidiendo con el afianzamiento del prestigio de Obregón, surgen en Colombia sus copistas disimulados o descarados. El arte nacional sufre una epidemia de romanticismo, las formas se tornan evasivas, los colores se desvanecen, se siembran aquí y allá pequeños espacios metafísicos, las superficies pintadas se resienten de grafismos amarillos puestos sin ton ni son. La crítica denomina “expresionismo romántico” a la conducta que siguen (y en cierto modo DEBEN seguir) los artistas colombianos. Mientras Obregón, involuntariamente desde luego, ejerce esta presión que tiende a unificar el arte bajo una sola visión, otros artistas de talentos firmes, pero menos seductores como Guillermo Wiedemann, Antonio Roda, Eduardo Ramírez Villamizar, realizaban sus excelentes obras sin llegar a ejercer una influencia visible sobre las nuevas generaciones.

Fernando Botero, en cambio, comenzó a suplantarse la irradiación de Obregón. Su pintura, demasiado ubicada en una órbita personal, no se prestaba a convertirse en una “estética general”, a la manera de la de Obregón. Pero su posición independiente con respecto a Obregón y las tendencias crecientes hacia la “liquefacción” de la pintura en un desorden abstracto-romántico, representaron un formidable punto de divergencia. Botero le devolvía a las formas su pleno poder de expresión: contrariamente a Obregón, les daba precisión y peso. Negaba la noción trascendente de espacio y las obligaba a llenar casi por completo un puro espacio físico. Ese regreso brutal a lo físico, potenciándolo con un gigantismo deformante y permitiéndole al tiempo burlarse de modo casi sangriento de sí mismo, era un hachazo contra el romanticismo. Ni filosofía, ni trascendencia, ni fuga, ni pasión: la pintura para Botero era sólo una forma, enorme y grotesca: espacio, color, dibujo, existían sólo en función de la forma. La exageración del concepto formal implicaba una verdadera creación: intrépida, beligerante. Botero fue el primero que abrió una brecha seria en el universo mágico de Obregón.

Sin embargo, el Primer Salón Intercol de Artistas Jóvenes demostró la persistencia del prestigio obregoniano.

Hasta la propia obra premiada de Fernando Botero fue una naturaleza muerta con frutas de una extraordinaria delicadeza tonal que neutralizaba la agresividad de los tamaños y proporciones. El segundo premio se le concedió

a Nirma Zárate, una excelente pintora joven que ha perfeccionado las transparencias y los espacios del “expresionismo romántico” colombiano. Obregón y Roda, cuyo planteamiento estético es también puramente emocional, aparecían numerosas veces en las obras de los jóvenes. El purismo y el pop-art tuvieron muy pocos representantes. Sin embargo, fueron asimilados al pop-art (sin exactamente serlo), dos artistas de gran interés: Carlos Rojas, que presentó unas composiciones con corsés y prendas interiores pegadas y pintadas de blanco jugando con zonas de color unido, y Gastón Betellí, nombre desconocido en ese momento y que de inmediato cobró relieve por la originalidad de sus grandes composiciones en madera negra con figuras irrisorias.

Las discusiones públicas llevaron a la convicción de que la pintura colombiana joven se consideraba saturada del romanticismo y también de la elegancia formal; que deseaba manifestar esa saturación dirigiéndose a metas opuestas; que quería sacudirse, revelar de algún modo el estado profundo de crisis nacional; volverse violenta, escatológica, que deseaba agredir, denunciar, revolver en los problemas sexuales; o reinventar, escapar de los grandes nombres nacionales, mirar hacia el pop, la neofiguración, el arte otro.

Estos planteos fueron recogidos por el Museo de Arte Moderno de Bogotá, que decidió orientar su programación de 1965 aceptando el reto de los jóvenes disidentes y a su vez obligándolos, con el compromiso de una exposición individual, a asumir la responsabilidad entera de sus gestos y sus protestas. El resultado ha sido francamente positivo. El campo focal de la pintura se ha reabierto, penetran nuevas corrientes y los padres no se llaman Obregón o Botero sino Millares, Kennedy, Dubuffet, Bacon, Karel Appel, Rauschenberg.

El peor peligro que puede amenazar a nuestras expresiones artísticas locales es autoconvencerse de que sí han llegado a un estilo nacional, cuando apenas comienzan a investigar, sin mayor método ni gran disciplina, en el simple acontecer de la política, la economía o el pensamiento local. El magnetismo de Obregón hizo pensar, por un momento, que la pintura colombiana era Obregón, convirtiendo así, abusivamente, un acto personal en un postulado estético a medida del que quisiera emplearlo. Hoy día parece que hubiéramos ido hacia atrás en el proceso de búsqueda de nuestra propia personalidad, porque la pintura ha perdido la unidad aparente que le confirió Obregón y resulta descuartizada entre toda clase de posiciones disímiles. Norman Mejjía, Pablo Solano, Luis Caballero, Pedro Alcántara, Miguel Ángel Cárdenas, pueden pintar como Saura, o Klee, o Bacon, o Cuevas, o Appel, sin que nada

los incite a aglutinarse. Sin embargo, no es un retroceso, es lisa y llanamente un acto de sinceridad: habíamos comenzado a fingir que teníamos un temperamento común que expresar. No fue cierto. Más cierto es redescubrir en casi todos los jóvenes una inclinación barroca, un desafuero, una desesperación que en Colombia tiene un nombre temerario: violencia.

La violencia, que es un hecho real, más que el romanticismo, que es una fuga, puede ser una motivación efectiva del arte colombiano. Pero esto ya es entrar de nuevo en el campo de las hipótesis, de las especulaciones. Lo real es que ya hay en Colombia una pintura exportable de buena calidad y que las jóvenes generaciones no se han resignado a seguirla pasivamente, sino que desean controvertirla y superarla. Lo cual, es decir, en otras palabras, que el arte colombiano está vivo y se ha negado a dormitar en la zona de los conformismos provinciales.

ISSN 0170-0216

aleph



julio/septiembre 2016, año L

N° 178

Existir en tiempos de pandemia

Carlos-Alberto Ospina H.

En cambio, los sobrevivientes buscaron piras funerarias ya encendidas, agregando amigos y familiares al incendio.

Tucídides. *Sobre la peste de Atenas del s. IV a C.*

Presentación

Para comenzar debo advertir dos cosas: 1. Lo esencial del presente escrito, en mucha medida se sumerge en el ambiente de incertidumbre, confusión y temor que generó en todo el mundo el brote pandémico de 2020, por ello se debe tomar como un registro de lo que sentimos y vivimos aquel año crítico y excepcional y 2. Casualmente, en el mes de abril de 2021, a mi esposa y a mí nos atacó, cabe decir, con virulencia, la COVID-19; por fortuna para ambos, al final sin consecuencias. La experiencia fue físicamente dura y devastadora para el ánimo; es inevitable entonces que también muchos de los sentimientos despertados con ella asomen en estas páginas, dado que fueron elaboradas justo por esos momentos.

Dice un proverbio chino que “El leve aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo”. Y





De izquierda a derecha: 'Sopa de Wuhan', "Las musas inquietantes" (G. de Chirico) y "Plaza" (G. de Chirico)

efectivamente, lo que hacia finales de 2019 comenzó siendo un rumor local en China y después una noticia alarmante para el mundo, hacia comienzos de 2020 terminó convirtiéndose en un hecho global catastrófico. Un pequeño virus, el virus de la asfixia, ataca mortalmente solo al ser humano quien, entre todos los seres vivos, es el único que justamente, a la vez, ataca de manera implacable a todas las demás criaturas vivas. “Invisible, impalpable, etéreo, casi abstracto, el coronavirus ataca nuestro cuerpo. Ya no somos solo espectadores: somos víctimas. Nadie se salva. El ataque fue lanzado al aire. A escondidas, el virus ataca el aliento, te quita la respiración y provoca una muerte horrible. Es el virus de la asfixia”, lo describía la filósofa italiana Donatella Di Cesare en 2020 (p. 10).

En cuestión de pocos meses nos vimos enfrentando algo que jamás habíamos experimentado ni conocido; algo desconcertante e inaudito. Cabe, entonces, preguntarnos ¿qué conocimiento nos deja esta inédita experiencia?, ¿cómo modificó la percepción de nosotros mismos y de la realidad actual?, esta nueva experiencia ¿ha logrado transformarnos?, ¿en qué? Estas y muchas otras preguntas aparecen en medio del miedo y el desconcierto generales, y solo algunas de ellas orientarán el presente escrito. Pero llaman nuestra atención de manera especial las siguientes: ¿Será posible volver a la “normalidad”?, ¿lo que vivíamos antes de la pandemia, era en verdad “normal” como para querer su retorno?, ¿cabe esperar un nuevo comienzo?, ¿seguiremos siendo los mismos que hemos sido hasta ahora?

1. Confinamiento total

El 11 de marzo de 2020 la Organización Mundial de la Salud reconoció que nos encontrábamos ante una pandemia de consecuencias imprevisibles. En la medida en que rápidamente se difundieron las noticias sobre el creciente

número de muertes y de las medidas de confinamiento obligatorio que iban tomando los gobiernos en todo el mundo, también aumentaba el pánico y desolación colectivos. Durante el confinamiento total en gran parte del primer semestre de 2020, el coronavirus le arrebató “los cuerpos al engranaje de la economía” (DiCesare, p. 12) y ésta colapsó en términos nunca imaginados; ciudades, pueblos, vías y autopistas quedaron solos; las personas se encerraron en sus casas expectantes, incrédulas algunas, confundidas casi todas; la febril actividad humana, cual corazón del mundo, redujo de forma considerable sus pulsaciones y, quizás por primera vez en la historia de la humanidad de los últimos dos siglos, se detuvo de manera formidable la agresión a la naturaleza. El efecto mágico de esto último fue ver rondar libres, en los claros de bosque e incluso en las calles y vecindarios de las ciudades, criaturas que hasta entonces andaban escondidas de esa especie invasora y mortalmente agresiva que es la especie humana; las aguas de los mares y ríos se tornaron cristalinas, la atmósfera devino transparente y limpia, el azul del cielo se hizo más intenso y el mundo, en general, tuvo sus meses de respiro.

El dominio soberano del coronavirus puso de presente nuestra fragilidad, pero también la profunda desigualdad en el mundo. La pandemia incrementó las desigualdades. El confinamiento golpeó con más hondura a quienes siempre han sido los más desprotegidos y vulnerables. En gran parte del mundo, el confinamiento en el hogar sólo fue concebible para quienes tenían un ingreso fijo garantizado y las clases privilegiadas, mientras que para la gran mayoría condujo directamente al desempleo y al hambre. Los espacios de las viviendas adquieren hoy proporciones tan inhumanas que hablar de confinamiento se convirtió en un suplicio y en una afrenta a la dignidad personal.

En un mundo así resultaba inimaginable, por ejemplo, un confinamiento como el que vivieron un grupo de 10 jóvenes, quienes en el siglo XIV se protegían de la peste negra y se encerraron en un palacio en las afueras de Florencia donde se dedicaron a relatar cuentos eróticos, narrados en el *Decamerón* de Boccaccio. Nuestra época reemplaza el placer del relato oral por sandeces rápidamente monetizadas por cantidad de likes y el confinamiento no significa liberarnos del peso de las actividades productivas para dedicarnos a gozar de la vida por fuera del trabajo. Pero reconozcamos de nuevo el hecho de que la opción de experimentar las posibilidades que abre el encierro, es privilegio de muy pocos porque la mayoría de las personas en todo el mundo, en países pobres sobre todo, tienen por prioridad sobrevivir y ello las obliga a salir a enfrentar la lucha por la vida.

La pandemia, según Boaventura de Sousa, está siendo un drama global, mientras la fragilización que produce resulta muy selectiva. Ha afectado principalmente a las poblaciones ya vulnerabilizadas por pandemias anteriores de las que han sido víctimas durante décadas e incluso siglos: las de la pobreza, el hambre, el desempleo, la falta de acceso a la salud y a la vivienda, la discriminación racial y sexual, la brutalidad policial. ...Hay progresos, pero no hay Progreso. El crecimiento económico infinito, la mercantilización de los bienes esenciales (el agua, por ejemplo), el capital financiero no regulado y la obsolescencia programada de los bienes de consumo son potenciadores de crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza. (De Sousa). La restricción a las libertades individuales fue impuesta por los gobiernos con el pretexto de proteger la salud y la vida ciudadanas, lo que hizo temer que se convirtiera en costumbre aceptar la pérdida de libertad por razones de seguridad y que el debilitamiento de la vida pública se considere como una consecuencia inevitable de esa restricción para que el estado no pierda el control. Pareciera ser, afirmó Giorgio Agamben (17 de marzo de 2020), que con el pánico inicial la vida se redujo a una condición puramente biológica y perdió todas las dimensiones, no solo sociales y políticas, sino incluso humanas y afectivas, por lo que la realización de tales dimensiones fue aplazada en aras de salvar la vida desnuda, por lo que se hizo mayor la amenaza a las democracias y a los derechos humanos.

2. Primeras reflexiones

La aparición del coronavirus constituyó un hecho global muy perturbador, pero dadas las características y el curso que tomó su amenazante expansión en todos los países, ya no se trata de un hecho que se pueda categorizar con precisión, sino de un acontecimiento que no admite una sola mirada o visión, razón por la cual solo podemos hablar de manera aproximada acerca de su impacto y efectos sobre la existencia humana.

Pandemias ha habido durante toda la historia, pero la actual se puede considerar el primer evento genuinamente global de la historia de la humanidad, debido a la asombrosa velocidad alcanzada en las comunicaciones y la intensidad de los intercambios y movilidad en la era de la globalización, todo lo cual provocó en 2020 la primera cuarentena global de la historia y paralizó la economía mundial. Por primera vez un ser invisible y desconocido, casi inmaterial, paralizó toda la civilización humana de la tecnología, o, en el mejor de los casos, la hizo caminar jadeante en un esfuerzo desesperado por volver a

imponer la dinámica de un mercado que arrebatara la voluntad de los individuos y la autonomía de las naciones.

En casi todos los países el número diario de muertes aumentaba hasta límites insospechados, mientras muchos de sus gobernantes se burlaban de las recomendaciones que pedían tomar medidas urgentes de bioseguridad; los sistemas de salud colapsaron y los muertos eran llevados a fosas comunes o cremados. Fuimos testigos de escenas solo concebibles durante la Edad Media o durante las pestes de los siglos XVII y XIX, la de personas que morían en las calles ante la imposibilidad de recibir atención oportuna y la cremación masiva de cadáveres en las calles de las ciudades, como ocurrió en la India, incluso después de descubierta la vacuna. No había duda de que la humanidad enfrentaba una “experiencia límite” de las que habló Jaspers; según él, las “experiencias límite” son las que conducen a la reflexión filosófica: la muerte, la soledad, el dolor, la angustia, la melancolía, entre otras. Sin tales experiencias que nos desdibujan ese cuadro minúsculo en el que habitamos difícilmente habría reflexión filosófica.

Y en medio de la catástrofe, la filosofía a menudo se deja tentar por lo apremiante de los hechos y mucho más si son desconcertantes y carentes de sentido, como al principio lo fue la aparición y rápida propagación mortal del coronavirus en el mundo. Por eso reconocidos filósofos se precipitaron a dar su opinión sobre tal hecho; opinión que terminó siendo confusa y tan desconcertante como el fenómeno del que estaban hablando. Tomar las cosas con prisa o apresurarnos a decir algo, según Emmanuel Levinas termina reduciendo “la otredad” a la “mismidad”, quiere decir, por extraña que sea una experiencia la reducimos a lo habitual, a lo propio, a lo común y conocido. O la vinculamos a creencias atávicas, a teorías conspirativas o simplemente la negamos. Y, así, sin haberla digerido aún, queda de nuevo hundida en las sombras de la incompreensión; por eso la filosofía requiere tiempo para cumplir mejor su función reflexiva y orientadora. Y quizás fue ello lo que le ocurrió al conocido filósofo italiano Giorgio Agamben, el primero en manifestarse sobre la pandemia. En un artículo titulado “La invención de una epidemia” que apareció el 26 de febrero de 2020, días antes de que la OMS la admitiera oficialmente, Agamben sostuvo que solo se trataba de un gripa –una *gripaña*, repetirá después Bolsonaro- y que “ante las frenéticas, irracionales y del todo injustificadas medidas de emergencia para una supuesta epidemia debida al coronavirus... se manifiesta una vez más la creciente tendencia a utilizar el estado de excepción como un paradigma normal de gobierno” (Feb. 26 de 2020). E insistirá en que

“en realidad, vivimos en una sociedad que ha sacrificado la libertad por las llamadas ‘razones de seguridad’ y que se ha condenado por esto a vivir en un estado perpetuo de miedo e inseguridad” (Feb. 26 de 2020).

Por su parte, el filósofo esloveno Slavoj Žižek, opina que quizás existe “otro virus ideológico, mucho más beneficioso, se extenderá y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del Estado nación, una sociedad que se actualice a sí misma en la forma de la solidaridad y la cooperación global”. Esta es una cierta manera de “reinventar el comunismo basándonos en la confianza en la gente y la ciencia (Žižek, 2020), porque, según él, la epidemia del coronavirus es una especie de ‘técnica de combate’ mortal dirigida al sistema capitalista global” (Žižek, 2020).

Ante el pesimismo de Agamben y el optimismo de Žižek, el coreano Byung-Chul Han, mucho más lúcido y realista, en una entrevista, concedida en marzo 23 de 2020, al País de Madrid, consideró que “el virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución... ni genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. ...No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confiemos en que tras el virus venga una revolución humana. Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta” (Han, marzo 2020).

Lo cierto del caso es que el virus y su mortal expansión causaron pánico en todo el mundo, y hoy produce temor que podría generalizarse de nuevo, con los rebrotes de las variantes delta y ómicron. Han afirmó que el motivo para tremendo pánico, otra vez tiene que ver con la digitalización. La digitalización elimina la realidad. La realidad se experimenta gracias a la resistencia que ofrece, y que también puede resultar dolorosa. La digitalización, toda la cultura del “me gusta”, suprime la negatividad de la resistencia. Y en la época posfáctica de las *fake news* y los *deepfakes* surge una apatía hacia la realidad. Así pues, aquí es un virus real, y no un virus de ordenador, el que causa una conmoción. La realidad, la resistencia, vuelve a hacerse notar en forma de un virus enemigo. La violenta y exagerada reacción de pánico al virus se explica en función de esta conmoción por la realidad.

Para el filósofo francés Jean Luc Nancy, quien falleció hace algunos meses, era exagerado considerar, como Žižek, que las medidas de excepción y

la imposición de una disciplina biopolítica pongan en riesgo la democracia; además, en respuesta a Agamben, aunque la gripe mata personas no es comparable con el poder mortal del coronavirus, que por entonces era extremo si recordamos que tales opiniones surgieron en un momento en el que aún no existía la vacuna.

Estas y otras reflexiones, escritas todas entre febrero y marzo de 2020, fueron recogidas en un libro electrónico que comenzó a circular gratis, titulado *Sopa de Wuhan* y el subtítulo *Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Resultado quizás de la premura por encontrarle un sentido a la agobiante experiencia que se vivía, también los editores se sintieron obligados a divulgar pronto lo que se pensara y dijera sobre la situación, que no fueran solo notas periodísticas. Los editores de la *Sopa de Wuhan* justo cayeron en la turbulenta actitud que tomó Occidente de encontrar un culpable, un chivo expiatorio del desastre que en esos comienzos de 2020 se vivía, y acriticamente acogieron el rumor sobre su causa y origen. Los artículos que reproduce el libro no son lo problemático, sino el aliento que le transmite la portada.

El fondo de la portada es un collage de grabados de murciélagos dibujados por Ernst Haeckel (exponente de una teoría evolutiva racista del siglo XIX de la que se sirvieron las ideologías fascistas en Italia, Francia y Alemania) y sobre ese collage, con mayúsculas en amarillo y fondo gris oscuro, se muestra el título. Él hace eco a la estigmatización que, gracias a ciertos gobernantes como Trump y las redes, cayó sobre una ciudad y un país. “El juego de palabras que podría ser visto como algo inocente, creativo y que podría referirse a la reunión de miradas sobre el tema en una ‘sopa’, también alude a un cierto imaginario que ‘cosifica el motivo y la culpa a la sopa’ y por lo tanto complementa a la imagen, los murciélagos, que van acompañados peligrosamente por una geolocalización: Wuhan” (Soto, 2020).

Lo importante es tener en cuenta que a la filosofía el afán y la premura le caen mal, pero también le cabe la responsabilidad de intervenir de manera oportuna para no dejar que las habladurías, las falsas noticias y la confusión total se impongan en el pensamiento y el lenguaje, incrementando la sensación de desconcierto y desamparo en el que muchas personas están. La filosofía debe procurar dar alguna orientación, una palabra, un nombre, un sentido que permita comprender mejor la situación y, de esta manera, ayudar a asimilarla y prepararnos mejor para enfrentarla. Nos encontramos, sin embargo, en la situación paradójica de que la pandemia en la que estamos hace dos

años, aunque atenuada aún no termina, de suerte que lo que ahora digamos también lleva cierta prisa, pero a la vez podemos ver con menos premura lo que aconteció durante el aterrador año de 2020, tanto como lo que ha venido sucedido hasta hoy.

3. La condición humana a prueba

Una de las primeras cosas que se hizo crudamente manifiesta con la pandemia del coronavirus es también un hecho indiscutible para todo el mundo: la fragilidad humana. Lo sabemos pero muy pocas veces lo pensamos, solo ahora cuando nos vemos asediados por un enemigo casi invisible que a todos nos hunde en la incertidumbre, a muchos en el miedo y a otros tantos en la angustia permanente por la suerte de ellos mismos y de los suyos; ahora, cuando muchos son atacados o hemos sobrevivido a su ataque, sintiendo que lentamente se apagan, sin fuerzas siquiera para experimentar temor por la posibilidad de un desenlace fatal. Fragilidad que nos golpea con mayor crudeza cuando, vencidos por la COVID-19, hoy tenemos que enfrentar la partida de nuestros seres más queridos con un dolor de suyo intransferible; dolor cuya aciaga presencia invade y conmueve a los amigos más cercanos. La fragilidad nos hace huéspedes de la tierra, de la condición finita y pasajera que nos define, propia de la condición humana, y nada tiene que ver con una esencia fija.

Contra lo que se podría pensar, en la filosofía y la antropología se viene hablando apenas muy recientemente de la condición humana, desde mediados del siglo XX. El primer libro que apareció bajo el título de *La condición humana* es una novela de André Malraux publicada en 1933; posteriormente, en 1958, con el mismo título se publicó el maravilloso libro de Hanna Arendt y después, en 1985, se editó *Humana Conditio. Consideraciones a la evolución de la humanidad*, del sociólogo Norbert Elias. Tal idea es importante porque reemplaza la idea de una naturaleza humana inmodificable, permanente y universal que nos define como seres humanos. Hasta muy entrado el siglo XX se consideraba al ser humano una criatura racional y superior a los demás seres de la naturaleza, lo que le hacía suponer que mediante el uso de la razón era capaz de superar todo desastre y tragedia. Pero otra cosa dice la condición humana, si en verdad la razón es lo que nos define ¿la humanidad si superó los embates genocidas del pasado y aprendió de ellos para no repetirlos jamás?, ¿el cierre arrogante y violento de fronteras y la negativa de las farmacéuticas a liberar patentes de las vacunas, es acaso muestra de solidaridad?, ¿los países

ricos acaparando vacunas, anunciando incluso la aplicación de una tercera y cuarta dosis a sus ciudadanos, cuando otros pueblos no han podido acceder siquiera a las primeras?, ¿acaso confundimos recuperación económica con restauración de los sutiles tejidos de la existencia perdidos?, atendiendo a las advertencias y contundencia de los hechos, ¿protegemos en verdad la biosfera? Quizás lo que sucede es que creemos que el ser del hombre lo define su racionalidad porque ésta la entendemos solo como la racionalidad del mercado, la producción y la mercancía que todo lo nivela, mientras que cuando el individuo singular intenta construir espacios amables de convivencia, padece el embate de pasiones brutales y le invaden sentimientos de desamparo e indolencia ante su lucha por sobrevivir.

Situaciones extraordinarias como las que vivimos son las que llevan a la necesidad de pensar de nuevo en la condición humana y en las situaciones específicas de la existencia en momentos de perplejidad y desconcierto. También a revisar las formas más generales de las relaciones que hemos construido con el mundo natural y con los demás, y a imaginar nuevas formas como hemos de organizar nuestra vida en común. Fue lo que pasó con Hanna Arendt y Norbert Elías cuando sacaron a la luz la noción de condición humana, en el marco de dos de los más dramáticos momentos del siglo XX, la segunda guerra mundial y el holocausto judío. Aunque, como afirma Žižek (2020), también es “cuestión de reflexionar sobre el triste hecho de que necesitemos una catástrofe para ser capaces de repensar las características básicas de la sociedad en la que vivimos” y de nuestras maneras de ser y habitar el mundo; pero es propio de la condición humana la tendencia a dejarnos absorber por lo habitual y ordinario, a hundirnos en la dimensión de la virtualidad y la publicidad y terminar dominados por la tendencias de moda. A la vez hay que comprender que las situaciones adversas y excepcionales forman parte de la vida humana y son ellas las que con mucha frecuencia nos sacan de ese aletargamiento en que por comodidad tendemos a quedarnos. Una pandemia como la que vivimos y el confinamiento total en que estuvimos fueron un sacudimiento brutal, un llamado de atención para pensar en asuntos a los que seguramente nunca hubiésemos atendido.

Me voy a referir de manera breve a dos acontecimientos que surgieron con la pandemia, uno ya pasó, pero cuya repetición puede darse y otro, del que no terminamos de asimilar su impactante aparición y, aunque en menor medida, continúa vigente entre nosotros. El primero, el confinamiento total que vivió el mundo en 2020 y los intermitentes y locales confinamientos que le han se-

guido; y el segundo, la experiencia de la muerte en soledad y la necesidad de cuidar de la existencia humana en la tierra.

4. Las ciudades solas

Cuando el “quédate en casa” fue algo más que una invitación en tiempos de pandemia y se convirtió en una orden, los espacios públicos quedaron vacíos y la desenfrenada agitación de las ciudades se redujo casi a cero. “Las calles vacías de la ciudad proporcionaban la imagen de un mundo no consumista a gusto consigo mismo” (Zizek). Y como si se tratara de una trágica ironía para el ser humano, mientras muchas personas luchaban y luchan en sus hogares y en hospitales por respirar, por recuperar el aliento que se pierde, la naturaleza lo recuperó y tuvo un gran respiro. Con la parálisis mundial, la pandemia hizo realidad un experimento que jamás el hombre y los gobiernos hubiesen hecho por voluntad propia, de dejar tranquila la naturaleza, de acallar el ruido del mundo industrial y de apagar por un momento la descomunal máquina de producción capitalista; no hubo aviones en el cielo, ni enormes barcos surcando los mares; circularon muy pocos autos, trenes y motos por calles, carreteras y vías veredales. La naturaleza, entonces, gozó la oportunidad de expandir vida sin enfrentar contaminación y el creciente deterioro ambiental.

El ritmo de la vida pública y productiva fue reemplazado por otro ritmo, el del hogar, cuando la casa se tragó la ciudad. Asomarnos afuera o haber tenido la poca oportunidad de salir, era impregnarnos de una opresiva y silenciosa inmovilidad. A comienzos del siglo XX el pintor italiano, Giorgio De Chirico, frente a la amenaza latente de la primera guerra y los momentos de incertidumbre que se vivían en los años de preguerra, consiguió darle en su obra, cuyos modelos eran paisajes urbanos, como las plazas de Turín y Florencia, expresión muy convincente a sentimientos similares a los que despertó la traumática inquietud de aquellos meses de confinamiento total y obligatorio que vivimos en el 2020. Las pinturas de De Chirico que el propio artista calificó de metafísicas, consisten en la representación de espacios abiertos sin vida humana, poblados solo por esculturas sin rostros que proyectan largas sombras.

En ellas se asoma el sentimiento de una amenaza permanente, de vacío y soledad (Ruhrberg, 2005, 133). Es la proyección de espacios metafísicos llenos de una profunda melancolía, un gran soledad y una vaga inquietud” (Ruhrberg, 2005, p. 133). “Las imágenes estilizadas, la perspectiva ilógica y

las densas sombras engendran una atemorizante sensación acentuada por la completa ausencia de personas. Hay abundantes pruebas de existencia humana..., pero no hay nadie: el lugar está desierto. El cielo es de un azul brillante, pero el aire está lleno de una melancólica amenaza y desasosiego” (Gomperz, 2013, 284). Es difícil tratar de describir el sentimiento que despertaron las ciudades vacías en todo el mundo y el consecuente confinamiento en los hogares, sobre todo porque los afanes y condiciones son muy diferentes. Para la mayoría de ciudadanos resultaba perentorio salir a buscar cómo sobrevivir, pero no se les permitía; mujeres para quienes el hogar era una amenaza, más que un refugio; y otros para quienes fue la oportunidad de reencuentro con los suyos y consigo mismos.

Lo reiterativo es que durante el día y la noche, las ciudades por meses estuvieron vacías, parecían fantasmas de pesadilla que no hablaban porque la gente fue a quedarse en casa. En un intento por no dejarlas hundir en el completo silencio, ni romper del todo los lazos ciudadanos y por mantener viva la esperanza, calles barriales y balcones sirvieron de escenarios para músicos o cantores improvisados. El virus logró impregnar su letalidad y pesadumbre en todo lo que nos encanta frecuentar: los cafés, plazas de mercado, las salas de cine, restaurantes, bares y discotecas, etc. Ir por senderos de parque, cruzar andenes, caminar calles, tomar un taxi o ir libremente de un lugar a otro, marcando los ritmos de la vida pública. En definitiva, todo ese acontecer dibujó una ciudad marcada por un virus que agotó la ritualidad presencial asociada a la fiesta social y popular, el acompañamiento al duelo, la feria, el carnaval y la movilización, por lo menos en la manera tradicional que solía hacerse. Una expresión de síntesis a esta caminata realizada por la COVID-19 se resume en: #QuédateEnCasa, pero sin la calle (Altamar, 2020, p. 57).

5. La muerte y el cuidado

“Vivir en medio de una peste es como estar exiliados”, escribió Albert Camus. Y efectivamente la experiencia del confinamiento, del aislamiento social y del uso de las mascarillas, nos hace sentir extraños en un mundo que tuvimos como nuestro, vitalmente compartido, con sus comunes afanes habituales y cotidianos. Los padres se separaron de sus hijos, los abuelos de sus nietos, los amantes, las familias de sus muertos. Y no ha habido experiencia más cruel que enfrentar la muerte inesperada de nuestros seres queridos y amigos, justo cuando se dio el rompimiento abrupto de los rituales de despedida como

el funeral convocante. “Un funeral es por definición una experiencia comunitaria donde el dolor que genera la pérdida de un ser querido se sobrelleva con el apoyo y gracias a la solidaridad de otros que nos acompañan en ese momento. La presencia de familiares y amigos en esos momentos es dolorosa porque hace evidente la ausencia de quien ya no está, pero al mismo tiempo nos refuerza en la certeza de que no hemos de continuar nuestra existencia en el vacío: la vida sigue y ellos estarán ahí para acompañarnos” (Chernilo, 2020). Pero en 2020 sobre todo, ni siquiera ese acompañamiento podía expresarse con continuidad, porque rondaba cierta incertidumbre y zozobra para el encuentro cotidiano con quienes sabíamos nos acompañaban en el dolor.

Y quedamos solos, pero también, por razones de bioseguridad, muchos de esos seres queridos murieron aislados y solos; y ante la magnitud de la tragedia, fuimos testigos de cómo en varios países sus cuerpos terminaron en fosas comunes o consumidos por el fuego, en las innumerables piras funerarias que fueron improvisadas en las calles de India y otros lugares del mundo. Agamben, más sereno que en su reacción inicial, se pregunta: “¿Cómo podíamos aceptar, solo en nombre de un riesgo que no se podía especificar, que nuestros seres queridos y los seres humanos en general no solo murieran solos, sino -algo que nunca había sucedido antes en la historia, desde Antígona hasta hoy- que sus cuerpos fueran quemados sin un funeral?” (Agamben. Agosto 23 de 2020).

Y, preguntamos nosotros, ¿no es acaso menos cruel la misma experiencia que en nuestro país vivimos con quienes han sido asesinados y cuyos cuerpos no aparecen; con nuestros desaparecidos, cuya despiadada desaparición aplaza la felicidad de un reencuentro o mantiene en doloroso suspenso la confirmación de su partida? En ambos casos, para decirlo con palabras de Agamben, “el umbral que separa a la humanidad de la barbarie se ha traspasado”. Además “si la celebración final de una vida bien vivida se expresa en la congregación de duelo y dolor compartidos en su despedida final, entonces la muerte en solitario parecería expresar su fracaso... y el hecho de vernos enfrentados realmente a tener que *contar* muertos durante varios meses debe traer aparejado alguna clase de aturdimiento moral: ¿cómo compatibilizar esos números con la idea de que cada vida humana es un valor único e irrepetible?” (Chernilo, pp. 6 y 7).

Son estas algunas entre muchas inquietudes que nos deja la pandemia, y sobre las cuales habrá que volver porque evidentemente nuestra vida no será

la misma. Al menos enfrenta interrogantes que seguro antes no tenía. Sabemos que vamos a morir, pero pocas veces como ahora experimentamos su apremiante presencia; reafirmamos la importancia del amor de los otros, la familia y los amigos; de la conversación y del humor; que la comunicación virtual, con los demás y con uno mismo, perturbadora y agotadora, nunca reemplaza los encuentros reales, en los que podemos tener historias, compartir opiniones, miedos, esperanzas y anhelos, con los que nos transformamos de verdad.

Estos encuentros constituyen los refugios personales donde se preserva lo humano. Con ellos se transmiten emociones, se comparten pasiones, se siente vibrar la vida, y por constituir el espacio de la existencia habitual, también son la fuente del arte y la literatura, cuyas configuraciones, narraciones y fantasmas impiden que lo humano se hunda en la barbarie. La pandemia nos recuerda la necesidad de fortalecer estos espacios porque el llamado regreso a la normalidad ha implicado justificar con más virulencia situaciones prepanémicas: entre muchas otras, la economía basada en la desigualdad, el autoritarismo de los gobiernos, el arrogante cierre de fronteras, la dependencia de lo virtual y el empobrecimiento de lo real; el deterioro de la educación y la cultura y la represión policial de la protesta pública, cuya sistemática letalidad se va volviendo común en nuestro país, etc.

Además, ahora que se comienza a controlar la epidemia, el entorno natural vuelve a enfrentar la agresión, quizás de manera más despiadada que antes. Los hábitos de consumo presionan los mercados que se muestran incapaces de responder a la demanda mundial de insumos y productos y los niveles de contaminación se elevan. De nuevo el cielo de las ciudades se oscurece, el aire se vuelve pesado, los ríos se contaminan; los peces y los seres marinos huyen otra vez de las playas turísticas y las criaturas del bosque y algunas fieras que antes se atrevieron a salir, vuelven a ocultarse en los pocos refugios naturales que van quedando.

Por otra parte, resulta inquietante que en esta época de *selfies*, de exhibicionismo y narcisismo descarnado, de comunicación digital descorporizada, la pandemia haya precipitado el hecho de tener que exponernos a diario a la pantalla del ordenador, como ahora, para asistir a clase, a la conferencia, para comunicarnos con los otros y con el teletrabajo seguir en muchas labores productivas. Tales actividades “nos obligan a mirarnos todo el tiempo en el espejo. Sentimos, entonces, cómo cansa contemplar el propio rostro en la

pantalla, y dado que estamos todo el rato frente a nuestro propio rostro, es como si estuviésemos haciéndonos una *selfie* permanente que nos hace dudar de nuestro propio aspecto” (Han, 2021). Por contraste, a quienes una *selfie* constituye un acto de exhibicionismo personal les resulta necesario acicalarse hasta salir perfectos, siempre alegres y gozosos de la vida, para esconder así la vulnerabilidad y la fragilidad constitutivas de la vida real, cuyo recuerdo es avivado por experiencias tan traumáticas como la pandemia.

Lo cierto es que por ello la pandemia hizo manifiesta, como pocos sucesos, la importancia de cuidarnos nosotros mismos, pero también a los otros y a la naturaleza. Los relatos heroicos sobre los cuidadores ocultan el verdadero drama que viven, expuestos al contagio, discriminados muchas veces, trabajando en agotadoras y extensas jornadas laborales, con deficientes sistemas de salud e impotentes cuando la letalidad del virus arrebató vidas. La existencia humana es desde su comienzo puro cuidado, de ahí que sin los quehaceres propios de la vida no es posible sobrevivir. Pero como se trata más que de sobrevivir, también aspiramos a alcanzar, como dicen los griegos, una buena vida que consiste en poder disfrutar de aquellas cosas que le dan valor a la existencia y que tenemos que cuidar, como la salud, la familia, la amistad, el amor; la naturaleza, el aire puro, un ambiente sano, la justicia y el respeto, etc. Las numerosas dificultades que enfrentamos para el disfrute de casi todo ello, justo fue lo que se hizo manifiesto y se agravó con la pandemia; con el estado de alerta en que permanecemos ante la amenaza constante sobre la salud y la vida que representa el virus; el distanciamiento social que ha roto o mantenido en vilo la frecuencia de los encuentros espontáneos y cercanos con los demás, sumado al hecho de que la agresión a la biosfera, el populismo, la injusticia y la creciente desigualdad social impiden a la mayoría de la humanidad no tener esa buena vida, la que merece ser vivida. Somos frágiles y vulnerables no sólo por nuestra propia condición mortal, sino también por los embates externos naturales y sociales que sufrimos.

Y si pensamos en que solo los dioses son invulnerables, para Martha Nussbaum la peculiar belleza de la excelencia humana reside justamente en su vulnerabilidad. “La delicadeza de una planta que requiere constante cuidado no es la dureza deslumbrante de una gema. Aquí parecen coexistir dos tipos de valor, tal vez incompatibles. Quizá la belleza del verdadero amor humano tampoco sea del mismo tipo que la belleza del amor que puede suscitarse entre los dioses inmortales; es decir, el primero no sólo se distinguiría del segundo por su brevedad. El húmedo cielo que cubre a los mortales y restringe sus

posibilidades, confiere, al mismo tiempo, a su medio un esplendor fugaz que, sospechamos, se halla ausente del universo divino” (Nussbaum, p. 29). Por ello mismo, por la fugacidad de nuestra existencia, es preciso cuidarla, igual que la de los otros y la de la naturaleza, sobre todo en épocas de pandemia como la nuestra, cuya amenaza presente también nos recuerda la brevedad constitutiva del esplendor de la vida humana y nuestra condición de huéspedes de la tierra obligados a cuidarla, como todo invitado, por ser el hogar que nos da acogida y a quienes en él, en medio de la infelicidad incluso, nos hacen sentir felices.

Referencias

Agamben, Giorgio. *La invención de una epidemia*. 26 de febrero 2020 y *Aclaraciones*. Marzo 17 de 2020. <https://revistasantiago.cl/pensamiento/la-epidemia-vista-por-agamben/>

Agamben. *Cambia la humanidad*. Agosto 23 de 2020. <https://www.ellitoral.com.ar/corrientes/2020-8-23-1-0-0-el-filosofo-que-trata-de-explicar-la-pandemia>

Altamar M., Luis Alfonso (2020). *Ciudades caminadas por el Covid19*. En: Ortega, Rosa y Sanz, Azahara (coords) *Pensamientos sociales sobre la nueva realidad*. AnthropiQa 2.0.

Amadeo, Pablo [Edit]. *Sopa de Wuhan: pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio). 2020.

Chernilo, Daniel. *La condición humana: pensar la muerte en momentos excepcionales*. Abril 26 de 2020. <https://www.ciperchile.cl/2020/04/26/la-condicion-humana-pensar-la-muerte-en-tiempos-excepcionales/>

Di Cesare, Donatella, 2020. *¿Virus soberano? La asfixia capitalista*. Madrid, Siglo XXI.

De Sousa Santos, Boaventura. Feb 27 de 2021. El País de Madrid. <https://elpais.com/ideas/2021-02-27/entramos-en-un-periodo-de-pandemia-intermitente-tres-claves-para-sobrevivir-segun-el-sociologo-boaventura-de-santos.html?rel=mas>

Gomperz, Will. 2013. *¿Qué estás mirando?* México, Taurus.

Han, Byung-Chul. *La emergencia viral y el mundo de mañana*. https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html?prm=enviar_email

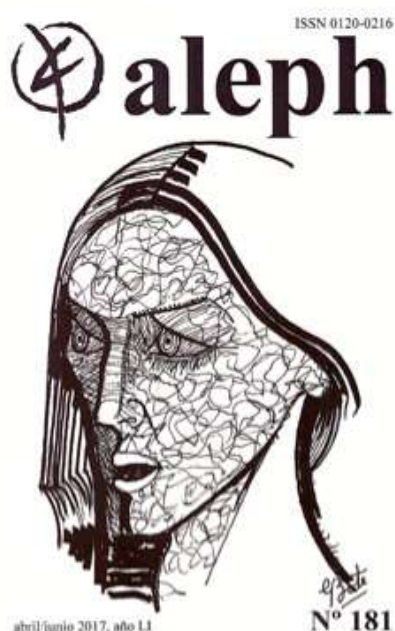
Han, Byung-Chul. *Teletrabajo, “zoom” y depresión*. El País (España), marzo 21 de 2021. <https://elpais.com/ideas/2021-03-21/teletrabajo-zoom-y-depresion-el-filosofo-byung-chul-han-dice-que-nos-autoexplotamos-mas-que-nunca.html>

Nussbaum. 1995. *La fragilidad del bien*. Madrid, Visor.

Ruhrberg, Karl. 2005. *Arte del siglo XX*, Vol I, Taschen.

Žižek, *Un golpe tipo 'Kill Bill' al capitalismo*. Ver en: *Sobre el coronavirus y el capitalismo //Debate Žižek–Byung-Chul Han*. Marzo de 2020. <http://lobosuelto.com/sobre-el-coronavirus-y-el-capitalismo-debate-zizek-byung-chul-han/>

Soto Van der Plas, Christina. *El oportunismo del pensamiento crítico: sobre sopa de Wuhan*. México, Revista Tierradentro, 2020. <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/el-oportunismo-del-pensamiento-critico-sobre-sopa-de-wuhan/>



La cotidianidad distópica de la pandemia: una caja de pandora

María-Cristina Palacio V.

Irene Vallejo, en *El infinito en un junco* (2021), ilumina la consideración de la habitabilidad del pensamiento en una corporalidad situada históricamente. Con este enunciado propongo traducir, en el tatuaje de unas palabras, una reflexión sobre la vida cotidiana, social y familiar durante el tiempo de la pandemia por la COVID-19. Palabras que, a manera de brújulas, ofrecen un sentido para transitar y descifrar los caminos de una realidad distópica que trastocó la “normalidad” y nos envolvió en la explosión de múltiples y complejos laberintos emocionales.



El relato sobre la vulnerabilidad y la fragilidad humana ha sido el anclaje de la irrupción de este orden distópico. La interrupción de la “normalidad cotidiana”, atravesada por el confinamiento, la distancia física, la amenaza del contagio y la cercanía de la muerte problematizó la diversidad de relaciones, vínculos y situaciones. Sumado a ello, la agudización de las desigualdades históricas estructurales y múltiples, y la expansión del precariado¹. Lo incierto, entrelazado con el pá-

1. El precariado anuncia la configuración de una categoría social que va más allá de las convencionales interpretaciones sobre la pobreza histórica, las desigualdades socioeconómicas y la jerarquización de las clases sociales. Indica la fragilidad de las condiciones y calidad de vida, que atraviesa todos los sectores sociales, derivadas de las

nico, se instaló como lógica de la vida, y detonó un desgaste emocional ante la proyección del tiempo: el quiebre de la confianza básica frente a una otredad amenazante y la expansión de discursos sobre el cuidado personal, familiar y social como estrategias de sobrevivencia.

El propósito de empalabrar las resonancias (Duch y Melich, 2009; Duch, 2018; Rosa, 2019) generadas por el “desacomodo de la normalidad cotidiana” se orientó a descifrar la densidad relacional y vinculante en el escenario social de la familia, considerado cultural y políticamente como referente de protección y garantía de continuidad vital y, ahora, en centro de contención y mitigación de la pandemia.

El tatuaje de estas palabras recorre dos argumentos: la instalación del orden social distópico y el vaciamiento de la familiaridad; los cuales, desde una perspectiva sociológica, los ligo a partir de tres categorías analíticas: la distopía, que nombra una realidad inesperada y no planeada, en contravía de la utopía; la cotidianidad como la organización impuesta de prácticas, rutinas y rituales en la interacción social y familiar; y el vaciamiento de la familiaridad para nombrar las dinámicas relacionales y vínculos familiares en el contexto temporal y espacial del confinamiento, derivado de la pandemia por la COVID-19.

La configuración de un orden social distópico con soporte en un nuevo panóptico social

El cronos que se asoma a finales del 2019 y se consolida en 2020 anuda el control y la vigilancia de un nuevo panóptico en el discurso normativo y sancionador del cierre de fronteras, el confinamiento, los toques de queda, las restricciones de movilidad, el pico y cédula, el aforo permitido y la circulación de los datos personales (habeas data), con la narrativa de una moralidad emocional sobre el cuidado de sí y de los tuyos, el “Quédate en casa”, el cumplimiento de las medidas de bioseguridad, la obediencia ciudadana y la distancia física. Un panorama cotidiano que llega sin esperarse; que les pone una frontera difusa y porosa a las libertades individuales, a las obligaciones de sobrevivencia, al peso de la responsabilidad familiar y social, a la consideración de la otredad y a la efectividad y límites de un estado social de derecho.

resonancias políticas, sociales y económicas de la pandemia. Una realidad que se amplía aceleradamente para nombrar la crisis social, económica y emocional que trae esta pandemia.

Vivimos un tiempo confuso bajo la evidencia histórica de la ambigüedad, la incertidumbre y la desigualdad estructural. La singularidad de este instante prolongado pone sin duda alguna la cuestión de la finitud subjetiva y social². Un marco que demanda con urgencia una atención institucional y política con sentido humanista y humanitario, distante de los intereses partidistas, bajo el techo de la solidaridad global, la responsabilidad humana y el cuidado mutuo traducido en los planes de vacunación y la expansión de prácticas de protección y cuidado. Sin embargo, esta realidad, sin precedentes, se enreda en los juegos de poder de las multinacionales farmacéuticas, los laboratorios de investigación biomédica, el pulso de los estados, las jerarquías de los países en correspondencia con sus condiciones de desarrollo y las resonancias de las concepciones conspiracionistas y negacionistas sobre el covid y la pandemia³.

Esta distopía y el panóptico que la soporta focalizan, por una parte, una ambigüedad en la narrativa pública y política del compromiso de los estados y la responsabilidad social en torno a la salud y el cuidado. Se configura un escenario social por donde circula el reconocimiento de la complejidad (OMS) con los registros en los sistemas de salud, los contagios, fallecimientos y consecuencias; la minimización y burla (gobiernos de Trump y Bolsonaro); las negociaciones bajo el techo del capitalismo financiero y la utilización de diversos dispositivos ideológicos de salvación ante el contagio (credos religiosos y sistemas de creencias ancestrales). Un movimiento discursivo que confunde, enmaraña y limita el sentido psicomórfico y social del sujeto contemporáneo, la responsabilidad de los estados, el compromiso institucional y la vida social.

Y, por otra, se detona el agotamiento del relato de la democracia en clave del reconocimiento, respeto, protección, defensa y experiencia de la diversidad; la diferencia y los derechos de la otredad. Porque esa otredad, que son los demás extraños –próximos– que circulan en un espacio y territorio compartido, son señalados directa o simbólicamente como amenazas para la salud: el peligro para la propia seguridad vital y el gasto de los recursos propios.

2. La finitud alude no al final de la vida sino a los procesos que la acompañan. Ver: Rosa, 2020; Dubet, 2017.

3. La distancia entre los acuerdos globales y el desarrollo de los planes de vacunación –conjuntamente con diversas movilizaciones sociales– agudiza la grieta histórica de las desigualdades estructurales y múltiples (Dubet, 2015; 2017) como lo han denunciado las Naciones Unidas, la OMS y organizaciones internacionales defensoras de los derechos humanos. Sin embargo, se mantiene un despliegue sobre la urgencia de contener y mitigar las consecuencias del riesgo de contagio por las variantes, así como el diseño y puesta en marcha de estrategias de reactivación económica y, de cierta manera, un adoctrinamiento sobre estos planes de vacunación.

La pandemia producida por la COVID-19 desplegó otro significado de la inseguridad ante el riesgo de su contagio, y puso a circular una nueva alarma con el matiz de pánico social y colectivo. Esta cooptación discursiva tradujo los datos sobre la expansión del contagio, el incremento de la mortalidad, las precarias condiciones de salud, la fragilidad institucional pública y privada y, de manera significativa, la paradójica situación del personal de salud. Además de la expansión de la vulneración y vulnerabilidad de las necesidades cotidianas.

A este escenario social, complejo y poroso, se agregan como resonancias las movilizaciones sociales o “el grito de y en las calles” sobre la desigualdad, la pobreza y la exclusión estructural. Hay una circulación de discursos de tinte fascista, sobre la protección y cuidado asociado a la “gente buena versus la contaminación y el contagio de los desadaptados, vándalos y extranjeros”⁴. De esta manera, los migrantes, las diversidades étnicas, los pobres históricos, los grupos excluidos y las primeras líneas fueron señalados como vehículos de contaminación, transmisión, peligro de contagio y afrenta a la seguridad para los “buenos”. Es otro matiz del panóptico que oculta o disfraza la desigualdad social y múltiple, vuelta ficción bajo la amenaza de la COVID-19.

Un panorama que dibuja un vaciamiento del amplio y diverso paisaje social con la ausencia o fragilidad de la confianza social, junto con el confinamiento físico y simbólico de la vida cotidiana en el espacio cuadrículado y restringido de la vivienda. Una clara evidencia de xenofobia y aporofobia (Cortina, 2017) que pone en jaque los relatos sobre la democracia y los derechos humanos; que alimenta la circulación masiva de emociones básicas o primarias como el miedo, la rabia y las emociones sociales y morales como la culpa y la vergüenza (Ariza, 2016).

En el cronos de la pandemia, la distopía de la vida cotidiana se mueve ambiguamente entre sentimientos de nostalgia restaurativa (añorar el pasado), adaptativa (acomodarse al presente) y reflexiva (resignificar el futuro) (Palacio, 2020). Una cotidianidad que enfrenta desprendimientos por fallecimientos y separaciones de manera acelerada y masiva, el trastocamiento de los rituales de despedida, e incluso de acogimiento, y la impotencia de contar con asistencia en salud. Una erosión de la confianza vital que se enlaza en

4. La denominación de “gente buena” fue una expresión que circuló en el Paro Nacional de abril del 2021 para demarcar una distinción con respecto al señalamiento de los vándalos y las personas de la Primera Línea.

el confinamiento: un aislamiento que fragmenta la interacción social, y que provoca el desenclave del encuentro “cara a cara” con una corporalidad próxima. Sin embargo, los dispositivos de sobrevivencia humana despliegan una compensación ficcional a través de la tecnología y la virtualidad que pretende minimizar el peso simbólico de cierta ausencia de la otredad y la utilidad estratégica de los discursos familísticos⁵ de protección.

Este paisaje actual indica un giro en las interacciones humanas. La instalación de este panóptico social pone en evidencia la proximidad de una otredad extraña y ajena que niega o restringe la cercanía de los cuerpos. Porque el cuerpo es amenazante: hospeda el virus. Además, es el mediador y transmisor del contagio. La observación en la escena pública indica un cambio en la estética corporal, especialmente facial, con el ocultamiento de la sonrisa. Hay una reducción significativa en la opción del contacto al toque de los codos, y evidencia una mirada distinta que contiene la duda sobre la identidad de la otredad: se sospecha como enemigo. Esta puesta en escena del cuerpo, la corporalidad y la corporeidad en componentes de una realidad ficcional, afianza la nostalgia del encuentro con la necesidad de la distancia.

La pandemia por la COVID-19 nos puso a caminar, en palabras de David Le Breton (1998), en una invisibilidad de la sonrisa. La risa se oculta; un reciclaje del tiempo de la edad media (Eco, 1982). Se añora la complicidad y la cercanía, y se enfrenta, además, el riesgo del olvido sobre el significado de un abrazo y la emoción del tacto.

Ante esta ausencia aparece otro signo como símbolo de saludo: poner la mano en el corazón desplaza el abrazo. Se restringe y limita la construcción y renovación de la memoria corporal: sentir el cuerpo de la otredad. Hay una privación del espejo social que produce la interacción. Se pierden los usos cercanos y próximos del rostro y del cuerpo de la otredad y la alteridad como estructura que organiza el orden significante del mundo.

El cuerpo, la corporalidad y la corporeidad toman otro sentido a través de la imagen que proyecta la pantalla del ordenador, el celular, el WhatsApp, el Skype; plataformas como Zoom, Meet, Teams se constituyen en estrategias que enlazan la percepción del cuidado, mitigan las consecuencias del riesgo y garantizan la contención de la amenaza que despliega una otredad próxima

5. La designación de los “discursos familísticos” se asocia, en el campo de los estudios de familia, con la carga ideológica que contiene, distinguiéndose de la denominación de “discursos familiares”.

físicamente. La virtualidad se consolida como dispositivo de protección y alimenta el individualismo contemporáneo, pero lo encapsula desde la moralidad emocional del pánico colectivo.

Además, la pandemia por la COVID-19 ha puesto en extenso sobre la vida cotidiana la agudización de las carencias y fragilidades de un orden social, caracterizado por el déficit de la responsabilidad del estado, la infraestructura institucional y de servicios; éstas suponen, al menos de manera discursiva, la garantía de los derechos y el bienestar de la población. La irrupción de dicha realidad podría analizarse, en palabras de Hartmut Rosa (2020), como una línea fronteriza que sitúa en jaque lo disponible, lo que se tiene y lo indisponible: aquello que no se tiene pero que se requiere con urgencia, sin aplazamientos ni compás de espera. Esto ha generado una dinámica política inusual al obligar el cumplimiento de las promesas del estado en el menor tiempo posible; porque en este tiempo, disruptivo y distópico, anunciar el esfuerzo no es suficiente para lograr lo que se enuncia.

Por otra parte, la mencionada arquitectura social y política de la pandemia hace visible la emergencia de tensiones que traducen la fuerza de un nuevo matiz del individualismo reflexivo (Giddens, 1995), centrado en el retorno y en el confinamiento dentro del universo privado, doméstico y familiar. Es la obligación impuesta por la pandemia; como diría Richard Sennett (2011): el declive de lo público, pero bajo el argumento de la protección ante la fragilidad y la vulnerabilidad que produce el contagio de esa otredad. Aparece la marca coyuntural de una lógica del olvido de la mismidad en la sociabilidad. Se instalan el sentido de una vida cotidiana encerrada en el mundo intimista y doméstico de la vivienda y el hogar compartido o no, así como la fusión de los escenarios externos del intercambio e interacción laborales, educativos y sociales con el mundo familiar y privado. Todo ello demarca una porosidad en los límites y fronteras de la vida humana.

El vaciamiento de la familiaridad: una caja de pandora

Al fusionarse todos los escenarios sociales en el ámbito familiar y del hogar, la cotidianidad distópica produce una ambigüedad emocional entre el cuidado y la protección que se espera del confinamiento, y, además, el agobio de un encerramiento familiar en la vivienda.

La circulación espacial con opciones o restricciones derivadas de las condiciones del espacio físico y su habitabilidad individual o compartida, la mono-

tonía de los encuentros y las rutinas, la preexistencia de vinculaciones tensionantes, el difícil acceso a recursos económicos y materiales, la limitación de opciones de encuentros e interacciones sociales que nutren las conversaciones familiares, la fusión de los lugares laborales, familiares, sociales y personales y la resonancia del trabajo y la educación en casa abrieron una profunda grieta en la cotidianidad familiar; instalaron y agudizaron condiciones adversas en la salud física, mental y social.⁶

La imposición de fronteras restrictivas para circular por lo público produjo un cambio drástico en el sentido de la cotidianidad. La casa hogar como lugar de llegada, de descanso y de encuentro con los más cercanos (pareja, padre, madre, hijos, hijas y demás parientes), giró hacia una experiencia pesada y opresiva. El encierro se constituyó en barrera e impedimento para las conversaciones familiares: se tornó tedioso y pesado por la prohibición de salir, de disponer de una espacialidad y distinción en los tiempos sociales individuales, escolares, laborales y sociales a propósito del encuentro con otredades.

La necesidad de la sociabilidad más allá de las fronteras familiares se trastocó. La imposición del encierro individual hizo visible la nostalgia de la circulación pública y su aporte a las dinámicas interaccionales y conversacionales; pero, además, produjo la pesadez de una rutina endogámica. Lo anterior marca una confrontación con la mitología cultural judeo cristiana occidental y moderna sobre la felicidad de la intimidad con la privacidad de compartir juntos la vida familiar: no solo porque el desgaste emocional “de la casa sin la esfera pública se constituye en una experiencia extremadamente opresiva” (Illouz, 2021), sino también porque el confinamiento detonó el escenario doméstico como un frente de guerra y campo de batalla para la sobrevivencia cotidiana.

La pandemia puso a la calle y lo público en paisajes vacíos y silenciosos. Al borrarse su significado nutricional para las conversaciones familiares, la puerta de la vivienda cambió de referente simbólico, pasando de ser un umbral de escape del escrutinio público y lugar de descanso y experiencia de la familiaridad, a ser un muro de contención, protección y aislamiento de las fuerzas externas, invasoras y amenazantes para el contagio y la muerte.

6. El Ministerio de Salud y los medios de comunicación han circulado informes respecto a las afectaciones de la pandemia en las condiciones de la salud mental en el país y el mundo. Los datos sobre los suicidios, intentos e ideación suicida se encuentran de manera explícita en los registros institucionales correspondientes al año 2020 y lo que ha transcurrido del 2021.

El confinamiento doméstico como estrategia de sobrevivencia familiar y social traduce la resonancia del vaciamiento de la familiaridad. Se produce un estallido emocional en las reglas, rituales e interacciones que soportan el mundo familiar: el agobio de la rutina y la sobreposición de acciones; el encierro, la ausencia de la proximidad física con otros; las huellas de la memoria corporal de los abrazos; el aislamiento de y con distancia física de familiares cercanos.

Asistimos a un tiempo familiar aún más confuso. La paradoja de esta convulsión emocional producida por el confinamiento giró la sociabilidad y la interacción familiar hacia un vaciamiento y un agotamiento. La interrogación por la legitimidad de la ideología familística de la unión y la unidad; la evidencia de la fragilización, del desvanecimiento de los vínculos afectivos y de la erosión de la confianza se traducen en la expansión y persistencia de emociones básicas y primarias como el miedo, la rabia y la alegría conjuntamente con emociones morales y sociales como la culpa y la vergüenza, el enojo y la venganza.

Un paisaje familiar contradictorio, por demás, que circula en los medios de comunicación a través de la resignificación del discurso del cuidado y, en menor medida, por las denuncias de múltiples violencias y abandonos. Sin embargo, hay un afinamiento sobre la ficción del paraíso familiar: aparece la imagen emocional de “los abuelitos” y la obligación de protegerlos, de quedarse en casa y valorar la cohabitación con la familia en el hogar, con el despliegue discursivo de las lógicas de la economía de la felicidad, la psicología positiva y la moralidad emocional (Cabanas e Illouz, 2019). Una ficción que oculta o enmascara la realidad de las encrucijadas diarias, los dilemas entre la obligación y el agotamiento, el sufrimiento y el estar bien: es la paradoja entre morir de covid, morir de hambre, o matarnos entre todos.

La narrativa del cuidado familiar en los tiempos ambiguos de la COVID-19 pretende compensar la incapacidad del estado y la fragilidad institucional. Se delega en la disposición individual la contención del contagio y la felicidad de hacer y estar juntos, de reinventarse la vida cotidiana compartida y compensar la fragmentación del tiempo familiar, laboral y escolar propio de la normalidad anterior a la pandemia. Este repliegue doméstico moviliza la estrategia de huida y fuga y reconfigura la vida cotidiana en el hogar con la familia como red significativa de sobrevivencia vital en estos tiempos sociales.

Las resonancias del confinamiento doméstico no pueden generalizarse ni homogeneizarse. Hay diversidades de realidades familiares: esta pandemia ha

permitido que en algunas organizaciones familiares se inicie, afine y confirme un curso vital de concertación, negociación y acuerdo sobre las diferencias y las diversidades entre sus integrantes en las condiciones del encierro. Es el escenario de actuación de los equipajes culturales contruidos y dispuestos en la trayectoria de vida familiar lo que permite tramitar la experiencia del agotamiento emocional: una oportunidad de afianzar una habitabilidad familiar democrática.

El agotamiento emocional que trae el confinamiento también detona la complejidad y diversidad de las organizaciones familiares al hacer visible, en estas realidades, la presencia de un vaciamiento de la familiaridad. Las dificultades interaccionales por la ausencia de referentes conversacionales, la construcción de relaciones disimétricas, la negación o desconocimiento de la diversidad entre y de los integrantes de la organización familiar, como también el encapsulamiento de la individualidad por la presión de una cohabitabilidad compartida sin límite de tiempo. Son ecos de resonancia en la cotidianidad familiar, donde se descubre la realidad ficcional de la familia, la paradoja de los dispositivos ideológicos de la convivencia armónica y la unidad familiar, los dilemas morales y afectivos de la pertenencia, la obligación del cuidado y la asfixia de la individualidad; ecos que ponen en contacto corporal la circulación de los próximos más extraños.

Es el lienzo familiar de la habitabilidad familiar en tiempos de la pandemia por la COVID-19. Las marcas de tensiones, conflictos y violencias que se traducen en la información sobre violencia conyugal, parentofilia, feminicidios, crímenes pasionales, abuso sexual, maltrato y abandono de niños, niñas, adolescentes, mujeres y personas mayores; el deterioro de la salud mental, especialmente a través del incremento de la ideación, intento y hechos de suicidio, como también los altos registros de depresión por soledad y abandono se presentan en las fuentes de Medicina Legal, ICBF, Fiscalía General de la Nación, Ministerio de Salud y diversos medios de comunicación a partir del año 2020.

Además, se focaliza en este lienzo el rumor del dualismo de género en clave femenina. El confinamiento y la fusión de los tiempos en el ámbito doméstico han generado una especie de reciclamiento de la ideología familística en torno al lugar de la mujer, madre, esposa e hija. Los siguientes aspectos la enredan desde el miedo y el pánico de contagio en la moralidad emocional de la solidaridad, la abnegación y el sacrificio que se deriva del deber de cuidar a su familia:

la crianza de niños y niñas, el cuidado de los parientes viejos o enfermos, la dinámica doméstica con ausencia de red de apoyo, el sostenimiento de la unidad familiar en un contexto de aislamiento y distancia física, el peso de la soledad de sus adolescentes y personas viejas. Incluso también enfrenta el señalamiento y juzgamiento de su desprendimiento e “irresponsabilidad” por no hacerlo o delegarlo; se la juzga por sobreponer, a su condición de esposa, madre o hija, su trayectoria como mujer. La autonomía e independencia quizás ganada para circular en otros espacios sociales se subsume en el lugar femenino de una lógica tradicional, que niega o desconoce la vida familiar como un proyecto de responsabilidad y ética del cuidado compartida simétricamente.

Por todo lo anterior, retomo mi invitación a la reflexión crítica en torno a la sospecha sobre la ideología familística, la economía de la felicidad y la psicología positiva que se despliegan en las estrategias de contención de la pandemia por la COVID-19. Y, sobre esta base, afinar el lugar que tiene la familia no como la célula o núcleo de la sociedad, sino como una agencia fundamental para la formación de la democracia y la ciudadanía. En este camino provocho descifrar los dispositivos económicos, políticos e ideológicos que contienen las estrategias del capitalismo emocional y la manera como nutre la carga y el lugar simbólico que posee el mundo familiar en la vida social y subjetiva.

Bibliografía

Ariza, M. (2016). Introducción. La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social. En: *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplinar*. Universidad Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Sociales. México.

Cabanas, E. Illouz, E. (2019). *Happygracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Editorial planeta. Bogotá.

Cortina, A. (2017). *Aporofobia. El rechazo al pobre: un desafío para la sociedad democrática*. Editorial Paidós. Barcelona.

Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? Aunque digamos lo contrario*. Siglo XXI Editores. Argentina.

----- (2017). *Lo que nos une. Cómo vivir juntos a partir de un reconocimiento positivo de las diferencias*. Siglo XXI Editores. Argentina.

Duch, Il. (2018). *Vida cotidiana y velocidad*. Editorial Herder. Barcelona.

Duch, Il. Melich, J.C. (2009). *Ambigüedades del amor. Antropología de la vida cotidiana 2/2*. Editorial Trotta. Madrid.

Eco, H. (1982). *En nombre de la rosa*. Editorial Lumen. España.

Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península. Barcelona.

Illouz, E. (8 de abril del 2021). Entrevista de Margarita Rodríguez para la BBC News Mundo.

Le Breton, D. (1998). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Editorial Nueva Visión. Buenos aires.

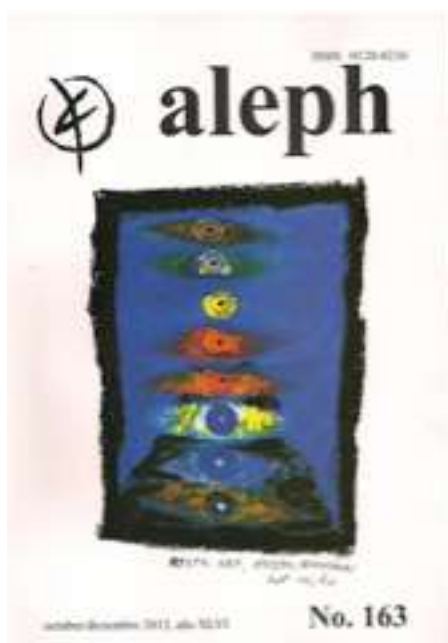
Palacio, M. C. (2020). *La familia: meditaciones sociológicas en tiempos ambiguos*. Editorial Silaba. Medellín.

Rosa, H. (2019). *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo*. Editorial Katz. Buenos aires.

----- (2020). *Lo indisponible*. Editorial Herder. Barcelona

Sennett, R. (2011). *El declive del hombre público*. Prólogo de Salvador Giner. Editorial Anagrama. Barcelona.

Vallejo, I. (2021). *El infinito en un junco*. Siruela Biblioteca de Ensayo. Madrid.



De la mala memoria

Julián Bohórquez-Carvajal

1. Paradojas

Cuentan que Teseo, hijo de Egeo o de Poseidón, según la fuente, mató al minotauro en el laberinto de Creta y volvió a Atenas en una nave de treinta remos que los griegos llaman *triakóntoros*. Según Plutarco, a la embarcación “la conservaron los atenienses hasta la época de Demetrio Falereo, arrancándole los maderos viejos y poniéndole otros fuertes y tan bien ajustados que hasta a los filósofos les servía de ejemplo la nave para el discutido tema del crecimiento, ya que unos decían que seguía siendo la misma y otros que no la misma” (I. 23.1).



El autor de las *Vidas paralelas* alude a una paradoja que existe, al menos, desde los tiempos de Heráclito. Supongamos que, conforme se van deteriorando, reemplazamos las piezas del navío, una por una. Cuando las hemos cambiado todas: ¿estamos en presencia del mismo barco? Si decimos que sí, tendremos que justificar en qué sentido se trata del mismo objeto. Si decimos que no, habrá que indicar en qué momento el barco de Teseo dejó de serlo. Ambas opciones conducen a conclusiones desconcertantes, sobre todo si añadimos que,

con las tablas que vamos retirando, construimos una segunda nave igual a la original. En este caso, ¿cuál de las dos es el barco de Teseo?

Este sería un mero divertimento filosófico de no ser porque usted y yo instanciamos la misma paradoja. Nuestros cuerpos son barcos de Teseo. Las células del páncreas, por ejemplo, viven menos de un año y los *neutrófilos* (una clase de glóbulos blancos) menos de una semana. Aunque las neuronas, por fortuna, son más longevas, disminuyen con enorme frecuencia a medida que envejecemos. Las conexiones entre ellas cambian constantemente gracias al fenómeno conocido como *plasticidad neuronal*. Contrario a la creencia popular, también formamos neuronas nuevas, lo que ocurre sobre todo en una región del cerebro conocida como *hipocampo*. Si el lector desea prescindir de estos detalles, le bastará con saber que en cinco años, más o menos, su cuerpo habrá reemplazado la totalidad de los átomos que lo componen.

No obstante, nos parece que conservamos nuestra *identidad* a pesar de los cambios: somos “el mismo barco” y que nadie se atreva a sugerir lo contrario. Algunos (pienso en Javier Sampedro o en Richard Dawkins) sostienen que esta identidad está dada por los genes, que determinan lo que somos. El genoma sería el equivalente moderno de aquello que, en el siglo XVII, van Leeuwenhoek llamó “homúnculo”: un hombrecito minúsculo y completamente formado que, supuestamente, se alojaba en el interior de los espermatozoides.

Sin embargo, la idea de que la molécula de ácido desoxirribonucleico (ADN) es portadora de toda la “información” que nos define no está exenta de controversia. Para producir sus efectos, el ADN requiere del concierto de factores propios del desarrollo embrionario, del medio ambiente y de una larga lista de mecanismos moleculares que regulan su función. Autores como Frederik Nijhout opinan que los genes no son los “artífices de la herencia” sino “fuentes pasivas de materiales a los que la célula puede recurrir” (p. 443)¹.

Dejemos de lado, por el momento, las cuestiones relativas a la identidad biológica y atendamos al *problema de la identidad personal*. Yo afirmo que soy el mismo que se cayó de un columpio en el jardín de infantes, que aprendió a leer y que hizo su primera comunión. A través del tiempo creo preservar,

1. En inglés en el original.

no solo “alguna cosa”, sino una cosa fundamental: “Esa engréida entelequia que llamamos el Yo” (Londoño, p. 18).

Cuando digo “yo veo caer la lluvia”, “yo siento dolor en mi pierna izquierda” o “yo escucho el ruido de los autos”: ¿Qué es, con exactitud, aquello que ve, siente o escucha? ¿Nos queda algo (alguien) si excluimos de nuestra experiencia todas las sensaciones y pensamientos? David Hume responde con un no rotundo cuando define al “yo” como un “haz de percepciones” (p. 84)². La palabra “haz” es una traducción, popular pero imprecisa, del inglés *bundle*: un paquete, un manojo de información sensorial que se toma, erróneamente, por la esencia que percibe. Para Hume, si eliminamos el abrumador flujo de estímulos que nos impide ver lo que en realidad somos, nos quedamos sin nada.

A pesar de los problemas que conlleva decir que “somos nuestros genes”, supongamos que la identidad de un ser vivo sí está garantizada por su ADN: esa estructura microscópica que, según cuentas, contiene la “información genética”. Si este es el caso, un organismo es siempre el mismo gracias a una suerte de memoria molecular que preserva su “esencia”. En consecuencia, no es descabellado pensar que nuestra identidad personal (el Yo que persiste a través del tiempo) también está dada por nuestra memoria. Dice Jorge Luis Borges: “Somos nuestra memoria/ somos ese quimérico museo de formas inconstantes/ ese montón de espejos rotos” (2010, p. 619). Los recuerdos nos preservan de la disolución en la marea caótica de las percepciones. Más nos vale ser memoriosos.

2. Olvido y confabulación

A finales del siglo XIX, el médico ruso Serguéi Serguéyevich Korsakov estudió un grupo de pacientes que presentaban un deterioro severo en su memoria reciente: No podían fijar ningún recuerdo nuevo por más de cinco minutos. La enfermedad no parecía afectar su razonamiento y les permitía sostener diálogos fluidos, pero cortos, pues al poco tiempo perdían el hilo de la conversación. La memoria remota también permanecía indemne: Korsakov documenta, por ejemplo, el caso de un experto anatomista que recordaba a la perfección detalles morfológicos complejos, pero no lo que había hecho en la mañana o la noche anterior (*cf.* 1889). Este padecimiento, que hoy se conoce como “síndrome de Korsakov”, se relaciona con frecuencia, aunque no siem-

2. En inglés en el original.

pre, con el consumo crónico de alcohol, asociación que también describieron los médicos Robert Lawson y Carl Wernicke.

El neurólogo y escritor Oliver Sacks describe el caso de un hombre con la misma enfermedad, a quien llama “Jimmie G.”. Siendo el año 1975, Sacks dice que Jimmie está “atrapado” en 1943. Las últimas tres décadas de su vida parecen borradas por completo. Cuando mira en un espejo su rostro envejecido, tiembla de miedo. El sobresalto, naturalmente, dura apenas un par de minutos y luego se le olvida por completo. Evocando a Hume y su “haz de percepciones”, Sacks se pregunta si Jimmie “ha quedado reducido a una especie de estupidez ‘humeana’, una mera sucesión de impresiones y acontecimientos desconectados” (p. 41).

El síndrome de Korsakov tiene otras dos características relevantes. La primera es la *anosognosia*: el enfermo no es consciente de su condición, es incapaz de identificar que algo malo le sucede. La segunda es la presencia de “confabulaciones” o “recuerdos falsos”: Si se le pregunta al paciente qué hizo el día anterior, responde con una historia ficticia que, y esto es lo más sorprendente, él mismo cree completamente. La mente llena los vacíos con recuerdos impostados que el sujeto interpreta como legítimos.

Korsakov descubrió que muchos falsos recuerdos provenían de historias que el enfermo había leído. Uno de sus pacientes, el “Señor P.”, asiduo lector de novelas policíacas, se obsesionó con la existencia de un muerto sin enterrar, de tal suerte que salía diariamente a buscar el cadáver para darle cristiana sepultura. Un hombre olvida su pasado inmediato y vive buscando la víctima de un libro. Lo mismo que a Alonso Quijano, “asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo” (Cervantes, p. 30). Acierta Borges, inventor del más célebre de los memoriosos, cuando dice que “leer es una forma de vivir también”³.

A propósito del Señor P., reflexiona Korsakov: “En su alma resuena la vibración de todas las cuerdas que alguna vez sonaron, un suave eco de todo lo que alguna vez ha pensado”⁴. La metáfora musical, en este caso, no es fortuita. El recuerdo de la música persiste aún en enfermos con un deterioro avanzado de sus funciones cognitivas: Nietzsche, después de un colapso

3. En entrevista con Mario Vargas Llosa, 2020, p. 38.

4. Citado por Douwe Draaisma, 2012, p. 163.

mental definitivo, tarareaba las sonatas de Beethoven; las canciones de Tony Bennett sobreviven en su memoria, pese a los estragos de la enfermedad de Alzheimer. Ausente de los recuerdos, habrá que buscar el *Yo* en las armonías.

3. Terreno pantanoso

Volvamos a Borges para afirmar que “estamos hechos, en buena parte, de nuestra memoria. Esa memoria está hecha, en buena parte, de olvido” (1980, p. 47). Basta con mirar nuestro pasado, o sus despojos, para constatar que recordamos una fracción insignificante de aquello que nos ha ocurrido. Nuestra historia consta de un puñado de eventos que, arbitrariamente, sobreviven a la amnesia. A partir de esos vestigios nos construimos una identidad. Víctimas del olvido, no somos muy distintos de los extraviados pacientes de Korsakov.

Como ellos, nosotros también confabulamos: fabricamos un pasado con mentiras que nos parecen ciertas. El psicoanálisis afirma que muchas de nuestras memorias son adulteradas, reelaboradas o completamente inventadas. Los padres, demos por caso, nos cuentan tantas veces un episodio de nuestra infancia que acabamos por crear un recuerdo, tan real como los recuerdos de los sueños; esos que, diría George Steiner, “se convierten en materia de la historia” (p. 216). La psicología moderna podría suscribir, sin cambios, la frase con que García Márquez (antes de ser víctima del olvido insomne que él mismo había fabulado) comienza el relato de su propia existencia: “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla” (p. 1).

La imagen idílica que tenemos de la infancia procede de que la recordamos mal. No solo falseamos nuestra memoria individual, sino también la memoria colectiva. Nos anima la esperanza de que, ante la ardua tarea de construirnos un paraíso, nos baste simplemente con recordarlo. Hesíodo tuvo que inventar una vieja *edad de oro* para poder añorarla. Solo Edward Gibbon, en pleno Siglo de las Luces, pudo afirmar que “el período de la historia del mundo en el que la condición de la raza humana fue más feliz y próspera (...) transcurrió desde la muerte de Domiciano hasta el acceso al trono de Cómodo” (p. 80-81), y decir también, sin contradicción, que durante el mismo espacio de tiempo “los esclavos eran como mínimo igual en número que los habitantes libres del orbe romano” (p. 41). El más modesto de los oasis amurallados, que los persas llaman *paradaesa*, se volvió el Jardín del Edén cuando soñamos que fue el lugar de nuestro destierro. Podemos acudir a Proust (y a Milton) y

decir que sólo es posible el paraíso cuando lo hemos inventado (y perdido). Sólo la mala memoria puede afirmar que todo tiempo pasado fue mejor.

Si la identidad, el esquivo *Yo*, se erige sobre nuestros recuerdos, tendremos que admitir que, olvidadizos y confabuladores como somos, hemos construido en terreno pantanoso. Pero no se angustie. Usted, yo y los pacientes con Korsakov podemos intercambiar una mirada cómplice: ya inventaremos en dónde nos conocimos. Y en lo que respecta a la paradoja del barco, digamos que no hay ningún dilema: Acaso la nave nunca llegó a Atenas. Los cretenses hablan de un muchacho, que es Teseo y también del minotauro, y que sigue buscándose en los laberintos de la memoria.

Referencias

Borges, Jorge Luis. *El libro, La inmortalidad, Emanuel Swedenborg, El cuento policial, El tiempo. Borges oral*. Barcelona: Bruguera, 1980.

_____. *Elogio de la sombra*. En: J.L. Borges, *Obras completas vol. II*. Buenos Aires: Emecé, 2010.

Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua española, 2004.

Draaisma, Douwe. *Dr. Alzheimer, supongo. Y los otros 11 científicos que dieron nombre a los trastornos de la mente*. Barcelona: Ariel, 2012.

García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. Nueva York: Vintage Books, 2003.

Gibbon, Edward. *Decadencia y caída del Imperio Romano, volumen I*. Girona: Atlántida, 2013.

Hume, David. *A Treatise of Human Nature*. Nueva York: Charles Scribners's Sons, 1972.

Korsakov, Serguéi. "Étude médico-psychologique sur une forme Des maladies de la mémoire." *Revue Philosophique de la France Et de l'Etranger* 28 (1889): 501 – 530.

Londoño, Julio César. *El cerebro y la rosa*. Cali: El Bando Creativo, 2020.

Nijhout, Frederik. "Metaphors and the Role of Genes in Development." *Bioessays* 12.9 (1990): 441-446.

Plutarco. *Vidas paralelas I. Teseo – Rómulo. Licurgo – Numa*. Madrid: Gredos, 2017.

Sacks, Oliver. *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Muchnik, 1987.

Steiner, George. *Pasión intacta*. Madrid: Siruela, 1996.

Vargas Llosa, Mario. *Medio siglo con Borges*. Lima: Alfaguara, 2020.

Srebrenica, 1995

Alejo Morales

1

La muerte apaga la vida en el ojo de Herzegovina.
Un himno se escucha en el corazón del viento,
un himno que las naciones unidas entonan,
mientras el silencio se repliega
en botas y mangas manchadas
con el último sudor de nuestros hijos.
Avergonzados y de rodillas en el campo de tiro,
el alma
es solo nuestra.
En nuestros ojos la muerte entra descalza y en nuestra lengua,
donde a balazos *Dios* talla su nombre,
cruzada de piernas
la muerte se dispone a recitar una oración.
Nuestra vida es un diamante azul
un diamante en el dedo tembloroso de Serbia.
Aquel dedo que apuntó a nuestra cara y disparó,

nos mira hoy con ira
y barre con rastrillos nuestra sangre.

Un diamante, la forma del país que defendiendo,
mientras los dragones de acero
soplan fuego a nuestras casas.

Un diamante, negro como el infierno canta el Corán
en la mezquita que arde bajo nuestros párpados.
Bosnia es una niña martillando la piedra de la noche.
Bosnia es una niña enamorada de la tarde
que guarda luto con un vestido púrpura en su mano.

La Tierra pronuncia un discurso de paz
que solo los muertos en los camiones oyen.

2

Pedimos deseos en la boca de los morteros.
¿Era su luz que nos envolvía de *Gracia*,
o el rostro del hijo de Abraham
ardiendo cuatro milenios en nuestra sangre?

Un rifle chillaba en la cabeza de Sarajevo,
mientras un silencio viajaba por su cuerpo con un globo azul en
la mano.

Las patrullas serbias eran pedazos de oscuridad brillando bajo la
nieve,
y el sol era un ramo de flores amarillas ardiendo en la superficie
del río.

Europa firmó sobre la frente de los ciudadanos su propia acta de defunción,

mientras la piel de los cascos azules destellaba como oro en los refugios concertados.

Nuestros labios protestaron,

balbuceando un idioma enterrado por siglos en las costas del Adriático,

incluso los árboles arremangaron sus hojas en posición de súplica, pero nadie los escuchó.

Pues en la oración de los gigantes

no hubo una sola vela que no fuera mordisqueada,

y el sabor de la cera endureciéndose en sus bocas,

les recordaría que Bosnia fue aquella llama

que dejaron a expensas bajo el puño negro de la noche.

El aliento de Mahoma en Srebrenica

agonizó en las últimas rendijas del aire,

donde, bebiendo de la quietud del mar

los aviones de la OTAN

se quedaban varados en el cielo.

3

Nadie suavizará nuestro camino

dijo el niño con ojos almendrados

a quien la luz de una bomba había rociado con fuego.

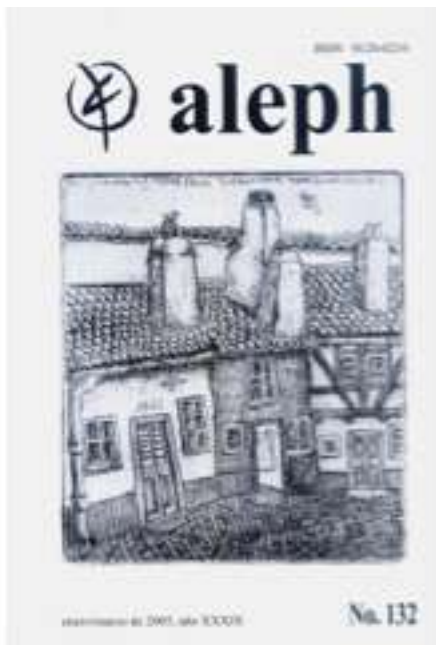
Afuera, una melodía negra escapaba de su boca,

mientras los sobrevivientes,

que vieron caer su cuerpo como un pequeño árbol

en mitad de los escombros,

escribían en las piedras una canción
para alabar a sus muertos:
*Solo lo que ha sido dejado
dice la verdad y sólo lo que está herido siente*
recitaron todos dentro de su cuerpo.
¿Eres tú? dijo el niño
y mientras pronunciaba estas palabras
una mujer se arrodilló en sus labios.
¿Eres tú? repitió.
*Soy yo, dijo ella
la luna esclava
lavando su luz
entre los lirios.*



Relación adulto-niño

Pedro Zapata-Pérez

No pretendemos plantear afirmaciones definitivas, pues perderían su sentido en el transcurso de estas velocidades sociales, evitando también el riesgo de negar una multiplicidad de particularidades de los niños y las niñas convocados, desde sus diversos entornos culturales barriales. Procuramos sí contribuir a la creación de espacios tanto institucionales como ciudadanos que enriquezcan, en vital vecindad, los universos de reflexión y decisión con todo lo que a la infancia se refiere.

Una búsqueda central contiene todo el proceso: la relación entre adultos y niños, complejo mundo de gestualidades dispersas, de preguntas sin respuestas, de tímidas iniciativas que se mantienen a inexplicables distancias. Poco sabemos los adultos de los niños y poco saben los niños de nosotros los adultos. Contradicción de imaginarios que quieren para nuevos conflictos aplicar viejas soluciones, quedando como resultado un aire de incomprensión, de sin-sentido, de desolación.

¿Quién debe preocuparse más por quién? Con toda seguridad los adultos por los niños, pues por largo tiempo han sido propietarios de las decisiones. Pero los niños también deben preocuparse por los adultos, pues poco conocen de su con-



vulsionado universo, origen de muchas de sus dificultades para comprender lo nuevo en el universo de los niños. La exigencia es muy potente, muy fascinante, que demanda de cada uno de nosotros la preocupación amorosa, en campos de real confianza, con gran sentido de crear conjuntamente, tema central para los quehaceres de la familia, de la academia, del mundo empresarial, de las instancias de la gobernanza. Doble vía adulto-niño, niño-adulto, por los caminos del encuentro, la conversación, el foro abierto, rituales mayores de la existencia.

Preguntarnos por esta relación es ponernos en un contexto que nos posibilite entre unos y otros, crear campos problemáticos, desde la investigación, hasta campos de construcción cultural que permitan el surgimiento de contenidos e historias verdaderas, testimonios que permitan descubrir la explicación de tan prolongadas diferencias que culminan en terribles ausencias. Desde los entornos familiares, escolares, sociales, culturales, podríamos proyectar pequeños nichos, en decires de la profesora Miriam Salazar, que nos pongan en la tarea de construir mundos micros, garantes de verdaderas transformaciones, en la medida que se sepan proteger como nichos de creatividad propositiva. En la familia padres e hijos, en la escuela profesores y estudiantes, en el barrio líderes y comunidad, en la ciudad transeúntes adultos y transeúntes niños, en las secretarías de despacho y los niños de las esquinas, en las autopistas de la riqueza y en el vacío de las mesas, en los espacios públicos y los privados; en la iglesia los sacerdotes y los fieles, en el espacio público los policías y los ciudadanos.

Relación adulto-niño, tema para todos los habitantes de la ciudad, en la cuadra y la oficina, en el barrio y la empresa, en el andén y los pasillos, en el aire, la tierra y el mar. En la escuela y la universidad, en los almacenes y los bancos, en las bicicletas y los carros, en los ríos y las quebradas. Los adultos y los niños juntos dibujándole pentagramas a la vida por vivir, para el mayor de los rituales operáticos... la creación de nuevas formas de estar juntos.

Un segundo contenido central: La Escuela. Segundo hogar en milenarias tradiciones, desde los tiempos del ruido hasta nuestros días. Sobran las afirmaciones de que la gran solución de los problemas de este siglo está en la educación. Pero preguntamos, ¿en cuál? Los altos niveles de AUSENCIA son ya una nueva pregunta, que requiere de respuestas de este tiempo y no acumuladas formas de responder que sólo servirían como explicación de nuestra prolongada melancolía.

Negación de todo lo posible a la cual, todos los niños le demandan comprensión, paciencia, acompañamiento, afecto, alegría y sobre todo juego. Nuestros niños quieren aprender jugando, verdad de a puño por estos tiempos que corren. No contribuirán jamás a esta exigencia, el cansancio, la repetición, los dictados, los excesos de autoridad, los llamados al regaño con altavoces del estigma. Profesor que no juega... niños que heredan la derrota. Centros educativos, espacios que poco estimulan las necesidades estéticas de nuestros niños, clasificados inexplicablemente como oficiales, privados, urbanos y rurales. ¿Quién está llamado a contribuir para que el niño se descubra como hacedor de lo posible? ¿Quién para que el niño pueda pelear contra sus miedos, sus dudas, sus timideces, sus abismos existenciales? ¿Quién para valorar el juego como la territorialidad del deseo?

“Queremos baños limpios, colegios bonitos, seguros, sin robos, sin expendios de drogas”, listado fantasmal para su psiquis de niños y adolescentes. Necesitamos de una equidad básica, para encontrarnos en algunos puntos comunes, como puntos de partida para mejores recorridos. Al mismo tiempo dicen los niños, “no queremos pelear, debemos respetar a nuestros profesores, necesitamos ser más responsables”, listado autocrítico que nos anuncia a unos niños y adolescentes con básicas conciencias del compartir humano. Si el aula no libera al niño y al juego, difícilmente lo hará la calle, anárquica película en movimiento. En decir de las lejanas abuelas, si el hogar es el a-b-c de los afectos, la educación tendría que serlo de las preguntas y el juego... la escuela entonces parece reclamarse a sí misma una inaplazable transformación.

Un tercer tema inevitable: El espacio público. Históricamente como el lugar de la ciudadanía, sendero de la democracia. Este es quizá el más polémico, el más caótico, el más confuso, resultado de confusas improvisaciones.

El avance en la producción de la economía trajo consigo el reino de los carros, por ejemplo, olvidando igual espacio para el ciudadano, en nuestro tema central, olvidando los espacios del juego para los niños. Reino de la anarquía individual, en el cual todo se permite para efecto de catástrofes colectivas. Reino de nadie, contra todos los habitantes, que en eco de sus lejanas infancias se convierten en reclamos aislados sin disciplina alguna. Todos los componentes de lo humano parecen huérfanos de un mínimo orden colectivo. El reposo, el paseo, el viaje, la contemplación, el encuentro con el otro. Cotidianas necesidades que no encuentran su propio sentido o razón de ser

como necesidades. La calle es un peligro, el paisaje está taponado por empinados edificios. Como señores por su casa, los carros y sus velocidades son siempre amenazantes. Los viejos parques, territorialidad de los vicios de incomprendidos hombres y mujeres que deterioran nuestra propia convivencia. Los andenes parecen presidios de nuestros pasos, valores conceptuales que penetran nuestra psiquis para frustración de nuestros deseos. Los mendigos como una esquina de nosotros, en permanente súplica para obtener lo que, en un orden básico, sería un derecho de todos. El espacio público está enfermo, como enfermas están todas las ciudades del mundo, con sus niños asomados temerosamente por las ventanas, incontenible anuncio de la catástrofe mayor.

Necesitamos reinventar el espacio público, redefinirlo como el encuentro con el otro para que cada hombre y cada mujer del planeta encontremos posibilidad a los sueños cultivados desde las sinagogas del miedo. Necesitamos transformar las ciudades, para los nuevos lugares del encuentro en la esperanza. Espacios públicos que nos recuperen la confianza festiva en los otros, hasta hoy forasteros de nuestros propios recorridos. En el espacio público, como posibilidad para todos, está la ruta de las reconstrucciones del afecto, el abrazo, la voz, la mirada, el inconfundible ritual de estar, vivir, sentir, pensar y crear juntos.

Un cuarto tema: El medio ambiente, en igualdad de interés y preocupación. Silencioso universo de modernas hecatombes impredecibles que acomplejan nuestros despertares humanos. El sol ya no parece sol como tampoco parece luna la luna. El agua es más que agua, anuncio de la muerte prematura. Las montañas pierden su reposo natural para aumento de los velorios. El aire contaminado corta de raíz el proyecto de viaje a muchos niños del planeta. Los pájaros pierden la altura del vuelo para descender a pestilentes ríos contaminados. Los ríos, en impensada sequía, aniquilan el paso de las serpientes, cinturones del bosque. La capa de ozono, cicatrizando cancerosamente nuestros frágiles cuerpos en las playas de los viejos enamoramientos.

El hombre en su desenfreno y poco pensar su paso por la tierra, cultivó todo lo enunciado, creyendo que no le tocaría a él, poniendo en peligro el desarrollo de la humanidad. Guatari nos habló de las tres ecologías, siendo una de ellas la social, la humana. Qué forma de aniquilarnos día y noche y en derroche. Cada cuerpo parece condenado por una violencia acumulada, heredad que, parece ser, no dejará títere con cabeza. Nuestra violencia diaria es una amenaza para la tímida mirada de los niños del mundo que, horrorizados,

tratan de preguntarle una explicación a sus desgastados peluches o a sus mudas muñecas de trapo. Violencia en la palabra, contra el cuerpo. Violencia en la imagen desde los monopolios de la publicidad. Violencia en la televisión, cuarto poder de la truculencia informativa. Violencia en los estadios y en los bares, en los parques y las esquinas. Violencia en la moda que incomoda. Violencia en el amor y el desamor. Violencia en la acumulación y la carencia. Violencia en los gestos y los susurros. Violencia en nuestras gestualidades culturales. Nuestra ecología social es un terrible referente para el a-b-c de los niños, quienes en todo cuanto escriben y pintan, la denuncian como el sendero peligroso hacia la derrota final.

Si no logramos recomponernos desde nosotros mismos, el destino de lo humano perecerá y los niños quedarán como loquitos monotemáticos narrando al viento sus sueños de celofán.

Dejamos para el final de este tímido texto, el tema capital de los niños: El juego. Razón de ser de la historia humana, esencia de cualquier proyecto de civilización. Los niños quisieran poder jugar en cualquier lugar, pero los avisos del “prohibido pasar”, del ordenador adulto, los arrincona en sus deseos. El juego se dirige en la escuela y se prohíbe en la iglesia. El juego desaparece del hogar, pues al no estar papá y mamá, gestualidad laboral de estos tiempos, los niños padecen horas que parecen siglos, teniendo que resignarse a esperar a la señora del peor ceño fruncido: La Soledad. Pero qué extraño, igual vivencia para muchos niños que van en carro de la casa al colegio y del colegio a la casa, sólo que la soledad cambia de rostro, pues en este caso, es la ausencia de otros niños, con los cuales, en sus recorridos, podrían preguntarse el sentido del mundo.

“Quiero un día entero con mis papás para dedicarlo sólo a jugar. Que los adultos jueguen más con los niños. Queremos menos edificios y más juegos en los barrios”. Multitud de expresiones a quemarropa con las que los niños denuncian a las ciudades pensadas sólo para los adultos, que acomplejan sus propias cotidianidades. Necesitaríamos globalizar el juego, la ternura y la caricia. Globalizar las preguntas de los niños, para que la tierra, a veces pacha mama y a veces infante niña dolida y golpeada por el color de la sangre, quiera ser niña y pacha mama partera de la abundancia y la primavera. Globalizar la oportunidad de consultar a los niños qué quieren jugar, con qué quieren jugar y dónde quieren jugar. Que no exista un solo aviso en ningún lugar del mundo, por lejano que sea, anunciando el perverso prohibido jugar.

De seguro los niños ya globalizaron la alegría inexplicable, la paciencia, el amor sin cuenta de cobro, su visión del juego como el renacimiento de toda fiesta humana.

Los niños, con nosotros, en lo que de niño nos queda, tienen la fuerza y la inteligencia para reinventar el mundo, la ciudad, la escuela, la familia. Nada podrá contener tan bellamente, lo tristemente perdido, como el juego. Claro que necesitamos superar desde las metas del milenio el hambre y el sida, pero superados sin el juego estaremos reproduciendo la amenaza. El juego es la prevención natural de todas las enfermedades, que en este siglo surgen por el estrés y el desamparo. El juego será también, por estas rutas, el garante de nuevas grandes economías.

Desde el juego y en la primera hora del alba los niños nos llevan el sol a la cama. Ciudades del juego, musicalidad que seduce el regreso de los pájaros y la frescura del paisaje. La contaminación auditiva de las ciudades del mundo podrá cambiar por las sinfonías de los niños tatuando las calles, las plazas, los recintos, las iglesias, las prisiones. La contaminación del aire demanda de la política altos niveles de decisión profunda y no procedimientos de alto rendimiento trivial-publicitario. Y mucho cuidado, pobladores del mundo, contaminadas están la palabra y la pregunta, el silencio y la mirada, la vecindad y las distancias, el amor y el desamor, el poder y la autocracia.

Como metáfora mayor, el juego es la prevención de todas las guerras por venir, las del agua y las de la soledad y quizá la más trágica de todas: la guerra por encontrar al otro, a los otros, para poder sobrevivir-vivir-pervivir con el juego y nada más que con el juego.

Un doblez para ti,
Un doblez para él,
Un doblez para todos,
Un barquito de papel.

Poty, el chino de las Islas

Hazel Robinson-Abrahams

Todos sabemos lo que la civilización le debe a los orientales y en especial a los chinos, pero pocos en la isla saben y en el interior del país menos, la contribución de los chinos de Cantón a las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

A finales del siglo XVIII en su goleta “Victory” el capitán Victor Abrahams Bernard, trajo a las islas los primeros ciudadanos chinos, un total de ocho, que camufló haciendo que se introdujeran en barriles de madera en el puerto de Limón, Costa Rica, y los desembarcó en el cayo East South East o cayo Bolivar. Los pescadores que estaban en el lugar, les dieron el aventón a la isla de San Andrés.

Ellos presentaron sus identificaciones y se conocieron siempre por ellos. Llegaron a formar parte de los nativos o raizales de las islas. No sobra informar que nunca hubo discordias entre la comunidad que habitaba las islas, con estos nuevos allegados y menos con la Ley.

Habían llegado de Centroamérica y salieron de allá camuflados para salvarse del mal trato recibido donde eran vendidos como esclavos negros, en Costa Rica, donde los habían contratado para la construcción de la red ferroviaria al Atlántico o sea de San José, la capital, a la provincia cos-



teña de Limón. Igual que ellos, otros también se habían fugado hacia otras naciones de Centroamérica.

Desde un principio los contratados chinos e italianos se quejaron del maltrato recibido en Costa Rica, negándose a trabajar y huyendo del lugar, obligando a los contratistas a buscar exesclavos y sus descendientes negros en islas del Caribe para trabajar en la construcción.

Existía en aquel entonces mucha comunicación de nuestras islas con Limón, en el comercio de verduras, frutas y animales domésticos.

Estos ocho chinos, y los demás que fueron llegando a las islas, se dedicaron a labores culinarias y comercio. Fueron los primeros en abrir tiendas de barrio para vender al público, y ofrecer comida diaria a los pocos empleados del gobierno del interior del país.

Es muy conocido en la isla un plato denominado “ChopSue”, distinto al que ofrecen los restaurantes orientales con el mismo nombre en otros lugares. Esta delicia llegó a formar el menú dominical de muchas familias en las islas.

Tampoco se puede desconocer el nacimiento de la primera mujer de origen chino en la Isla, Camsang, conocida como “Camy”. Sus padres fallecieron y fue adoptada por otra de las familias chinas.

Según relatos de viejos marineros, en una ocasión un capitán trató de ingresar treinta chinos sacados ilegalmente de Limón, pero el Prefecto de las islas, de entonces, prohibió su estadía. No se volvió a saber de ellos. Y según parece tampoco volvieron a Limón.

Entre los primeros ocho que llegaron a las islas, llegó POTY. No sabemos si el sonido de la palabra significaba algo en su lenguaje, pero en las islas Poty significa la mezcla de brea y alquitrán que se unía para calafatear con estopa a las goletas en construcción o en reparación (*Caulk with poty*).

Al Poty chino lo conocí como un hombre de poca estatura, peso y edad imposible de calcular, piel blanca en comparación a la mayoría de los nativos, con poco cabello y pocos dientes, facciones típicas de su raza.

Usaba unos lentes de aros metálicos seguramente de oro, que descansaban en la punta de su nariz, lentes que seguramente trajo de la china, ya que nunca salió de la isla.

Vestido siempre de pantalón de algodón no muy blanco, con una pita para sostenerlo en la cintura y con una camiseta siempre sudado de cuello alto y

mangas cortas. Caminaba no muy recto, con cierta inclinación hacia el piso y calzado siempre con chancas de cuero. Nunca lo escuché hablar su idioma pero se defendía con el creole nativo con acento chino.

Lise finish = (cuando se acababa el arroz) en vez de *Rise finish* = Se acabó el arroz.

Pero Poty debió haber llegado joven, con todos su dientes y cabello, y caminando recto. Se había casado con Tabes, cuyo nombre completo era Betsy Bent Mitchell. Ella, como todas las mujeres que se casaron con los chinos en las islas, era de familia muy conocidas y de ascendencia blanca. En la historia sobre la etnia china en las islas, aparecen varios de ellos casados con hermanas de una misma familia.

Nunca vi a Poty reunido con otros chinos de la isla, o tampoco con nativos.

Vivía con Tabes en una casa de un solo piso, en la hoy Avenida 20 de Julio, (hoy Ferretería Apolo) frente a la casa de mi abuela. Y lo que sería la sala la convirtieron en una tienda, con un mostrador de madera que yo consideré, a los 10 años, innecesariamente alto. En las paredes muchas repisas vacías, como esperando que llegara mercancía para llenarlas. Fácilmente con un drone se podría hacer el inventario de la tienda de Poty.

Las puertas y ventanas de la tienda vivían abiertas, día y noche, la únicas veces que las cerraban, cosa que nosotros los niños nos cerciorábamos, era durante el paso de funerales hacia las iglesias.

En las repisas, unas botellas a medio consumir, que tenían la etiqueta de licores de distintas marcas, menta, brandy y whisky que los marineros de las goletas y trabajadores de las plantaciones de coco llegaban a solicitar. Servía el licor a menudeo, los clientes llegaban y él les servía un trago, lo tomaban, pagaban y salían del lugar. También vendía pan que él y Tabes hacían. Ofrecía también en la tienda, harina y mantequilla, aceite de coco, kerosine, y un vermífugo llamado “salt fisic”. Y encima del mostrador una botella de caramelos de menta color blanco con rayas rojas, que él mismo confeccionaba.

Caramelos redondos y delgados, cortados a tres pulgadas, a dos centavos cada uno. Según se decía, eran especialmente para los de las iglesias que compraban un trago y necesitaban disimular el olor. Pero los niños descubrimos los confites y el no se negó a que los compráramos. Claro, escondidos de mi abuela y la abuela vecina, quienes alegaban la falta de sanidad, con mezcla de azúcar y licor de menta en vez de esencia de menta.

Nunca le conocí la voz a Tabes; vivía sentada en el balcón de la casa y entraba a la tienda de vez en cuando, miraba las botellas de licor y según parece calculaba la cantidad en cada una. Casi siempre bajaba una de la estantería y a pico de botella lo probaba.

No era fácil conseguir los dos centavos valor de los caramelos, pero descubrimos que si asistíamos al catecismo que la hermana Alicia de Providencia organizaba los domingos en la casa de los Humphries, a las cuatro de la tarde, por nuestra dedicación y fiel asistencia nos regalaban medallas de plata, con imágenes de santos.

La asistencia no era muy concurrida. Los niños católicos eran contados. Esto permitía solicitar más medallas por repetir bien las oraciones del padrenuestro y el credo, la hermana terminaba premiándonos con dos medallas a cada uno.

Un primo, llamado Alberto, que vivía en la cuadra con su buena madre y que tenía alma de músico pero corazón de gamin, nos contó lo que él había descubierto con las medallas, y los niños de la cuadra de la Avenida 20 de Julio, entre el parque Bolívar y la Estación de la policía, decidimos probar lo descubierto.

El nos mostró cómo quitarle la argolla a la medalla en ciertas partes de las recién tres cuadras de la pavimentada 20 de julio, buscando un lugar donde el agua de cemento se filtraba por las formaletas de madera y al secar formaba una fina lima. Se le entregaba al viejo Poty como una moneda de dos centavos. Y ¡resultó! Resultó, hasta el día que Tabes se dió cuenta y en adelante al entregarle la medalla a Poty, se cercioraba con los dedos si la moneda estaba lisa o presentaba desigualdades en su alrededor, lo cual quiere decir que Poty usaba las gafas como recuerdo.

Poty también vendía El Chance, un servicio que consistía en dejar anotado su nombre en un número, del 00 al 99 y pagar cinco centavos o más y esperar hasta el domingo a las 12 del día, cuando los tres radios que estaban conectados a la batería de 12 voltios de los tres únicos carros estacionados a propósito, en lugares específicos, transmitían el número que había premiado la lotería de Panamá. Con cinco centavos ganabas tres pesos.

No nos dimos cuenta, cuando Poty y Tabes se despidieron de la comunidad, pero no hay duda de que para muchos viejos de hoy, como Eno, James, Hartley, Boots y yo, quedó en el recuerdo uno de los chinos que llegó a las islas y compartió su vida y sus caramelos con licor de menta con nosotros.



~~Almora~~
Namizal, Mayo 2/02

Rogelio Salmona

Un “anacronismo” del siglo XX: Arturo Suárez Dennis (1887-1956)

Paula-Andrea Marín C.

Tal vez ningún investigador podrá dar cuenta nunca de la manera exacta en la que se interesó por un tema, hasta el punto de no dormir tranquilo si no se ponía en pos de reconstruir los pasos de ese tema, de ese personaje, de ese fenómeno, de esa situación. Tal vez ninguno, pero yo sí.

Era una noche de septiembre de 2008. Era una reunión en un apartamento del centro de Bogotá. Éramos diez personas tratando de fundar lo que todo amante de los libros y de la literatura ha querido fundar alguna vez en su vida: una editorial. Era una época en la que todavía fumaba. De esa noche queda una foto que alguien tomó con un celular: yo (mi imagen desenfocada) estoy de perfil y expulso el humo del cigarrillo por la ventana, por entre las rejas blancas de esa ventana. Al igual que la imagen desenfocada, poco queda ya de lo que pareció ser tan claro esa noche; como la mayoría de editoriales que se planean, la de esa noche existió por el tiempo que duraron las reuniones (¿Dos, tres, cuatro?), en la mente y en los sueños de los diez asistentes.

Lo que sí quedó claro para mí de esa noche fue un nombre que surgió en las palabras de uno de los asistentes y que es el centro de esta crónica –aunque no lo parezca aún–: Arturo Suárez. Las palabras hablaban de una abuela que leía fervo-



rosamente las novelas de ese desconocido escritor colombiano y, como ella, muchas mujeres más adoptaron a Suárez como su novelista predilecto. La “fiebre” por las novelas de Suárez se demostraba en el hecho de que el título de una de sus novelas (que tuvo veinte reediciones) había convertido el nombre de “Rosalba” en una moda, en un fenómeno viral; además, lo más interesante para mí: a Suárez lo leían mujeres que no poseían bibliotecas ni habían recibido una educación muy formal, mujeres (como la abuela de aquel asistente a la reunión, como mi bisabuela misma) que se ocupaban de los oficios domésticos en las casas de distintas familias.

Pasaron casi cinco años para volverme a encontrar con el nombre de Suárez. Pasó también un viaje y una conversación con una mujer maravillosa de 80 años (Susana Zanetti), quien mientras me deslumbraba mostrándome la biblioteca que cubría todas las paredes de su apartamento, me convenció de la importancia de estudiar a los lectores y sus lecturas. Luego de ese viaje y de esa conversación llegó a mí la relectura de un libro en donde el nombre de Suárez volvía a aparecer en el horizonte; el libro era del historiador colombiano Renán Silva y el nombre volvía a aparecer porque era uno de los autores más vendidos en las Ferias del Libro que se hicieron en Colombia entre 1936 y 1946, durante los gobiernos de la llamada República Liberal. Silva me dio la justificación y las primeras huellas impresas para ir tras los pasos de Suárez.

Silva también me dio las primeras lecciones en este aprendizaje de investigar a los lectores, sus lecturas y las ediciones compradas-leídas. Era una tarde de 2014 y Silva me esperaba en su casa. Mis preguntas resultaron inútiles, pero sus respuestas resultaron ser la puerta que me hacía falta atravesar para dejar hamacándose a la teoría literaria e ir en busca de su historia y de su práctica. Recuerdo que, a partir de ese día, leí muchas cosas, reuní los poquísimos y casi monosilábicos datos que existían sobre la vida de Suárez y conseguí algunas de sus siete novelas y de sus dos libros de cuentos largos;¹ elaboré algunas inferencias y, lo más importante de todo para mí: descubrí que las novelas de Suárez no eran “populares” del todo, porque fueron leídas también por hombres y por mujeres de élite (económica, social y cultural).

¿Cómo seguir las huellas de un escritor del que solo se conoce el nombre y datos demasiado imprecisos e ínfimos sobre su trayectoria social y literaria?,

1. Sus novelas: *Montañera*, 1916; *Rosalba*, 1918; *El alma del pasado*, 1921; *Así somos las mujeres*, 1928; *El divino pecado*, 1934; *Adorada enemiga*, 1943; *La llanura eterna* (–póstuma–). Sus libros de cuentos: *Sebastián de las Gracias*. *El gran cuento antioqueño*, 1942; *En el país de la leyenda: tres grandes cuentos de Zarzo*.

¿tiene realmente importancia saber quién fue y cómo consiguió ser uno de los autores más leídos de la primera mitad del siglo XX en Colombia? Sí, sí la tenía, sí la tiene para mí. No quería tranquilizarme “interpretando” sus novelas; no quería detenerme en la elucubración de su “estética”, de su estrategia narrativa para “atrapar” a sus lectores; no quería repetir aquellas escuetas valoraciones que clasificaban a Suárez como un escritor “popular”, apto para vender en cigarrerías. No quería nada de esto, pero, ¿por dónde empezar?

“La pesquisa”

Es agosto de 2015 y yo tengo la excusa perfecta para viajar a Manizales –la ciudad en donde mis padres aseguran que me concibieron y que nací, pero de la que no tengo recuerdos ni quedan huellas en mis documentos de identificación–, la ciudad en donde todo parecía indicar que había nacido Arturo Suárez, en 1888. Las librerías de viejo, de usados, de segunda, de libros leídos, son una buena opción para empezar. Don Octavio y su hijo me ofrecen las novelas que me faltan por leer y yo las compro todas, a precios que podrían ser los de libros nuevos; es la nueva moda “vintage”, me dice alguien, una nostalgia muy “hipster”. Una nostalgia que sí existe por los libros de Suárez en Manizales, pero no para los treintañeros –mis contemporáneos– que ni siquiera lo conocen, sino para quienes hoy recuerdan esas novelas de Suárez que leyeron en su juventud; es por esto, me dice don Octavio, “que no puedo dejarle el libro más barato”. Cuando salgo de las librerías con mi bolsa llena de libros y mi billetera ya sin la plata que estaba reservada para los próximos dos días, me siento en un maravilloso café ubicado en la segunda planta de la imponente Catedral de Manizales –sí, exactamente allí–, abro mi bolsa y uno de los libros; mi regalo es que ese libro está dedicado y firmado por el mismísimo Arturo Suárez.

Las horas pasan y yo continúo haciendo lo que se supone vine a hacer a Manizales. En un mismo día me entrevisto con el editor e historiador Pedro Felipe Hoyos y con el abogado y periodista Hernando Salazar Patiño. Como quien no quiere la cosa, les pregunto a ambos por Arturo Suárez. Pedro Felipe me comenta, como de paso, que su tía conoce a la hija de Suárez y que ésta, hace poco, se reencontró con su hermano. Tal vez nadie podría imaginar mi emoción; ¿Quién iba a decir que los hijos de Suárez estuvieran vivos? Pedro Felipe me promete hablar con su tía y conseguirme información sobre los hijos de Suárez. Más tarde, de uno de los tantísimos libros de la enorme biblioteca de Hernando Salazar, se desprende un recorte de periódico pequeñito.

El libro es la edición de *Rosalba* publicada por el admirable editor Arturo Zapata, en Manizales; el papelito es una noticia biográfica de Suárez que me informa que no nació en Manizales, sino en Pereira. Dos horas después, Hernando me llamará para confirmarme un dato: Suárez sí estudio en Manizales, en un colegio muy tradicional de las primeras décadas del siglo XX.

Los días pasan entre bibliotecas, llamadas y entrevistas, y las noches revisando correos electrónicos que me informan de más teléfonos y direcciones a las que debo llamar y escribir, con la esperanza de conseguir algún dato de Suárez. Un escritor colombiano, desde Canadá, me dice que no pierda el tiempo, que hay escritores más importantes, que valen “de verdad” la pena y no como Suárez, que fue apenas un “imitador”. Apago el computador y vuelvo a mirar la letra y la firma de Suárez en su libro, y me voy a la cama pidiendo, como en un rezo, que Pedro Felipe se acuerde de Suárez y llame a su tía.

Estoy en la Biblioteca del Banco de la República de Manizales, revisando periódicos viejos y, así, de la nada, veo en una de las páginas un anuncio sobre el consultorio del doctor Arturo Suárez. Días después, alguien me confirmará que ese doctor es uno de los hijos de Suárez y me dará el teléfono de una poeta manizaleña que fue su amiga; la mujer me dirá luego que Suárez ya no vive en Manizales. Busco un directorio de los pocos que quedan en la ciudad y trato de ubicar el apellido Suárez; anoto el número y llamo, pero el teléfono ya no existe. En la Sociedad de Mejoras Públicas (donde estoy mirando viejas revistas), le pido a la secretaria que me deje llamar al 113; pregunto por Arturo Suárez, pero me dicen que no tienen ningún registro en la ciudad de él. La secretaria me escucha y me dice que el doctor Arturo Suárez Ortega estuvo afiliado a la SMP hasta hace tres años y que ella debe tener su número telefónico; también me dice que su consultorio quedaba cerca de allí. Llamo, pero nadie contesta, así que decido ir al consultorio: un local ahora vacío alrededor del que, me dicen los administradores y empleados del edificio, decenas de personas hacían fila para que el doctor Suárez Ortega los atendiera. También me confirman que el doctor se ha retirado hace poco y ahora vive en un pueblo cerca de Manizales, en un clima menos frío y ceniciento que el de la bella ciudad.

Es mi último día en Manizales y nada me tienta más que emprender camino hacia el pueblo donde puedo encontrar al hijo de Suárez, pero me esperan en Bogotá con una entrevista que debo hacer esa mañana y con fotografías de periódicos cuya revisión debo terminar en la tarde. La entrevista es en uno de

los tantos agradables cafés de Manizales y mientras la mañana se va deliciosamente lenta hablando con Carlos E. Ruiz, director de la *Revista Aleph*, con su esposa Livia y con Nicolás Duque –patrocinador, en gran parte, de este viaje–, de la nada –nuevamente–, aparece una amiga de la pareja; una mujer encantadora quien alcanza a escuchar uno de los nombres de la conversación: Arturo Suárez. La mujer conoce a dos de las hijas del doctor Suárez, pero no tiene sus números de teléfono; ¿Es esto posible? Además de hijos, las nietas del escritor también andan por ahí, viven en Bogotá y una de ellas es escritora de telenovelas.

En la tarde, en la biblioteca de la Universidad de Caldas, vuelvo a los periódicos viejos, uno del año 1981. Voy pasando las páginas y me encuentro con dos anuncios: uno sobre las efemérides de la muerte de Suárez, al lado de un nuevo anuncio del consultorio médico de su hijo. Hojeo una revista más antigua aún –la bella revista *Cervantes*, elaborada por Arturo Zapata– y me encuentro con la noticia del matrimonio de Suárez en Manizales con una mujer (Inés Robledo Uribe) perteneciente a una de las familias más importantes de la ciudad, y el anuncio de su viaje de bodas a Argentina.

Me tomo mi último café en Manizales, una ciudad en la que el café sabe delicioso –para personas como yo, que ya no pasan un solo día sin tomarlo– a todas horas y en todos los lugares (y en donde lo ofrecen a todas horas y en todos los lugares). Llego al aeropuerto y ya me lo han advertido: pueden dar la orden de cancelar el vuelo en cualquier momento; la ceniza es la dueña y señora de los cielos, de esta pista rodeada de montañas, y aparece sin avisar. Han cerrado el aeropuerto, pero quince minutos después, cuando ya me he ilusionado con la idea de viajar y buscar al doctor Suárez Ortega, la voz en el micrófono da la orden de abordar el avión de inmediato; el embarque más rápido de toda mi historia en aeropuertos. En menos de media hora, el avión se eleva y abandona el verde, el volcán, las cenizas, la pista demasiado corta en donde los aviones pueden, en cualquier momento, seguir de largo, montañas abajo.

El regreso

Cuando llego a Bogotá, lo primero que hago es buscar información sobre la nieta de Suárez y allí está su nombre en internet: una entrevista en donde le preguntan sobre la más reciente telenovela que ha escrito y por la que ha ganado varios premios. Adriana Suárez cuenta que encontró un libro de su abuelo en un mercado de pulgas en España y que a partir de ese descubrimiento de-

cedió dedicarse a lo que realmente era su vocación: escribir. Horas más tarde, reviso mi correo y encuentro un mensaje de Pedro Felipe; tengo dos números telefónicos de dos de sus tíos. Ambos pueden darme información de los hijos de Suárez. El momento que transcurre entre anotar los números y llamar es largo; C. me mira y sabe cuánto he esperado este momento.

La tía de Pedro Felipe suena desconfiada y esquiva –con toda razón–; su tío, en cambio, me da el teléfono de su vecino, el doctor Arturo Suárez, y hasta la dirección exacta de su domicilio. Llamo, al fin, a Arturo Suárez hijo y le prometo que en cuanto pueda iré a visitarlo para hacerle una entrevista. Él me dice que aproveche que vivo en Bogotá para contactarme con su hija, quien es la que más sabe sobre el abuelo Suárez, y me da su número telefónico. Llamo a Adriana y su amabilidad y sencillez me tranquilizan; tratará de conseguirme una entrevista con su tía Alba Suárez Robledo, hija del segundo matrimonio (el primero católico) de Arturo Suárez Dennis.

El apartamento está ubicado en el último piso de un alto edificio sobre la carrera séptima, hacia el norte de la ciudad. Los muebles me dan la sensación de algo que se quedó atrapado en el tiempo: las finas porcelanas en el centro de la mesa, el espejo en cristal de roca, la mesa servida para el té, las telas palidecidas, pero que debieron ser tan refinadas en otros días, las fotografías en la pared, en blanco y negro, de mujeres en trajes formales, como en las elegantes fiestas de las películas del cine mudo y de los años 40. Adriana sentada al lado de su tía y yo en frente de ellas. Alba empieza a rememorar lo que recibo como la epifanía de toda esta búsqueda y sé que, en parte, también Adriana; ella abre una maleta de viaje antigua y empieza a sacar las ediciones de los libros de su abuelo, algunos manuscritos y un álbum de recortes. La luz es terrible, pero hago mi mejor esfuerzo para tener registros de lo que no sé si volveré a ver alguna otra vez en mi vida. Nos sentamos a tomar el té y la merienda. Alba me dice que allí, donde estoy sentada, era donde solía sentarse su padre; luego me lleva a su cuarto y me muestra una fotografía de sus padres y de sus abuelos. Todo el cuarto está lleno de recuerdos, de objetos que Alba conserva como los tesoros de su vida.

Cuando llego a mi casa y trato de rememorar todo, la idea me llega de golpe: no he encontrado la respuesta; he desechado datos falsos y he encontrado otros que se acercan más a una posible “verdad” sobre el caso de Arturo Suárez Dennis en la literatura colombiana, pero aún no tengo la respuesta acerca de cómo logró ser uno de los escritores más leídos y vendidos de la

primera mitad del siglo XX. Alba Suárez dice que su padre recibió sumas ínfimas por sus libros y que fueron las librerías y las editoriales (librerías que en esos años eran también editoriales y distribuidoras, y editoriales que también eran librerías y distribuidoras) las que se quedaron con las ganancias de las ventas, de la popularidad de su padre. Tal vez tenga razón, si recordamos que, en la primera mitad del siglo XX, la transacción más común en Colombia entre los editores y los autores era que estos últimos vendieran de una vez y para siempre los derechos de publicación de sus originales, sin posibilidad de recibir regalías o algún pago adicional por ellos.

Si la respuesta o gran parte de ella está en las editoriales y librerías que publicaron a Suárez, su caso sirve para ilustrar las condiciones adversas de profesionalización del escritor colombiano en la primera mitad del siglo XX y lo mucho que falta por investigar acerca de cómo procedieron y funcionaron esas editoriales, distribuidoras y librerías en el caso único de Suárez y de otros autores o títulos que pudieron funcionar medianamente bien en el estrecho, aunque no despreciable, mercado editorial colombiano de la época. Tal vez ningún otro escritor colombiano gozó de la admiración y el aprecio de tantos lectores (y sobre todo lectoras) como él, en su momento, pero a diferencia de escritores contemporáneos como José María Vargas Vila (otro de los preferidos del público lector), parece ser que Suárez no pudo vivir de su pluma. Su hija lo recuerda como un hombre que nunca buscó el reconocimiento de las autoridades literarias ni ganar dinero con sus libros, pero que vivía para escribir.

Una visita pendiente

Mientras para su hija, Suárez Dennis fue un hombre poco interesado en los negocios (que estaban a cargo de su esposa Inés), para su hijo, el doctor Suárez Ortega, su padre fue un hábil negociante que aprovechó la herencia –aunque no muy abundante, por los demasiados hijos– de su padre y tuvo éxito con la inversión en acciones de varias empresas del país: gaseosas, chocolates, fincas y teatros de Bogotá. Arturo Suárez Ortega me recibe, junto a su esposa y uno de sus hijos, en una agradable casa a las afueras de Viterbo (cerca de Pereira), el pueblo donde vive hace pocos años, desde su retiro de la medicina, que ejerció en Manizales por 60 años. Al igual que sus pacientes a él, el doctor Suárez extraña su oficio, pero disfruta de su vejez. Suárez Ortega me habla de su madre: la bogotana Rosa María Ortega, y de

sus esfuerzos para que él y su hermano menor (el arquitecto Alfonso Suárez, recordado por diseñar el Teatro Colsubsidio) accedieran a una buena educación, luego de que su padre hubiera formado una nueva familia junto a los Robledo Uribe.

Al igual que Alba, el doctor Suárez me habla de sus tíos abuelos paternos que fundaron Armenia y de la hacienda que fundó el abuelo Suárez en Pereira —cerca de donde estamos—, donde nació el escritor, y que todavía existe: Malabar. Antes de pasar a almorzar, el doctor Suárez me cuenta sobre el día que se encontró por casualidad, después de varios años, con su padre en Manizales y lo invitó a su casa a conocer a sus nietos. Arturo Suárez regresó a Bogotá, antes de poder cumplir esa visita y allí murió, a los 69 años, una semana después del encuentro con su hijo.

Regreso al pueblo y tomo el bus de vuelta a Pereira. Le pido al conductor que me deje en la entrada de Malabar y así lo hace. Camino algunos metros y encuentro la entrada a un condominio de casas enormes y rodeadas de un paisaje en el que quisiera quedarme por un rato más. Llego al hotel-restaurante que, en otro tiempo, fue la casa de los Suárez. La persona encargada me mira un tanto incrédula, cuando le cuento el motivo de mi visita, pero luego recuerda que una familia estuvo allí hace un tiempo por el mismo motivo y accede amablemente a que dé una vuelta y tome mis fotografías. Cuando estoy a punto de irme, me pregunta si quiero entrar en el cuarto que “dicen” era el del escritor; abre la puerta y me deja allí. Veo las camas adecuadas para que pasen la noche dos personas; veo los ventiladores, el baño, los muebles adecuados para tener las comodidades del siglo XXI, pero conservando cierta nostalgia decimonónica.

¿Dónde está Arturo Suárez Dennis? No en la imagen de sus hijos que poco tuvieron la oportunidad de conocerlo, como la mayoría de los hijos a sus padres. No en la imagen de sus esposas, que quizá convivieron con dos hombres distintos. No en las autoridades literarias colombianas que tanto lo despreciaron e hicieron esfuerzos para que su nombre quedara en el olvido. Nos queda de Suárez su amor por el romanticismo y su admiración por el modernismo; nos queda la imagen de los amores con los que todos hemos soñado en algún momento de nuestras vidas y que sigue repitiéndose en las telenovelas de las noches (una de las cuales su misma obra inspiró y otras más a las que su nieta da vida hoy) y más aún en la de las tardes, en algunas películas de éxito de las llamadas “comedias románticas” y en algunas canciones de antaño (una

de las cuales él mismo escribió);² nos quedan las imágenes de mujeres (por las que la Iglesia católica desaconsejó sus libros) que, a su manera, trataron de hacerle frente a su situación de desventaja, en un mundo de leyes patriarcales; nos queda la nostalgia por el campo.

Ahora que voy terminando la escritura de este relato veo su para qué: aquí lo que ninguna revista académica aceptaría publicar; aquí los detalles que ningún académico estaría interesado en escuchar; aquí todo aquello que se debe obviar y resumir en las presentaciones de los resultados de la investigación; aquí todo –o casi todo– lo que realmente ha significado encontrar cada dato, por mínimo o insignificante que parezca hoy a la luz de las grandes palabras.



Arturo Suárez junto a sus dos hijos: Alba y Pablo Suárez Robledo.
Fuente: Archivo personal de Alba Suárez Robledo (APASR).

Pienso en la abuela de quien me habló por primera vez de Suárez, pienso en aquellas mujeres que guardaban sus libros debajo de sus almohadas o entre el baúl de las cosas más queridas; pienso en mi propia abuela, de quien no sé casi nada y aunque no podría imaginarla leyendo un libro, porque ignoro si alguna vez los hubo en su casa –una de mis tías me dice que leía, sobre todo, revistas–, siento que las historias de Suárez rondaron sus sueños, sus tristezas y muchas de sus frustraciones y alegrías. Son esas mujeres, esas posibles lectoras (y lectores) quienes han permitido que la obra de Suárez permanezca;

2. El bambuco “En la romería” (también llamado “Chinita querida”), con música de Alejandro Wills. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=kD1677A8a_c. Consulta: junio de 2016.



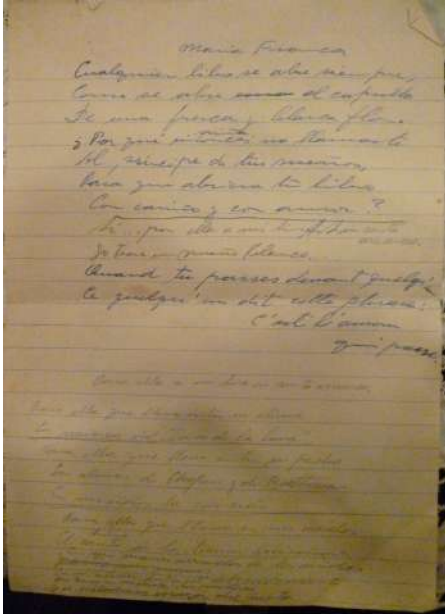
Arturo Suárez con su hija Alba (APASR).

son esos lectores los que me han enseñado que la historia de la literatura no está solo en los libros que omiten ciertos nombres y resaltan otros, sino en las huellas que van dejando los lectores, los que prefirieron el libro barato recomendado por un amigo o por una amiga y no el que alabó el crítico en la prensa del día. Las preguntas sobre Suárez, sus lectores y los recorridos de sus libros siguen allí y yo continúo en pos de alguna otra respuesta.

Bogotá, junio de 2016.



Alba Suárez y su sobrina Patricia Suárez, hija de Arturo Suárez Ortega.
Fuente: Fotografía de la autora tomada en septiembre de 2015 (Bogotá).



Manuscrito de Arturo Suárez (APASR).

Arturo Suárez Ortega y su esposa.
Fuente: Fotografía de la autora tomada
en noviembre de 2015 (Viterbo).



Malabar: casa en la que nació Arturo
Suárez Dennis. Fuente: Fotografía
de la autora tomada en noviembre de
2015 (Cerritos-Pereira).

Asombros y desconciertos

Milcíades Arévalo

Pereira era todas las noches una ciudad alucinante y trasnochadora, de eso no había duda. La ciudad estaba preñada de risa y alegría por todas partes. Todavía no era diciembre, pero las calles eran un río de colores. Con lluvia o sin lluvia, el aire te acariciaba la piel y todo era de otro color.

Eso pensé antes de entrar al recital de un poeta Zen, sabedor de las virtudes del yagé, las bondades de la marihuana y otras yerbas alucinógenas relacionadas con la magia y el espíritu. La charla había sido programada para las siete de la noche, pero llegué justo en el momento en que el público ya iba de salida, porque al poeta le dio por salir a la calle desnudo a declamar a Verlaine y los asistentes no aguantaron tanta falta de respeto.

Después de deambular por Pereira como un hijo sin madre, entré a una taberna que encontré en el camino. Todo a media luz. A media luz pude ver fotos de Gardel, Magaldi, Libertad Lamarque, Violeta Parra, un afiche de Piel Roja. Parejas sedientas de deseo. Humo, mucho humo. Los sonidos del bandoneón salían de la rocola y una voz ronca cantaba una milonga endemoniada. Le pedí a la mesera, una muchachita llamada Raquel, cambiarme un billete por monedas para poner en la



rocola una canción que a mí me gustara, pero en vez de hacerlo me presentó a un chico, de cabellos dorados que revoloteaba entre el público con un saxofón colgando del pescuezo. El chico no sabía tocar nada, pero improvisaba muy bien. El chico me preguntó para qué había venido a Pereira. - ¡A divertirme! Eso fue suficiente para invitarme a una fiesta en su casa, que quedaba a la orilla de una carretera que iba para Dos Quebradas.

Arcesio invitó a Raquel y a una chica llamada Sonia, la misma que todos miraban con simpatía, tal vez porque no decía nada, o tal vez porque con sonreír lo decía todo. Compramos lo necesario para pasar la noche, cigarrillos, papas fritas, trago, etc. Después de todo yo no conocía Pereira y quería tener amigos. Todos queríamos pasarla bien esa noche y acortamos la distancia tomando un taxi.

La casa de Arcesio lindaba con la desmesura. Era una casa tan grande que uno podía perderse, desorientarse y caer al vacío. Estaba reforzada con pilotes de cemento, para que no se la llevara el torrente que escurría por las laderas cuando llovía, casi siempre. Al fondo de una larga escalera que desembocaba en el vacío, habían pintado un caballo negro que parecía huir cada vez que relumbraba un relámpago. En la baranda del corredor había una silla de montar, un par de espuelas, un garabato de palo y unos zamarros. Solo faltaba un jinete encima del endiablado caballo negro. Las habitaciones estaban unidas por un largo corredor de madera. Los cuadros, los floreros, los ventanales, la guitarra y el tiple, todo estaba en su sitio. De vez en cuando retumbaba un trueno lejano, el ronroneo de un carro subiendo la cuesta, la gente que cruzaba la carretera. A través de los ventanales se veía el batir de las sombras en las plataneras vecinas. El sonido de la lluvia lo abarcaba todo en la inmensidad de la noche, pero a ninguno le interesaba lo que sucediera afuera de la casa, solo tenían oídos para el estridente saxo que tocaba Arcesio en mitad de la sala.

Después de un rato bien largo, sin hacer otra cosa que charlar con Raquel, acerca de las proezas interpretativas de Arcesio con el saxo, fui a buscar el baño. Abrí la puerta que no debía. Solo se oían jadeos, risas, parejas bailando en la oscuridad, tendidos en el piso. La siguiente habitación estaba repleta de bastones de bambú. Seguramente las demás estaban repletas de bambú y gente bailando. Al llegar a la última habitación encendí la luz. Una anciana, más huesos que carne, con las canas regadas sobre los hombros, al verme entrar me espantó como si esa fuera su última voluntad:

- ¡Vete al diablo, hijo de la perdición! -dijo y se cubrió el rostro.

Supuse que me había confundido con un ladrón, un vendedor de espantapájaros, un predicador, un asaltacunas. Cerré la puerta y salí corriendo a buscar a Arcesio, para decirle que en la penúltima habitación se estaba muriendo una anciana, que llamáramos a los bomberos, a la policía porque si se moría nos echarían la culpa y yo no quería terminar sindicado de un crimen. Raquel, a le que poco le importaban los relámpagos, ni el zumbido del viento en el tejado, solo dijo:

- ¡Otra vez comenzó a llover!

- ¿Siempre llueve así? – le pregunté. Había veces que llovía por dos, tres días seguidos o una semana entera y la tierra comenzaba a temblar, la gente se volvía loca y los bomberos no sabían si rescatar cadáveres, apagar incendios, salvar viudas o dejar todo en manos de la desgracia.

-Menos mal que en Pereira todos son santos -dijo Sonia con cierta ironía.

-El año pasado fue peor -respondió. La corriente bajó por la cañada y se llevó la casa de mi tía Zenaida, las plataneras del tío Simón, la mula de don Ramiro y todo lo que había por delante. A la única que no le pasó nada fue a la abuelita de Arcesio; al quinto día la encontraron comiendo cáscaras de banano entre los escombros que dejó el río Otún. Sonia, que hasta entonces se había quedado callada, me preguntó quién era Silvia Plath.

-Ni siquiera sé por qué me preguntas de lo que no sé -me apresuré a responderle.

-Es para una tarea. La profa del taller de poesía pone unos temas tan aburridos que el único que los entiende es el papá.

Al ver que comenzaba a gotear, pensé que el techo resistiría otro invierno y me olvidé de Sonia, de la poesía y de Sylvia Plath. Rato después cayó una gota más grande, pero nadie le dio importancia; tampoco yo le di importancia. Nada tenía que hacer allí y la noche era tremendamente helada. Por lo demás, tenía que madrugar o perdería el vuelo de regreso.

Sonia continuó hablando con Raquel, sin darle ninguna importancia a lo que yo dijera o pensara. No me era fácil relacionarme con las mujeres. No sé qué decirles, temo tocarlas, tropiezo a menudo con ellas, nunca las invito a tirar, y al mismo tiempo soy tan compasivo con ellas que les presto mis servicios, les doy la mano al cruzar la calle y cuando se meten en la cama conmigo las dejo hacer lo que quieran mientras yo leo. Temó herirlas. Con

todos los demás soy un extranjero más entre la multitud. En vez de meterme en conversaciones que no entiendo, procuro escabullirme, volverme invisible, no estorbar.

La casa de Arcesio era tan grande que, sin quererlo, terminé dando vueltas en el mismo sitio. Nada ni nadie parecía real, ni siquiera las personas que estaban conmigo. Cada cual estaba en lo suyo, hablando de manera singular de la lluvia, del narcotráfico que había convertido al país en la Chicago de baroque... La casa se estremeció toda, la araña de cristal que colgaba del techo, cayó en mitad de la sala y fue como si de pronto la oscuridad se hubiera tragado el mundo. Esperé que todo volviera a la normalidad, pero el mundo era un caos y nada volvió a ser como antes. Los invitados comenzaron a abandonar la casa. Solo quedamos Raquel, Sonia, yo y la abuela. Arcesio no aparecía por ninguna parte. La abuela comenzó a gritar que se quería morir, que tenía hambre y calenturas... Le llevé un vaso de agua y una salchicha que encontré en la nevera. La anciana era tan vieja que toda ella parecía de cal. No quise seguir mirándola porque tuve miedo que se me desvaneciera en el aire y me fui a dormir.

A la mañana siguiente, un gallo cantó en la vecindad, las campanas de una iglesia lejana sonaron con desgano y volvieron a oírse las voces de la gente en la calle, los sonidos del día. Me levanté. Arcesio no había regresado en toda la noche. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, no había por dónde escapar. Busqué las llaves en la cocina, debajo del tapete, en el escaparate, el estuche del saxo. ¡Maldición! Dejé que los perros de la vecindad siguieran ladrando, que se cayera la casa, que la abuela se muriera. Esperé más de la cuenta.

Cuando Arcesio apareció ya era medio día. Me preguntó quién era yo, qué hacía en su casa, en qué momento se había caído la araña de cristal. Sí todo había sido un sueño, lo único que me faltaba era que entrara el diablo y se repartiera el mundo.

Un año después supe que Arcesio había sido detenido en Nicaragua con un cargamento de bastones repletos de cocaína, que Raquel había muerto de un aneurisma cerebral y que la abuelita de Arcesio, había cumplido 98 años y por ahora no pensaba morir de felicidad sino de asombro.

Lilahuiro (bunde)



Dibujo de Leonardo Quijano ("Lilahuiro").

Carlos-Augusto Cardona A.

"HIJOS DE LA TIERRA" Antología

A Leonardo Kijano: "Sabremos callar
y ausentarnos a tiempo" - En memoria.

LilaHuiro

Bunde

Música: Carlos Aladín

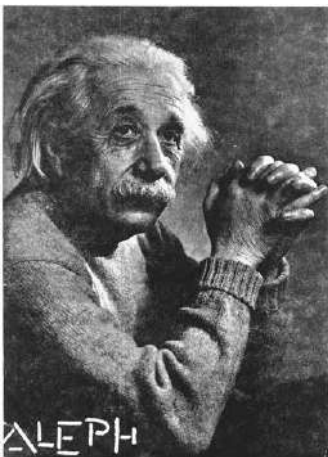
The image displays a musical score for the piece "LilaHuiro" by Carlos Aladín. The score is arranged in three systems, each with five staves. The instruments are Violines I II, Violines III IV, Violas I II, Cello/Bass, and Percusión. The music is written in a key signature of one flat (B-flat) and a 6/8 time signature. The first system includes a dynamic marking of *ff* (fortissimo) for the strings. The second system includes a dynamic marking of *ff* for the strings and a *ride* marking for the bass drum. The third system includes a dynamic marking of *ff* for the bass drum. The score is marked with measure numbers 7, 14, and 14.

This musical score is arranged in four systems, each containing five staves. The instruments are:

- System 1 (Measures 51-57):**
 - Vlns I II: Treble clef, mostly rests.
 - Vlns III IV: Treble clef, playing sixteenth-note patterns with a *mf* dynamic.
 - Vlns I II: Bass clef, playing chords and moving lines.
 - Cell/Bass: Bass clef, playing a steady bass line.
 - Perc.: Snare drum, playing a consistent rhythmic pattern with a *mf* dynamic.
- System 2 (Measures 58-63):**
 - Vlns I II: Treble clef, playing eighth-note patterns.
 - Vlns III IV: Treble clef, playing sixteenth-note patterns.
 - Vlns I II: Bass clef, playing chords.
 - Cell/Bass: Bass clef, playing eighth-note patterns.
 - Perc.: Snare drum, playing eighth-note patterns with a *mf* dynamic.
- System 3 (Measures 64-69):**
 - Vlns I II: Treble clef, playing eighth-note patterns.
 - Vlns III IV: Treble clef, playing sixteenth-note patterns.
 - Vlns I II: Bass clef, playing chords.
 - Cell/Bass: Bass clef, playing eighth-note patterns.
 - Perc.: Snare drum, playing eighth-note patterns with a *mf* dynamic.
- System 4 (Measures 70-76):**
 - Vlns I II: Treble clef, playing eighth-note patterns.
 - Vlns III IV: Treble clef, playing eighth-note patterns.
 - Vlns I II: Bass clef, playing chords.
 - Cell/Bass: Bass clef, playing eighth-note patterns.
 - Perc.: Snare drum, playing eighth-note patterns with a *mf* dynamic.

Vlns I II
 Vlns III IV
 Vlns I II
 Cello/Bass
 Perc.

Measures 78-93. The score includes parts for Violins I & II, Violins III & IV, Cello/Bass, and Percussion. The percussion part includes a snare drum pattern and a tom pattern. The dynamic marking *ff* is present at the beginning of measure 78 and at the end of measure 93. The percussion part includes the following markings: *ff*, *Crash*, *Roll*, *Crash*, and *Bombo*.



Notas

Respuesta al reconocimiento académico de la Universidad de Caldas (por: Aída María González-Correa; MD, Prof. U. de C. Manizales, 02 de diciembre del 2021). Recibir este homenaje sintetiza muchas cosas de mi vida. Es un sumario de procesos largos, de hechos puntuales, de trabajos cotidianos, de vivencias, que se condensan en este acto cargado de significado.

Siendo una apasionada de la semiología, quisiera expresar mi emoción y mis agradecimientos con símbolos e imágenes. Y estoy segura de que no les resultará difícil determinar lo que estoy sintiendo en estos días, viendo mi facies de felicidad, mi marcha enérgica, la mirada brillante y dirigida hacia adelante, la evidencia de movimientos súbitos de mis brazos en gesto de entusiasmo, la evidencia de rubicundez al estar acá hablando frente a ustedes.

Ser la homenajeada me ha obligado a devolver la mirada y a hacer un repaso por algunos hechos que han determinado la manera en que realizo mis actividades de médica y docente.

Y el recuento se extiende hasta muy atrás. (Espero que los geriatras no empiecen a hacer conjeturas, por aquello de la memoria remota)

Se extiende hasta la infancia, cuando veía a mi mamá, semióloga empírica, con su capacidad especial para ver y escuchar a las personas y de cierta manera “diagnosticar” sus necesidades y dolencias.

En esa misma época, mi papá, al ver mi interés temprano por el funcionamiento del cuerpo humano, me trajo a esta misma Universidad para mostrarme cómo se contraía el corazón, cómo se insuflaban los pulmones, cómo se veían los órganos. También, me llevó a su consultorio de electroencefalografía (término que usábamos para poner trabalenguas a los amigos), para enseñarme cómo unas líneas impresas en tinta mostraban la actividad eléctrica, menos visible, del cerebro.

Mi papá fue mi maestro de fisiología y era un placer escuchar sus explicaciones sencillas y aclaradoras. De él decían los estudiantes que enseñaba como Caperucita Roja pero preguntaba como el lobo

feroz. Me acompañó en cada fase del proceso de formación como médica y docente, con consejos precisos y oportunos; con sesiones de repaso de los conceptos de fisiología que necesitaba para comprender los síntomas y los signos de los pacientes; con representaciones de las marchas y los movimientos involuntarios, para que yo los mostrara en clase a mis estudiantes.

Después de los años de formación como médica, comencé una nueva carrera: la de docente. Una segunda profesión en la que cada día debo indagar por los desarrollos de la medicina y específicamente del diagnóstico, percibir por medio de los diferentes sentidos las inquietudes académicas de mis estudiantes, diagnosticar las necesidades de formación y aprender cosas nuevas para responder a sus expectativas y dudas. Como cuando un estudiante, con reservas sobre mis competencias académicas, después de un examen escrito se acercó a decirme: “Profesora, ¿Y usted creía que la respuesta era la b?”

O reírme de mí misma cuando al mirar en una historia clínica el resultado de una ecocardiografía, me traicionó el espíritu romano y en vez de leer fracción de eyección del ventrículo izquierdo, leí fracción de eyección seis.

O darme cuenta de que hay que mantenerse al día, cuando siendo espectadora de la trivía médica de esta semana, consideré la llamada a un amigo para poder responder una de las preguntas que se hicieron.

Y en esta carrera docente, he obtenido notas meritorias expresadas en flores, palabras de agradecimiento y abrazos

al finalizar cada rotación. Siento que recibí mi grado la primera vez que un estudiante me eligió para la imposición de su insignia.

El título de posgrado me lo otorgó más adelante un grupo de estudiantes que tuvo la iniciativa de crear el semillero de imágenes diagnósticas en mi honor.

Y hoy con este homenaje, el más hermoso y significativo que un docente puede esperar, siento como si estuviera recibiendo el título de Doctorado. Es para mí el más hermoso y significativo porque me lo otorgan ustedes, los estudiantes que son el foco principal de mi interés profesional.

Esta distinción que recibo de ustedes, tiene una dimensión muy grande porque considero que la Semana de Medicina permite que nos encontremos como estudiantes, médicos y docentes con una visión que incluye otras facetas de nuestras vidas.

Las actividades culturales, el alto nivel académico y la integración que se vive en estos cinco días contribuyen a formarnos y a fortalecer nuestra visión holística de las personas y su entorno.

En el siglo XIX, los pioneros del diagnóstico físico realizado a la cabecera de los pacientes, fueron apasionados por la literatura, el arte, la historia, los viajes y todo lo que enriqueciera el espíritu humano. Esa visión amplia de la vida la transmitían a sus discípulos, como parte fundamental de su formación. Se conoce por ejemplo, que William Osler, padre de la medicina moderna, le daba a sus discípulos listas de libros en las que se incluían obras de Shakespeare y de otros escritores clásicos.

Soy una persona privilegiada. Tengo el privilegio de haber crecido y ser parte de una familia grande, amorosa y solidaria, en la que siempre están presentes la música, el humor, lecturas, conversaciones sobre diversos temas, todo esto en un ambiente en el que siempre hay disposición a ver el mundo con una mirada amplia.

Tengo el privilegio de compartir mi vida con Octavio, mi esposo. Él, con su amor, su generosidad, sus diversos intereses y su visión extensa, ha expandido mis horizontes y me ha permitido vivir y disfrutar a su lado y con amigos y familiares entrañables, el teatro, el cine, la danza, los viajes, las exposiciones de arte. Recuerdo una obra de teatro conmovedora que contaba, sin palabras y a través de máscaras, el curso de la Enfermedad de Alzheimer. Era toda una lección de semiología.

Tengo el privilegio de tener a mis hijos Antonia, Sergio y Camilo, quienes son una fuente de aprendizajes continuos y quienes con su sensibilidad, sus intereses y pasiones, mantienen activas y rejuvenecidas mis miradas del mundo.

Tengo el privilegio de haber sido formada por maestros que me inculcaron el amor por la semiología, compañeros de trabajo cálidos, cercanos y solidarios, que hacen amable el día a día en el entorno laboral. Personas que desde su labor administrativa me apoyan, me cuidan y se preocupan por mi bienestar.

Y también he contado con el privilegio de tener estudiantes ávidos, inteligentes, comprometidos, que me han llenado de satisfacciones y han determinado mi pasión por los espacios de interacción di-

recta en el aula de clase. Esa fuerza viva que incluso lograba, como si entrara en una burbuja, mitigar durante las horas de clase los fuertes efectos de sesiones de carboplatino y paclitaxel.

Pero tal vez la manera más precisa de sintetizar la integralidad en el ejercicio médico es poder experimentar en primera persona, desde la otra perspectiva, lo que busco inculcar en las clases y rondas hospitalarias: la diferencia que logra un médico ortopedista, que ejerciendo esa integralidad, hace una evaluación clínica y abre la puerta a un proceso diagnóstico de una patología ajena a su especialidad; el enfoque cálido, ecuánime y esperanzador sobre un tratamiento, que dan confianza y optimismo al paciente; el valor de la actitud frente a la enfermedad; el poder de la solidaridad del entorno familiar; la importancia de los amigos, los compañeros y los alumnos.

Finalmente, espero que así como al comienzo de mi intervención pudieron evaluar mi apariencia general, puedan ahora, con más elementos, hacer el diagnóstico de docente o profe feliz, ya que cumplo con todos los criterios diagnósticos: emoción, orgullo, compromiso de continuar mi labor y gratitud intensa. Y para hacer el manejo y el mantenimiento de esta condición, espero seguir recibiendo dosis elevadas de cariño, abrazos por lo menos una vez al día, dosis de humor a necesidad, sonrisas e inyecciones de motivación permanentes.

Muchas gracias.

Reseña del libro “¡A esta santa Bárbara jamás me encomendé!” de Francisco González-López. Ed.Universidad

del Rosario, Bogotá 2020 (por Gloria-Carmenza Alzate Q.). Médico de la Universidad de Caldas con estudios de maestría en Estética e Historia del Arte de la Universidad del Rosario, Francisco González López recorre el mundo de las imágenes de *Santa Bárbara barroca* en la Europa y en la Nueva Granada de los siglos XVII y XVIII, partiendo de una pregunta acerca de la aparición de una imagen en tierras americanas que representa el martirio de la santa con ausencia de sus signos y atributos característicos: la torre, la espada y el cáliz. Los acercamientos para encontrar las posibles razones de los “giros del culto de Santa Bárbara en tierras americanas” los hace a partir de hipótesis sustentadas en rigurosa información que despliega a lo largo de ocho capítulos que le permiten transitar caminos no solo en una perspectiva religiosa cristiana como el origen de las imágenes de los santos, sus atributos, roles, signos y sus representaciones, sino además, la influencia derivada del concilio de Trento (1545-1563) para la instauración de la política contrarreformista en las Indias en aras al cumplimiento de su propósito evangelizador en la recién “descubierta” América.

Para entender el concepto de la “*Santa Bárbara barroca*” el autor caracteriza el estilo artístico denominado Barroco, una nueva forma de concebir el arte originado en los siglos mencionados, el cual coincidió con las disputas entre países católicos y protestantes producto de *La Reforma Protestante de Lutero* (1517) que sumió al cristianismo en una crisis y lo condujo al planteamiento de la *Contrarreforma*. La respuesta de la iglesia tenía entre sus propósitos la renovación del mensaje, la expansión de

la fé católica y un mayor acercamiento a los fieles, para el caso, se vale del estilo barroco como instrumento propagandístico y de comunicación, en palabras del autor, “...nada fue mas eficiente y oportuno que el estilo barroco, repleto de imágenes que rememoraban el misticismo y el sacrificio primitivo” (Introducción, XXXI).

A lo largo del libro se encuentran 29 bellas imágenes que se convierten en un recurso de apoyo valioso para una mejor comprensión de los detalles que las hacen diferentes en los dos contextos de análisis, Europa y la Nueva Granada, de los estilos artísticos característicos del arte Barroco y de la posible transferencia de atributos de la santa mencionada con la italiana Santa Águeda.

La investigación realizada muestra una estrecha relación entre las manifestaciones artísticas y contextos diversos que van desde lo geopolítico, hasta aspectos económicos, religiosos, culturales y sociales a partir del caso específico de una “santa”, señalando así que el arte siempre tendrá una finalidad estética y será un mediador de la comunicación en cualquier momento de la historia.

Y al final, las mismas preguntas... nos dice el autor, solo que para los lectores estas no estaban presentes... El estudio proporciona una interpretación de signos tomando como pretexto a Santa Bárbara, pero deja abierto el camino para ulteriores análisis de cualquier fenómeno.

“Ronald Dworkin: Una biografía Intelectual” (Leonardo García-Jaramillo, ed. y trad., Madrid, Trotta, 2021, 315

p.). Reseña por Vicente F. Benítez R. (Profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de La Sabana, Bogotá). Ronald Dworkin es, quizás, el filósofo del derecho más estudiado en nuestra región luego de la segunda mitad del Siglo XX. Todas sus obras no solo han sido traducidas al castellano sino que, además, han sido frecuentemente citadas por cortes constitucionales como la colombiana. Su pensamiento, sin duda, ha ejercido una influencia fundamental en cómo se entiende y aplica el derecho contemporáneo: la cultura jurídica latinoamericana ya se encuentra familiarizada con (y a la hora de examinar casos complejos recurre a) ideas centrales como la integridad del derecho, el derecho como una forma de argumentación moral, la tesis de una única respuesta correcta y la defensa del control judicial de constitucionalidad como consecuencia del derecho a ser tratado como un igual, por mencionar solo algunas de ellas.

Ideas influyentes como estas, sin embargo, rara vez resultan ser el producto de una reflexión investigativa aislada del mundo y de una comunidad académica con la cual se pueda deliberar para poder refinarlas. Esto lo demuestra el reciente libro editado por el profesor Leonardo García Jaramillo, *Ronald Dworkin: Una Biografía Intelectual*. En esta antología se expone cómo un contexto social en el que el activismo de la Corte Warren aún estaba fresco en la historia de Estados Unidos y en el que los debates sobre los derechos estaban en la primera línea de la agenda pública por cuenta de eventos como la guerra de Vietnam, la despenalización del aborto o el florecimiento de movimientos sociales que

revindicaban causas como las de las minorías sexuales y étnicas, contribuyó a forjar a Dworkin como intelectual público y académico (pp. 17, 28, 68, 70, 79, 171-172, 272). Pero, además de ello, Dworkin se benefició de un ambiente intelectual propicio a los dos lados del atlántico del norte global (en universidades de la costa este norteamericana y de Inglaterra); ambiente donde tuvo la oportunidad de confrontar sus tesis con titanes de la filosofía política y del derecho como Jürgen Habermas, Thomas Scanlon, Gareth Evans, Herbert Hart, Bernard Williams, Richard Posner, Cass Sunstein o Thomas Nagel, entre otros.

Estos planteamientos se desarrollan en una obra compuesta por una serie de materiales (algunos de ellos inéditos incluso en inglés) cuidadosamente elegidos, organizados y traducidos por el editor-traductor García Jaramillo. Estos materiales tienen una característica que vale la pena resaltar y que hace que la lectura sea interesante para cualquiera que encuentre en Dworkin un buen ejemplo de lo que debe ser un académico comprometido con los retos de su tiempo y con vocación de contribuir a su solución: no se trata de piezas académicas estrictamente hablando sino de discursos, crónicas, textos de homenaje, entrevistas y artículos de prensa escritos por el mismo Dworkin y por personas cercanas, como su segunda esposa, amigos, colegas, contradictores y estudiantes. Por ello, aunque es inevitable que elementos del corpus dworkiniano aparezcan frecuentemente a lo largo del libro (por la naturaleza misma de una biografía intelectual es imposible separar al autor de su obra), no es un texto “de” Dworkin sino “sobre” Dworkin, que na-

rra la vida, el ascenso y las aventuras del héroe más famoso de la filosofía jurídica mundial de finales del siglo XX.

El libro transcurre en cuatro actos. En el primero, el editor introduce con mucha precisión el género de las biografías intelectuales (tan poco conocido en nuestra lengua), explica (de la mano de conceptos clave) cómo dinámicas intelectuales y contextos sociales inciden en el pensamiento académico de personas como Dworkin y cómo debe adelantarse una investigación de este tipo y, además, examina el entorno académico y social en el que se desarrollaron sus teorías. Con ese marco conceptual como base, los siguientes actos exploran tres momentos que conforman un arco que cubre toda la vida pública del autor norteamericano:

(i) *Pasado*: en la primera parte, denominada “Motivación de la Obra”, se explican las razones, en palabras de Dworkin, que dieron origen a sus preocupaciones e inquietudes intelectuales (notablemente el dominio del positivismo y su incapacidad de responder a problemas sociales que se vivían desde la década de los sesenta en Estados Unidos y a la práctica del derecho que hacían los participantes de la comunidad jurídica de ese país);

(ii) *Presente*: la segunda parte contiene perfiles biográfico-intelectuales escritos por colegas, periodistas y estudiantes durante la vida de Dworkin. Se estudian el impacto de algunos aspectos de su experiencia personal en su pensamiento (como es el caso de su trabajo como asistente del juez Learned Hand, su paso por la firma Sullivan & Cromwell, la incidencia que su primera esposa, Betsy,

tuvo en su decisión de iniciar como profesor en Oxford y Yale, y su posterior traslado a UCL y NYU, así como su –por momentos– turbulenta relación personal y académica con Herbert Hart). Así mismo, examinan varias de sus tesis y su impacto en situaciones complejas del momento en Estados Unidos (como en las discusiones sobre aborto, eutanasia, o la presencia de la religión en la vida pública) y en otros países como Argentina (a propósito de la transición a la democracia), Suráfrica (luego de la caída del apartheid) y Colombia (en relación con la redacción de la Constitución vigente); y

(iii) *Legado*: la última parte del libro, “En memoria de Dworkin”, reúne discursos y homenajes que se produjeron luego de su muerte. Allí no solo se confirma su altura intelectual sino que varios colegas, amigos, familiares, opositores y editores se refieren a su legado y a cómo su constante presencia en la discusión pública (como sus acostumbrados escritos en el *New York Review of Books*) se echará de menos.

“Ronald Dworkin: Una Biografía Intelectual” ofrece varios argumentos muy persuasivos que invitan a su lectura. Para comenzar, se explora en detalle la vida de, posiblemente, el filósofo del derecho contemporáneo que renovó y le “dio color” a la filosofía jurídica de nuestros días. La forma en la cual esta vida pública dio forma a su pensamiento indudablemente permite entender de mejor forma sus tesis disruptivas –que pusieron en tela de juicio la teoría jurídica que había dominado el derecho por décadas– al hacer más humana y cercana una experiencia académica de carne

y hueso (con triunfos y dudas). Además, trabajos como el de García Jaramillo son necesarios porque ofrecen una visión realista de autores ampliamente leídos, como Dworkin. En efecto, es difícil concebir la existencia de un autor influyente apartado de la realidad y de un mundo intelectual que incentive la producción de ideas originales. Tercero, todo esto se logra con recurso a un género académico poco conocido en la región y que merece mucha más atención. Finalmente, el libro reseñado muestra un ejemplo de cómo la función social de la labor académica, sobre todo en las ciencias sociales y humanidades, exige que filosofías, conceptos y doctrinas no puedan divorciarse de una reflexión práctica que ponga el quehacer académico en el centro de la discusión pública como motor de cambio social. Esa es una de las lecciones de la vida de Dworkin y su papel como pensador público que se involucraba en debates muy controversiales que tuvieron lugar a lo largo de su vida.

A propósito de “El hombre en busca de sentido” (por: Sergio Giraldo-Ruiz). Se trata de pequeño y gran libro, escrito por el psicólogo, filósofo, neurólogo y fundador de la Logoterapia, Viktor Frankl, publicado en Alemania en 1946, con múltiples ediciones en variados idiomas. Frankl nos cuenta las vivencias, en su mayoría horrores he de decir, experimentadas en el *Lager* (campamento), en el que fue prisionero durante tres años (1942-1945), y pasó de ser Viktor Emil Frankl a ser el prisionero “109.104”.

Tal y como lo comenta el mismo Frankl, este libro es mucho más que un texto autobiográfico y testimonial, es la recopilación

de las experiencias personales y las de terceros vividas mientras estaban reclusos en el *Lager*. Como primicia inicial, Frankl plantea la siguiente pregunta, la cual es la base de su libro, “¿Cómo se veía afectada la psicología del prisionero por el día a día en un campo de concentración?”, la cual responde técnicamente en tres fases: Inmediata, de Adaptación y posterior a la Liberación.

No pretendo realizar un resumen de este gran libro, sino motivar su lectura, al reconocer que Frankl logra infundir un mensaje lleno de esperanza, pese a haber sufrido los horrores de la brutalidad humana, mientras estuvo recluso en los campos de concentración.

Si bien este libro nos recuerda la falta de dignidad, también nos refiere que aún en las mayores desgracias el ser humano le puede encontrar sentido a la vida, puede poner su vida al servicio de los demás, que la alegría se puede encontrar en las cosas más pequeñas, aprender a valorar realmente lo que tenemos en frente, en especial a la familia, los amigos y los seres queridos. Lastimosamente a veces pasamos por alto todo esto, nos olvidamos que tenemos una vida por vivir. Lo dijo el propio Frankl: “Cualquier hombre, a lo largo de su vida, se verá enfrentado a su destino y tendrá la oportunidad de convertir un puro estado de sufrimiento en una hazaña interior”. He aquí la importancia de saber caer, como dice Joel Dicker al referir el caso de Harry Quebert, y no se debe ser miserable porque el mundo lo sea con uno, o dicho aún mejor en las propias palabras de Frankl: “Nadie tiene derecho a hacer el mal, aunque haya sufrido una atroz injusticia”.

No me atreveré a tocar a fondo el tema de la “Logoterapia”, teoría bastante interesante, debido a que considero que no tengo los estudios ni el conocimiento para cubrir con amplitud el tema. Me limito a decir que lo considero de suma importancia, en virtud de estimular la búsqueda de sentido a la vida, a encontrar el sentido de la existencia humana, un verdadero reto hoy en día, ya que desde la educación primaria se nos dice lo que tenemos que ser. Encontrar el sentido de la vida depende de cada ser humano, no de un tercero.

He de agradecer al señor Frankl, en donde quiera que esté, y a la persona que me recomendó este libro, ya que me ha impregnado aún más de ganas de vivir la vida, de levantarme cada día a cumplir mis objetivos, y más aún, pese a las dificultades nunca olvidar el sentido de la vida, aunque siempre será cambiante ya que “no importa lo que esperemos de la vida, sino que importa lo que la vida espere de nosotros” (V. Frankl).

Me quedo entonces con una de las frases de Nietzsche que se repetía Frankl una y otra vez durante su reclusión y posteriormente en su liberación: “Quien tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier *cómo*”. Es deber de cada persona encontrar ese *porqué* para soportar todas las circunstancias que pueda presentar la vida.

En la lectura de este libro pensé en una posible respuesta a una de las preguntas recurrentes que he tenido: ¿Cuál es la esencia que nos hace humanos?, por primera vez, me atreveré a explorar en una respuesta.

Para responder a esta pregunta primero tendremos que comprender lo que es la

esencia, que a lo largo de la historia ha tenido distintos significados filosóficos, pero para este caso se entenderá esencia como ese algo sin el cual la cosa dejaría de ser esa cosa, ese *algo* que identifica correlativamente a la cosa, lo que conduce a otra pregunta compleja: ¿Qué es la esencia? Considero que la esencia que nos hace humanos, la que nos diferencia del resto de seres vivos, es la libertad.

Si bien es cierto los animales se rigen -de manera maravillosa- por los instintos, los humanos, aunque conservemos instintos podemos, precisamente mediante la libertad dominarlos, de acuerdo con idea que me compartió mi amigo, el apreciado profesor Heriberto Santacruz-Ibarra. Es entonces la libertad de elección la que nos lleva a tener un distintivo, como bien lo expresa Frankl: “al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: la libertad humana, la libre elección de la acción personal...”.

Paradójicamente el problema del bien y del mal comienza por la libertad, ya que como indica el filósofo André Comte-Sponville “la moral empieza en el momento en que somos libres”. De este modo observamos que la misma persona es la que decide en qué tipo de ser humano convertirse, es más el resultado de una decisión personal que el producto de los males que pueda tener el mundo. El ser humano pese a vivir situaciones trágicas o injustas puede decidir en qué tipo de persona se convertirá.

Al disponer de la percepción del tiempo, podemos tener conciencia del pasado, del presente y del futuro y asimismo dilucidar cómo nuestras acciones/elecciones han tenido, tienen y pueden tener un impacto de considerar.

Se puede concluir, entonces, que la libertad es aquello que nos hace humanos, sin ella dejaríamos de serlo, perderíamos nuestra esencia. Viktor Frankl una vez se preguntó: “¿Qué es en realidad el hombre?”, a lo que respondió: “es aquel ser que siempre decide lo que es. Es quien ha inventado las cámaras de gas, pero también el que ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración”.

Termino trasladando la pregunta a mis ocasionales lectores: ¿Cuál es para usted la esencia que nos hace humanos?

Antolín Díaz, Memoria histórica (por Albio Martínez-Simanca). Manuel Antonio Valverde Gamero, su maestro de escuela, le inculcó el amor por la escritura y de manera especial por el periodismo. Nació Antolín en 1895 en población de San Carlos, enclavada en las antiguas sabanas de Bolívar, hoy departamento de Córdoba; muy joven salió de su terruño y después de un largo recorrido por varias ciudades y trabajando en diversos medios impresos, dejó un valioso material escrito que ha sido rescatado por el licenciado Albio Martínez-Simanca, tras un arduo trabajo de investigación sistemático, que ha publicado bajo el título de *Vida y obra de Antolín Díaz, el Coloso del periodismo*, en donde recoge valiosas crónicas y los libros publicados a lo largo de su vida.

Su amigo Ramiro de la Espriella (1921-2015), hace la presentación de este libro, con un recuento de su vida. Empieza poniendo en duda que se conozca quién es el personaje a quien se denomina *El Coloso*: “Dudo mucho que las

nuevas generaciones, inclusive las nuevas generaciones de periodistas, sepan quién fue Antolín Díaz.” Y hace alusión a la guerra de Colombia con el Perú (1932-1933), destacando su papel como corresponsal en este conflicto armado: “Pero *El Coloso* no es sólo el testigo de mayor excepción sobre las innumerables alternativas del enfrentamiento armado. Su pluma, independiente y libre, profundiza sobre el alterado desarrollo de los acontecimientos, y es así como escribió su libro *Lo que nadie sabe de la guerra* como contestatario no sólo de la obra publicada sobre el ex ministro Arango Vélez, sino de las contradicciones internas, el desconocimiento y la abulia de nuestro gobierno en razón de la lejanía de nuestras fronteras y el abandono a que han estado condenadas a todo lo largo de nuestra historia política.”

Y sobre el libro *Sinú, pasión y vida del trópico* (1935), dice: “En 1935, bajo los postulados febricitantes de la “revolución en marcha” y la “república liberal”, aparece su libro *Sinú, pasión y vida del trópico*, casi podría decirse, o sin el casi, que es como “un evangelio del trópico”, jamás realizado. El suyo más que una crónica periodística es un verdadero ensayo de sociología política en el que se encuentra objetivamente definido el acaecer de nuestras fantasías democráticas. Ahí está plenamente descrito cuanto era entonces el país político, y sigue siéndolo hoy. El corregimiento lascivo de la compraventa de la hembra a la par que la de los votos. La herrumbre consentida y asentida de los apellidos prepotentes. La marquilla de hierro de la ganadería. El cómo de los estrabismos electorales, a los que jamás se le abrió

un proceso positivo y serio. Y la mirada retroactiva al pasado que sigue siendo el presente.”

En cuanto al libro *A la sombra de Fouché*, anota: “En 1937 escribe *A la sombra de Fouché*, ha hecho tránsito ya el gobierno de López Pumarejo y lo cierto es que el liberalismo se retrae frente a las reformas contenidas en la enmienda constitucional de 1936, bajo el gobierno de Eduardo Santos y se va ahondando cada día más su división interna. Es la época de las biografías noveladas sobre las más prominentes personalidades políticas del mundo: Emil Ludwing ha escrito la de Napoleón; André Maurois la de Benjamín Disraelí; Stefan Zweig la de Fouché, que impacta el ámbito internacional a todo lo largo de la vida penumbrosa del biografiado. Dentro de ese marco definitorio encuentra Antolín Díaz espacio suficiente para retrotraer la política colombiana del momento a los vaivenes y torceduras en los que discurre Fouché dentro de los contrasentidos de la revolución, el terror y posteriormente las banderas del imperio.”

Este libro dedicado a Antolín Díaz, es un recuento del día a día en la vida de un periodista colombiano, comprometido con su quehacer. Fue un seguimiento desde cuando salió de San Carlos, su pueblo natal; su primera escala en el *Fiat Lux* de Montería, su paso a Magangué, importante puerto sobre el río Magdalena y su incursión en los periódicos provincianos; su salto a Barranquilla para trabajar en el diario *La Nación*, dirigido por Pedro Pastor Consuegra; posteriormente a Cartagena y su trabajo en *El Mercurio* y después a Medellín en *El Correo de Colombia*. En

cada uno de ellos fue dejando un importante prontuario de su entrega, destreza y habilidad para transmitir la noticia o la crónica. Pero éste apenas fue el preámbulo de su carrera periodística. De allí daría el salto a Bogotá, ciudad que se había propuesto como meta y donde entraría a trabajar en *El espectador* y *El Tiempo*, donde ejercería su maestría en los medios impresos.

El libro sobre la vida de Antolín llena un vacío para conocer cómo era la política y los personajes en esos años; el funcionamiento de la prensa escrita en la primera mitad del siglo XX y cómo laboraban estos titanes en sus máquinas de escribir: proeza, patriotismo, entrega y mucho amor por su profesión. Antolín falleció en Bogotá el 4 de junio de 1968, tenía 73 años. Sus restos están sepultados en el Cementerio Central, reposan en mausoleo del Círculo de Periodistas de Bogotá, (CPB).

En los 40 años de la Revista (por Valentina Marulanda; Caracas, 2006). Quienes tenemos la vida inexorablemente unida y marcada por Manizales, adonde nos trasladamos en sueños no sólo diurnos sino nocturnos, sentimos la revista *Aleph* como una *cosa nostra*. Hoy, ya cuarentona, la publicación que naciera en 1966 tiene vocación cosmopolita, se internacionalizó, llega a recónditas bibliotecas de países lejanos, la leen corresponsales de todo el orbe y cuenta con una nómina de colaboradores, muchos de ellos traducidos de otras lenguas. Habla bien de su salud el hecho de que su horizonte, su alcance y su cobertura hayan trascendido los límites endogámicos del patio local.

Hay que ver lo que significa una publicación que le ha tomado el pulso cultural e intelectual a casi medio siglo del XX y que sigue tan campante creciendo con el XXI. “Nuestra mente es porosa para el olvido”, como advirtiera Jorge Luis Borges en otro *Aleph*, y por eso quizás convenga traer a la memoria lo que significaba (y la consideración tiene sentido hoy en día, cuando se mira retrospectivamente) producir y distribuir una revista en aquellos años, cuando no se disponía de recursos como el fax, la fotocopidora, el correo electrónico, la computadora, el celular, la cámara digital, ni servicios de envío extra rápidos.

Cómo era el proceso de recolección de materiales, edición y corrección de textos en una revista que, entre otras muchas virtudes, se ha caracterizado por su pulcritud y su puntualidad. Cómo se diseñaba... Ha cambiado tanto la realidad editorial y de las comunicaciones en cuatro décadas que un ejercicio como éste se convierte en un legítimo viaje al pasado. Un pasado que ni siquiera nuestros hijos conocen.

Manizales, abismalmente distinta en su devenir actual, era entonces una típica ciudad de montaña, lejos del mundo, del sol y del mar, con un cielo siempre nublado, donde llovía impenitentemente. Contaba con una lujosa, por bien surtida, actualizada y mejor atendida librería, La Atalaya de Jorge Escobar, y la carrera 23, con La Suiza incluida, era el ágora donde se escenificaba la vida social. Pero los inquietos años sesenta hasta allí enviaron, con furia, sus coletazos... O sea que *Aleph* es contemporánea del primer viaje a la luna, de los Beatles, del apogeo de la marihuana, la

prédica marcusiana, el Mayo francés y tantas otras cosas más.

Si hay algo que celebro y que quiero resaltar de *Aleph* es su fidelidad a sí misma, a lo que fue y a lo que ha sido. Es de esta manera como se ha mantenido en pie. No se ha dejado tentar por la novelería de cambiar el formato, ni el diseño, ni la concepción: leves mejorías en algunos aspectos, ligeros retoques que la han remozado, apenas. Es una de las pocas publicaciones que permiten su almacenamiento ininterrumpido de la edición número 1 a la 139 en los mismos estantes, en los mismos portavistas. Y la razón de todo este tiempo durando, desafiando no pocas veces malos tiempos, es muy sencilla: siempre ha contado con el mismo motorcito, el mismo cerebro, la misma iniciativa privada que se resume en un nombre, Carlos Enrique Ruiz. Que la siga teniendo y manteniendo hoy en día, cuando es un profesional de larga data y desempeño, de regreso de las aulas y de la gestión universitaria, un miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, un poeta de varios libros, un hombre lleno de méritos y de reconocimientos no resulta tan asombroso. Hay que recordar que hace cuarenta años, cuando la fundó y la echó a andar, Carlos Enrique Ruiz era sólo un estudiante, emprendedor y brillante, de ingeniería civil.

Otra sería la suerte de *Aleph* si su destino hubiese estado ligado a un proyecto oficial o institucional. Se habría metamorfoseado muchas veces, habría renacido, habría cambiado de identidad, para satisfacer las apetencias del funcionario de turno -cuyo síndrome más característico es el de sentirse siempre

en el primer día de la creación del mundo- hasta disolverse en el tiempo sin dejar rastros.

Encendamos entonces más velas para que *Aleph* nos sobreviva. Como seguramente ocurrirá.

Nos escriben... Antonio García-Lozada, desde West Hartford (EUA): “Mi estimado CER, junto a su esposa Livia, han convertido a *Aleph* en una de las revistas mejor posicionadas a nivel latinoamericano en materia de filosofía, antropología, literatura y teoría de las artes. Y hoy llega a su # 200 el cual refleja la encomiable tarea de Carlos-Enrique y Livia: disciplina, rigor, y aplicación. *Aleph* sigue siendo la voz de un escenario al que han concurrido colaboradores de múltiples rincones del planeta para consignar sus reflexiones; y a través de *Aleph* imprimir una voz, o muchas, las cuales hablan en la medida en que dialogan sin temor con otras voces: esa es su fortaleza, que no en vano la han posicionado -en mi humilde percepción- como una de las más sólidas publicaciones iberoamericanas en humanidades./ *Aleph* la percibo como un “vocero civilizador” y de crear curiosidad por el sinnúmero de referencias bibliográficas que nos encontramos a través de sus páginas. Igual siento que *Aleph* es un agente impulsor de aquellos aspectos que deben llevar a la población colombiana, en particular, y planetaria en general, a cimentar mejores formas de hacer y convivir, de tal modo que se pudiera lograr construir como lo decía Nietzsche” “un mundo humanamente más humano”/ Gracias CER querido, junto a Livia, por crear este espacio

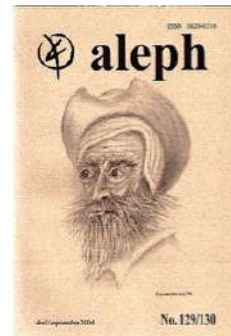
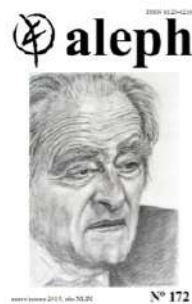
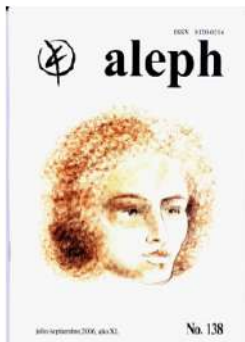
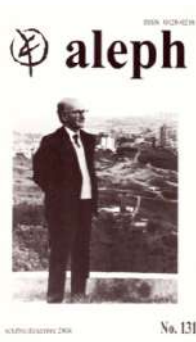
para leer, pensar y crecer dignamente.” (20.I.2022)

Fernando Mejía-Fernández, Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia, dice: “La trascendencia de un número 200 en una revista literaria, científica y académica es muy grande aquí y en cualquier otro lugar del mundo (aunque me atrevería a decir que más aquí), pero es mayor la trascendencia del esfuerzo extremo que tuvieron que hacer Carlos-Enrique y Livia para producir uno tras otro esos números, con muy exiguos apoyos por parte de todos nosotros, cuyos contenidos maravillosos en múltiples campos del saber se pueden consultar en el Índice actualizado en la web de la Revista./ ¡Enhorabuena para el universo literario, científico y académico esta llegada al número 200 de la revista *Aleph* en 2022!, después de 56 años de arduo trabajo./ Cuando llegué a Manizales desde Aracataca y Barranquilla a estudiar Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Colombia, en enero de 1968 -¡qué honor!-, la revista *Aleph* había producido su número 1 un año y medio antes, con un receso obligado por circunstancias personales de Carlos-Enrique en el desempeño de su profesión y en las otras cosas de la vida, pero cuando se publicó el número 2 en 1971 yo ya andaba muy vigente en la vida universitaria, ya había tenido a Carlos-Enrique como profesor y ya lo había incorporado a mi vida afectiva, académica y laboral como mi maestro y mi tutor. Desde entonces, he vivido de cerca el proceso tortuoso, pero exuberantemente enriquecedor, llevado por Carlos-Enrique y Livia con la revista, hasta hoy. Esto me ha permitido hacer parte de la “Cofradía *Aleph*”, lo que me

ha llenado a su vez de orgullo y satisfacción, y en donde espero estar mientras tenga conciencia de mi trasegar por este mundo, siendo testigo de los números siguientes de la revista, admirando y amando desde lo más hondo del corazón a estos quijotes y buscando (sin muchos logros hasta ahora) la mejor manera de compensarles todo lo que en diversos campos de la vida me han dado con generosidad infinita, como también a la literatura y al arte nacional y universal./ ¡Gratitudes por montones para ellos!” (Manizales, 07.I.2022)

Desde West Hartford (EUA) nos escribe de nuevo el Prof. Antonio García-Lozada: “Gracias, CER querido, por compartirme esta interesante columna del Dr. Moisés Wasserman (“El Tiempo”, 28.I.2022). La mención del escepticismo que hace me recuerda una de las lecciones que aprendí en el seminario

que dirigió nuestro apreciado Rafael Gutiérrez-Girardot en la Universidad de Maryland, College Park, en el semestre de la primavera de 1990. Una de ellas era que se puede considerar parte del escepticismo, la de mantener una actitud crítica frente a teorías de moda, y a las pretensiones de verdades por medio del ejercicio argumentativo. De esa forma: la actitud crítica y el ejercicio argumentativo conllevaría al diálogo constructivo. Además, el maestro Gutiérrez nos enfatizaba que deberíamos tener en cuenta la concepción platónica como búsqueda de la verdad más que la pretensión de su posesión. Y a partir de ahí, el escepticismo, nos ofrecería razones para seguir dialogando sobre si es posible alcanzar el conocimiento lejos de cualquier afirmación dogmática. Abrazos cálidos desde el polo norte. (W.H., 28.I.2022)



Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora O. (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Carmelita Millán de Benavides, Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Farid Numa-Hernández, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.



Colaboradores

Luis-Fernando Mejía M. (n. 1941). Poeta, autor de los siguientes libros: “Resurrección de los juguetes”, “Alquimia de los relojes clausurados”, “Camino hacia la luz”, “Manuscritos de Lucio Malco”, con el cual gana el primer premio internacional “Rosa de Oro” en Bilbao (1979). En 1989 se publica la antología con el sencillo título: “Poemas” que reúne casi la totalidad de su obra en el período 1955-1988.

Santiago Moreno G. Arquitecto y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, cogestor de las sedes UN en San Andrés (Sede Caribe) y en Leticia. Ha publicado resultados de investigación sobre “Arquitectura tropical”, “De las estaciones científicas a las sedes de frontera UN”, sobre “La arquitectura tradicional en las Islas”. Rescató para la historia de la literatura colombiana la obra de la escritora Hazel Robinson-Abrahams, con la edición UN de varias de sus novelas y crónicas acerca de las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Darío Valencia-Restrepo. Profesor Emérito y Doctor h.c. de la Universidad Nacional de Colombia. Ex rector de la Universidad de Antioquia y la UN. Personalidad de la ciencia y el humanismo, miembro honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Gestor de seminarios nacionales sobre la vida y la obra de Francisco José de Caldas y Alexander von Humboldt, con la respectiva publicación de las Memorias, que incluyen trabajos suyos. Su más reciente libro: “Comentarios sobre la vida y la obra de Johann Sebastian Bach” (2021).

Enrique Forero G. Botánico de la Universidad Nacional de Colombia, PhD en la Universidad de Nueva York. Científico aplicado a la investigación en la sistemática de plantas vasculares, las floras de Colombia, Brasil, Guayana Francesa, flora neotrópica, conservación de recursos naturales, educación ambiental. Profesor/Investigador de la UN. Miembro de Número y Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Alberto Ospina T. (n. 1924). Capitán de Corbeta de la Armada Nacional, con Maestría en el Instituto Tecnológico de Massachussets, en electrónica y comunicaciones. Investigador, con énfasis en los métodos de enseñanza de la Física, y en general de la Ciencia, con apoyo en experimentos de laboratorio. Creador de la empresa CIENYTEC, fundador y primer director de Colciencias (1968). Miembro honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Nelson Vallejo-Gómez. Filósofo colombo-francés, residente en París donde ha tenido desempeños de alto rango en el Ministerio de Educación. Investigador y difusor de la obra de Edgar Morin, de quien es el más selecto y aventajado discípulo. Cumplió representaciones diplomáticas de Francia en Perú y Argentina. En la actualidad ocupa el cargo vitalicio de “Inspector General de Educación, Deportes e Investigación”.

Antonio García-Lozada. Doctor en Literatura Latinoamericana, de la Universidad de Maryland, College Park (EUA). Profesor de literatura hispanoamericana y subdirector del Centro de Estudios Latinos, del Caribe y América Latina en la Universidad Central del Estado de Connecticut (EUA). Escribe ensayo y cuento. Jubilado en fecha reciente.

Ana-Mercedes Vivas. Poeta, con formación en música, y empresaria de las comunicaciones, con estudios de alta gerencia. Entre sus libros están: “Verso a verso”, “Las trampas del amor”, “La noche del girasol”, “Material de guerra y otros materiales”, “Entre la espada y la pared”, “Corazón de pájaro”, “Más azul, más silencio”. Premio Nacional de Poesía C.C.S. (1996). Hizo parte del Coro del Oratorio de Colcultura y de los coros de la Ópera de Colombia. Autora del los textos del Oratorio “El río de los muertos”, obra del maestro Alberto Guzmán-Naranjo (2016).

Bernardo Trejos-Arcila (1927-2020). Egresado de la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor y ensayista con desempeños docentes en el Instituto Universitario de Caldas, la Univerisdad Nacional en Manizales, la Univesidad de Caldas y la Universidad Tecnológica de Pereira. Fue nuestro cooperante en la fundación de la Revista Aleph (1966). Su ensayo en la primera edición se reproduce en esta entrega. En su honor y memoria publiqué amplia semblanza de su vida y obra, que puede consultarse en:
<https://www.revistaaleph.com.co/index.php/desde-aleph/627-bernardo-trejos-arcila-educador-de-pensamiento-y-ensayista>

Marta Traba (1930-1983). Escritora argentina, en especial en campos de la crítica en la plástica latinoamericana. Residió en Colombia y fue la gestora de un rico ambiente cultural en la Univesidad Nacional de Colombia, en el Rectorado de José-Félix Patiño. Su obra escrita es muy amplia, tanto en libros de crítica y narrativa como en artículos de prensa. Se reproduce aquí el breve ensayo suyo de la Revista Aleph No. 1, la cual estimuló en su fundación.

Carlos-Alberto Ospina H. Profesor titular de la Universidad de Caldas, con doctorado en Filosofía, énfasis en filosofía del arte (Universidad de Antioquia). Ensayista y conferencista. Gestor de los programas de Maestría y Doctorado en

Filosofía, en la misma universidad. Líneas de investigación: Filosofía y humanidades, Artes plásticas y visuales. Libros publicados: “Realidad y verdad en la ciencia y en la técnica modernas”, Co-autor del libro “Junji Konishi. El poder creador del diseño”, “Miradas de la filosofía. 50 años de Filosofía y Letras” (Editor), “Por caminos de la filosofía”.

María-Cristina Palacio V. Profesora/Investigadora de la Univesidad de Caldas, con aplicaciones en temas de familia, género, violencia y políticas públicas, migración. Múltiples ensayos-estudios publicados.

Julián Bohórquez-Carvajal. Médico cirujano, con experiencia en medicina clínica, Magister en filosofía de la ciencia y epistemología, cursa el doctorado en Filosofía. Línea de investigación: puentes conceptuales que unen a las ciencias naturales con las humanidades. Docente universitario en pre y postgrado.

Alejo Morales (Bogotá, 1993). Estudiante de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Ganador de Concurso de poesía de la Universidad Externado de Colombia con el poemario *Abandonados en la puerta de la historia* (1920). Publicó la antología *Labios que están por abrirse* con la Universidad Externado (2021). Ganador del Premio Distrital de Poesía (2021).

Pedro Zapata-Pérez. Teatrero y pedagogo social, con larga trayectoria en trabajo con niños y jóvenes en Caldas, Antioquia y Bogotá, experiencia que ha dejado consignada en significativos libros (“El libro de las preguntas”, “El camino al corazón de la tierra”, “Nuevos lenguajes de América”, etc.). Creador de las “Jornadas Juveniles Latinoamericanas”. Validante del bachillerato, Licenciado en Artes Escénicas de la Universidad de Caldas, por reconocimiento de trayectoria y obra, y con Maestría en “Comunicación Transmedia” en la Universidad EAFIT.

Paula-Andrea Marín C. Investigadora y docente con doctorado en Literatura en la Universidad de Antioquia. Labora con el Instituto Caro y Cuervo, en Bogotá. Línea de investigación: historia de la literatura e historia de la edición y la lectura en Colombia. Autora de los libros: “Acercamiento a la novela colombiana de los setenta (Luis Fayad y Carlos Perozzo)”, “De la abyección a la revuelta (Evelio Rosero, Tomás González y Antonio Ungar)”, “Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia”, “Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954) – Germán Arciniegas y Arturo Zapata: dos editores y sus proyectos”.

Milcíades Arévalo (n. 1943). Narrador, con publicación de cuentos, novelas, teatro; fotógrafo y periodista cultural. Director-fundador de la revista “Puesto de

Combate”, en vigencia desde 1972. Entre sus libros publicados están: “A orillas del trópico”, “Ciudad sin fábulas”, “El oficio de la adoración”, “La sed de los huyentes”, “Inventario de invierno”, “Cenizas en la ducha”, “Manzanitas verdes al desayuno”.

Carlos-Augusto Cardona A. Músico y compositor, formado en el Conservatorio de Música de la Universidad de Caldas. Intérprete del violín y la guitarra. Director del conjunto “Hijos de la Tierra”, agrupación de estudio enfocada a la música del barroco, renacimiento, período clásico y moderno; incluidas las músicas del mundo: jazz, blues, bossa, rag, fox, rock, y otros ritmos populares tradicionales y modernos.



Contenido

Me canso: poema en manuscrito autógrafo <i>/Luis-Fernando Mejía M./</i>	1
En los doscientos de Aleph <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	2
La Revista Aleph y su símbolo <i>/Santiago Moreno G./</i>	13
Alborada de la ciencia en la Nueva Granada <i>/Darío Valencia-Restrepo/</i>	17
¿Hacia dónde miro? <i>/Enrique Forero G./</i>	29
Tertulia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en memoria de Lynn Margulis <i>/Alberto Ospina T., Darío Valencia R., Sabina y Sandra Caula/</i>	35
Resistir, un mensaje de humanología <i>/Nelson Vallejo-Gómez/</i>	43
Poemas: Cuando la ciudad me sobreviva, Poema a Dios, Y si ya nada importa <i>/Luis-Fernando Mejía M./</i>	64
Dos novelas de Miguel Gomes: arte, humor, desencanto y vuelta a la patria <i>/Antonio García-Lozada/</i>	70
Poemas: Jardín de luz, Inmigrantes, El palabrero y la lluvia, La maleta, Zapato de marca, Las mujeres de la guerra <i>/Ana-Mercedes Vivas/</i>	86
La cultura como ingrediente de la vida (1966) <i>/Bernardo Trejos-Arcila/</i>	93

Última década del arte colombiano (1966) <i>/Marta Traba/</i>	103
Existir en tiempos de pandemia <i>/Carlos-Alberto Ospina H./</i>	108
La cotidianidad de la distopía de la pandemia <i>/María-Cristina Palacio V./</i>	124
De la mala memoria <i>/Julián Bohórquez-Carvajal/</i>	135
Srebrenica (poema) <i>/Alejo Morales/</i>	141
La relación adulto-niño en experiencias de educación <i>/Pedro Zapata-Pérez/</i>	145
Poty, el chino de las Islas <i>/Hazel Robinson-Abrahams/</i>	151
Un “anacronismo” del siglo XX: Arturo Suárez-Dennis (1887-1956) <i>/Paula-Andrea Marín C./</i>	156
Asombros y desconciertos <i>/Milcíades Arévalo/</i>	167
Lilahuiro (bunde - partitura) <i>/Carlos-Augusto Cardona A./</i>	171
NOTAS	176
/Respuesta al reconocimiento académico de la Universidad de Caldas (por <i>Aída González-Correa</i> , MD, Prof./ “¡A esta santa Bárbara jamás me encomendé!”, libro de Francisco González-López (Reseña, por <i>Gloria-Carmenza Alzate Q.</i>)/ “Ronald Dworkin: una biografía intelectual” (obra de <i>Leonardo García-Jaramillo</i> ; reseña de <i>Vicente F. Benítez R.</i>)/ A propósito de “El hombre en busca de sentido”	

(por Sergio Giraldo-Ruiz)/ "Antolín Díaz, memoria histórica"
(por Albio Martínez-Simanca)/ En los 40 años de la Revista
(por Valentina Marulanda, 2006)/ Nos escriben.../

Patronato histórico de la Revista

189

Colaboradores

190

Mashe Eva (inédito)

Mujer, fase cambiante, luna ignota
que crece y adelgaza la cintura.
De tus pechos destila, gota a gota,
el néctar del dolor y la ternura.
Brotó el amor de ti, la sangre brota,
escondido hontanar, fuente segura.
En ti encuentra la Muerte su derrota.
Por ti existen Creador y criatura.
Tu cuerpo es templo, es cárcel, es camino
donde la vida inmemorial comienza
y el hombre encuentra o pierde su destino.
Rojos de sangre y luz, materia inmensa,
tu vientre es un cerebro masculino:
mujer eres un íntero que piensa.

Dora Castellanos

Dora Castellanos

Dana la energía solar de Carlos Enrique
Ruiz y su revista Aleph, con mi afecto.

Dora Castellanos



AGRADECIMIENTO

La publicación de este volumen se hizo posible gracias a la generosa colaboración económica de las siguientes personas:

Albio Martínez-Simanca
Antonio García-Lozada
Camilo Younes-Velosa
Darío Valencia-Restrepo
Derecho Urbano y Desarrollo
Territorial:
Farid Numa Consultores SAS
Farid Numa-Hernández
Fernando Mejía-Fernández
Heriberto Santacruz-Ibarra
José-Ignacio Londoño G.
José-Oscar Jaramillo J.
Mónica Jaramillo-Ocampo
Omar-Darío Cardona A.
Santiago Moreno-González

Carlos - Enrique Ruiz
Mil gracias por
su amable nota,
repito mis felicitaciones por la
revista ALEPH.
Un fuerte abrazo
Alejandro

